

SUMARIO

Editorial

El perfil del Presbítero en Aparecida

Testimonios

Aparecida y el valor de la experiencia de Cristo para el camino de la fe

Mons. Jorge Lozano

Aparecida: Comunión, alegría, misión y esperanza

Mons. Juan Martínez

Estudio

La eclesialidad de la V Conferencia y los interrogantes del Papa

Mons. Guillermo Melguizo Yepes

Estudio

Escuchar para ver, juzgar y obrar, una clave para la recepción de Aparecida

Pbro. Damián Nannini

Documento

Intervención de la Conferencia Episcopal Argentina.

Cardenal Jorge Mario Bergoglio

Pastoral

La Misión continental

Pbro. Leónidas Ortiz Lozada

Pastoral

La Misión para comunicar la vida digna y plena en Cristo

Pbro. Carlos María Galli

Pastoral

Aproximación al documento final desde la categoría “vida”

Pbro. Víctor Manuel Ruano

Espiritualidad

Presbíteros discípulos misioneros de Jesús, Buen Pastor

Pbro. Miguel Ángel D’Annibale

Espiritualidad

Acerca del regalo del santo Padre a la V° Conferencia

Pbro. Joaquin Alliende Luco

Testimonio

Vocación sacerdotal y ministerio teológico

Pbro Lucio Gera

Editorial

El perfil del presbítero en Aparecida.

Solamente leyendo los números del Documento Conclusivo dedicados a los presbíteros¹, podemos delinear muy rápidamente el perfil de presbítero que necesita la Iglesia en nuestro continente. Indudablemente estos párrafos quedan enriquecidos al ubicarlos en el contexto de todo el documento y en el acontecimiento que fue Aparecida. Presbíteros *discípulos, misioneros, servidores de la vida y llenos de misericordia*.

Para este modelo o perfil se presentan en el Documento tres desafíos que hay que tener en cuenta. El primero es el que tiene que ver con la identidad teológica del presbítero, el segundo está vinculado al ejercicio del ministerio en la cultura actual y el tercero relacionado al modo como se vive el ministerio en la existencia cotidiana (los aspectos vitales, afectivos y espirituales). Son tres aspectos: la *identidad*, la *misión* y el *estilo de vida* sacerdotal.

A estos desafíos personales para la vida del presbítero, hay que agregar los desafíos de carácter estructural como la organización de las parroquias, los organismos pastorales, la distribución de clero, etc.

Pero el Documento ofrece también caminos de respuesta, y entre ellos se destaca la insistencia en la “*radical forma comunitaria*” del ministerio sacerdotal y que este sólo puede ser desarrollado como una “*tarea colectiva*” (citando a PDV, 72). El trasfondo de una espiritualidad de comunión, como vemos, sigue estando vigente para el presbítero, y las relaciones fraternas con sus hermanos en el presbiterio, los laicos y el obispo, son el fundamento primero para que su ministerio sea “*coherente y testimonial*”. Insiste también en la importancia de la formación permanente, definiéndola como “*pastoral presbiteral*” (cfr. n° 200) recordando lo dicho en PDV sobre la formación permanente, al cual cita en su número 76.

Como una herramienta más para la formación permanente queremos en este número de *Pastores* acercarnos al acontecimiento de Aparecida y su Documento Conclusivo desde una perspectiva que tenga en cuenta nuestra identidad, nuestra misión y nuestro estilo de vida sacerdotal, para crecer y adecuarnos cada vez más a lo que la Iglesia en nuestro continente nos pide para renovar la evangelización.

Los primeros textos que presentamos nos ayudan a reflexionar sobre el *acontecimiento eclesial de Aparecida*. Mons. Jorge Lozano, Obispo de Gualeguaychú y Mons. Juan Martínez, Obispo de Posadas, nos dan su testimonio como obispos participantes en el encuentro. Mons. Guillermo Melguizo Yepes, Vice-rector Pastoral del ITEPAL-CELAM, destaca dos puntos importantes, vinculándolos entre sí: la eclesialidad del encuentro y la importancia del Discurso Inaugural del Papa Benedicto XVI. Finalmente el Pbro. Damián Nannini, de la Arquidiócesis de Rosario y miembro de nuestro equipo de Redacción, a partir del método “ver, juzgar y obrar” comparte algunas claves para la recepción de Aparecida.

Los siguientes artículos buscan poner la mirada en *algunas perspectivas pastorales* que se abren a partir del encuentro para nuestra Iglesia en América Latina, situada en una cultura concreta. Publicamos la presentación realizada por la Conferencia Episcopal Argentina, a través de su Presidente, Mons. Bergoglio, sobre la situación religiosa, social y cultural en nuestro país. También ofrecemos dos trabajos para pensar cómo entender el eje

¹ cfr. Aparecida. Documento Conclusivo, Nos 191-200

misionero y la misión permanente como actitud pastoral privilegiada en nuestra Iglesia. El primero de ellos es del Pbro. Leonidas Ortiz Lozada, Rector del Itepal – CELAM, y luego una selección ordenada de textos del Documento Conclusivo realizada por el Pbro. Dr. Carlos Galli, de nuestro equipo de redacción. Terminamos este espacio de reflexión pastoral con un artículo de Pbro. Víctor Manuel Ruano, Vice-rector Académico del ITEPAL, en torno al por qué y para qué de la misión: la plenitud de vida en Cristo.

Un tercer grupo de artículos busca ayudarnos a profundizar un *camino espiritual* como discípulos misioneros. En primer lugar publicamos las exposiciones del P. Miguel Ángel D'Annibale, de la Diócesis de San Isidro, del retiro espiritual ofrecido al clero de Buenos Aires; y también la explicación y el sentido del Tríptico regalado por el Papa Benedicto a la Conferencia General de Obispos.

Terminamos con el testimonio de Mons. Lucio Gera en la presentación del Tomo II de sus “Escritos teológico-pastorales”, el cronograma de las actividades de la CEMIN para el año 2008 y el índice general de artículos de Pastores de los números 31-40.

Pedimos la intercesión del Beato Ceferino Namuncurá para que nos ayude a ser verdaderos discípulos misioneros en esta Iglesia de Latinoamérica y desde el Evangelio promover una mayor plenitud de Vida.

Testimonio

“Aparecida” y el valor de la experiencia de Cristo para el camino de la Fe.

Mons. Jorge Lozano
Obispo de Gualeguaychú*

1. Impresiones sobre el acontecimiento “Aparecida”.

Haber participado en este acontecimiento fue una gracia de Dios, una alegría muy grande. Se percibía una gran diversidad de la realidad eclesial de América Latina y el Caribe; diversidad que estaba dada por el lugar en que cada uno ejerce el ministerio pastoral; desde la Amazonia, la Cordillera de los Andes, grandes ciudades como San Pablo, Ciudad de México o lugares con una realidad de tipo rural o en medio de comunidades aborígenes. Esto daba una mirada muy enriquecedora de la realidad de todo el continente y de la Iglesia en él.

Pero además de la realidad social y cultural que cada uno de los participantes tenía, la diversidad también se daba en cuanto a la experiencia de fe, el modo de vivir la fe, o la pertenencia a la Iglesia: algunos vinculados a la Teología de la Liberación en sus opciones pastorales, o a experiencias en comunidades eclesiales de base; otros pertenecientes a algún movimiento apostólico o asociación como Focolares o Shoenstatt o habiendo sido miembros del Opus Dei, los Legionarios de Cristo; o algunos llamados a ser obispos desde la vida religiosa, en las grandes órdenes o en congregaciones más nuevas o pequeñas. También en esto había una gran diversidad que aportaba la riqueza de miradas o enfoques distintos y en algunos momentos también dificultades para el diálogo. Encontrar acuerdos en torno a los temas que se iban desarrollando fue tarea del Espíritu Santo y de la apertura al diálogo y a la gracia.

Influyó de modo particular la celebración cotidiana de la Eucaristía en el Santuario de la Virgen María en Aparecida, con fieles que nos acercaban sus inquietudes como sucede en todos los santuarios. Nos mostraban fotos de su familia para que rezáramos por ellos, nos proponían alguna intención por salud, por trabajo, logrando así que la asamblea se desarrollara en un clima espiritual y pastoral muy bueno. No era un grupo de personas de manera aislada pensando temas en un escritorio o biblioteca; sino pastores que en contacto permanente con el pueblo fiel de Dios iban rezando, reflexionando, compartiendo inquietudes.

Otra experiencia novedosa, al menos para mí, es el modo en que se fue desarrollando el trabajo. Había entre los participantes e invitados, peritos en sociología, en teología dogmática, en teología moral, en Biblia... Ellos aportaban su ciencia, sus consejos. También fue importante cómo se recogió el camino recorrido previamente en cuanto a la reflexión teológico - pastoral realizada en diversos seminarios y congresos a nivel latinoamericano; y esto reflexionado en los grupos de trabajo a partir de la experiencia viva de cada uno.

Quisiera resaltar esto, no era una reflexión “teórica” sino a partir de la experiencia como pastores. Releyendo ahora el texto en algunas de las partes que nos presentan la realidad social o eclesial, o palabras de orientación hacia los catequistas, los sacerdotes, o la vida consagrada, puedo cerrar los ojos e imaginar o recordar el rostro de aquellos que aportaban estas reflexiones desde su propia experiencia pastoral. Pongo algunos ejemplos: hay en el texto una reflexión muy importante en torno a lo que es el cuidado del medio ambiente y el

* Participó en Aparecida como Director de la Oficina de Comunicación y Prensa

problema climático en el mundo. Esto fue elaborado, reflexionado y escrito teniendo presente el Magisterio de la Iglesia, en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia principalmente, aportes de datos realizados por algunos peritos y técnicos, estadísticas; también se recogían conclusiones de seminarios realizados los años anteriores; pero fue reflexionado por los Obispos que padecen esta situación de tala indiscriminada en la Amazonia, o por aquellos que ven cómo sus comunidades sufren la contaminación de emprendimientos de minería a cielo abierto, o quienes ven el desplazamiento de comunidades aborígenes obligados a abandonar su modo de cultura y sobrevivencia habitual para poder utilizar esos suelos para cultivos “más rentables”.

Lo mismo podría decir sobre la pobreza, la pastoral urbana, el cuidado de los catequistas, los enfermos, los que están atrapados en situación de droga, los que sufren a causa de las migraciones; todos aspectos de la vida pastoral de las diócesis y que eran muy cercanos a los Obispos miembros de la asamblea.

2. Aportes o acentuaciones pastorales más importantes.

Hay varios acentos que es bueno subrayar. La Asamblea ha recogido y destacado el valor que tiene la *experiencia*, algo muy importante para nuestra cultura post moderna. El Papa Benedicto lo había planteado en la Encíclica Dios es Amor: “*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva*” (DCE 1).

El Papa también ha hecho referencia al valor que tiene la experiencia de la fe, en varios pasajes del Discurso Inaugural: “*Ante la nueva encrucijada, los fieles esperan de esta V Conferencia una renovación y revitalización de su fe en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador, que nos ha revelado **la experiencia única del Amor infinito de Dios Padre a los hombres. De esta fuente podrán surgir caminos y proyectos pastorales creativos, que infundan una firme esperanza para vivir de manera responsable y gozosa la fe e irradiarla así en el propio ambiente***”.

“*¿Qué nos da realmente Cristo? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo? Porque **esperamos encontrar en la comunión con Él la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en Él.***

“*La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el **encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás***”

“*Cuando un **discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva** (cf. Hch 4, 12)”*

“*Es necesario que los cristianos **experimenten** que no siguen a un personaje de la historia pasada, sino a Cristo vivo, presente en el hoy y el ahora de sus vidas*”.

Esta manera de insistir en la fe, como experiencia de encuentro con una persona, con Cristo, ya estaba en el título del sínodo de América. Entonces, un primer aspecto importante para recoger, es la fe como experiencia de encuentro con Jesucristo.

Un segundo tema importante es la reflexión sobre el cambio de época y los nuevos lenguajes. Hay expresiones muy claras en el modo de presentarnos la situación cultural y cómo en este cambio epocal hemos de plantearnos la fe y la iniciación cristiana; ¿cómo hacemos para comunicar la fe a través de la experiencia de pertenencia y permanencia en una comunidad?

Se utilizan en estos párrafos algunas palabras descriptivas de la situación cultural: fantasía (DA 38), imaginación (DA 44), ilusión (DA 50), mundos lejanos y maravillosos (DA 50), mundos imaginarios (DA 59).

Algunos textos son muy claros en la descripción del cambio de época:

a) *“Vivimos un **cambio de época**, cuyo nivel más profundo es el cultural”* (DA 44)

*“Surge hoy, con gran fuerza, una sobrevaloración de la subjetividad individual. Independientemente de su forma, la libertad y la dignidad de la persona son reconocidas. El individualismo **debilita los vínculos comunitarios** y propone una radical transformación del tiempo y del espacio, dando un papel primordial a la **imaginación**”.* (DA 44)

b) *“Esta cultura se caracteriza por la **autorreferencia del individuo, que conduce a la indiferencia por el otro**, a quien no necesita ni del que tampoco se siente responsable. Se prefiere **vivir día a día**, sin programas a largo plazo ni apegos personales, familiares y comunitarios. Las relaciones humanas se consideran objetos de consumo, llevando a **relaciones afectivas sin compromiso** responsable y definitivo”.* (DA 46)

c) *“La avidez del mercado descontrola el deseo de niños, jóvenes y adultos. La publicidad conduce **ilusoriamente a mundos lejanos y maravillosos, donde todo deseo puede ser satisfecho** por los productos que tienen un carácter eficaz, efímero y hasta mesiánico.”* (DA 50)

d) *“Las **nuevas generaciones** son las más afectadas por esta cultura del consumo en sus aspiraciones personales profundas. Crecen en la lógica del individualismo pragmático y narcisista, que suscita en ellas **mundos imaginarios** especiales de libertad e igualdad. Afirman el **presente** porque el **pasado** perdió relevancia ante tantas exclusiones sociales, políticas y económicas. Para ellos, el **futuro** es incierto.”* (DA 51)

Otro elemento que me pareció muy enriquecedor es lo que hace a la formación y la simultaneidad de sus diversos aspectos, superando la idea de etapas distintas. El texto nos dice: *“En el proceso de formación de discípulos misioneros, destacamos cinco aspectos fundamentales, que aparecen de diversa manera en cada etapa del camino, pero que se compenetran íntimamente y se alimentan entre sí”* (DA 278). Luego los menciona y describe: *“El Encuentro con Jesucristo, la Conversión, el Discipulado, la Comunión, la Misión, acerca de la cual se insiste no debe entenderse como una etapa posterior a la formación”* (id)

Otro elemento importante a destacar es la dimensión comunitaria del discipulado. *“Una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta”* (DA 156) para vivir experiencia de discipulado y comunión misionera (cfr. 159, 163, 164)

La reflexión y el magisterio que se nos entrega acerca de la piedad popular es de una gran riqueza y profundidad. Algunos incluso decían que Evangelii Nuntiandi y Aparecida son los dos pilares del magisterio más importantes en torno a la piedad popular.

Otro elemento a destacar es el tono positivo que tiene el texto en su conjunto, refleja una mirada esperanzadora, una mirada de humildad frente a una realidad que se nos presenta como compleja, opaca, dice el texto en tres oportunidades (nº 35, 36, 38) al hablar de la realidad que nos interpela como discípulos y misioneros.

Respecto de los temas sociales hay un desarrollo importante acerca del medio ambiente, el cambio climático, los problemas que pueden acarrear los biocombustibles, los agroquímicos. Se insiste en la necesidad de un estilo de vida más sencillo, más austero, y cómo en el trato de la creación tenemos mucho que aprender de los pueblos originarios (cfr.

DA 125 - 126). Entiendo que este también es un aspecto profundizado de manera particular en Aparecida.

3. Cómo entender el “Eje Misionero” o la “Misión Continental”

Acerca de la Misión ha habido una especie de evolución en su comprensión y explicitación. En los comienzos de la preparación de Aparecida, surgió como inquietud que esta Vº Conferencia General no sólo concluyera con un texto, sino también con algún tipo de acción, algún compromiso que ayudara a expresar lo reflexionado en una tarea palpable. Se pensó así en la posibilidad de culminar el proceso y la celebración de la Vº Conferencia, abriendo una etapa misionera en América Latina.

A esta etapa misionera se la llamó en un principio “Gran Misión Continental”; pero a medida que nos fuimos acercando a la Asamblea y ya durante el transcurso de los días en Aparecida, se fue dejando de lado lo que parecía ser una expresión con un tono demasiado pomposo o que podría sonar a algo triunfalista, para pasar a hablar más bien de una “misión en el continente” que buscara la conversión pastoral, el anuncio renovado de Jesucristo. Compromiso entonces, que brota de la misma comunidad cristiana; no es algo pegado que se pone desde afuera y por un tiempo limitado; no es una especie de contraataque ni mucho menos respuesta al avance de otros grupos religiosos, ni ponernos a la defensiva. Es simplemente anunciar con alegría la experiencia de encuentro con Jesús que a nosotros nos cambió la vida, (cfr. DA 14, 32). No se entiende una comunidad si no es en experiencia de comunión y de comunión misionera. No es una actividad sino más bien expresión de la identidad de la comunidad cristiana.

El Cardenal Humes, en una conferencia de prensa lo explicaba con palabras semejantes a las siguientes. Él decía que en América Latina cerca del 90% de los niños que nacen, son bautizados en la Iglesia Católica. Esto implica un doble compromiso: el de la familia que pide la fe para el niño y el de la comunidad cristiana que le da el don de la fe a través del sacramento del bautismo. La comunidad cristiana, se compromete a acompañar el crecimiento en la fe de aquel a quien hace hijo de Dios y miembro de la Iglesia.

El Cardenal decía entonces que la misión es, de parte de la comunidad cristiana, cumplir con ese compromiso que contrajo el día del bautismo de acompañar la fe de aquel a quien incorporó al Cuerpo de Cristo. Es ir a cada lugar, a cada familia, a cada creyente o aún a quien ha dejado la práctica de la fe para ayudarlo y cumplir, de parte de la comunidad cristiana, aquel compromiso contraído. El Papa mismo había dicho en la Homilía de la Eucaristía de inauguración de la Vº Conferencia que “la Iglesia crece no por proselitismo sino por atracción” (cfr. DA 159).

Entender la misión de esta manera, es dejar de lado el riesgo de caer en una especie de activismo pastoral o de actitud de muestra de poder; no es que “a la cuenta de tres todo el mundo a la calle”, no hacemos un gesto misionero para que quede de manifiesto cuántos somos, quiénes somos, qué es lo que estamos en condiciones de organizar.

Nuestra tarea misionera quiere ser invitar a otros a compartir la alegría de la fe. La misión en el continente será programada de manera más concreta y específica por cada Conferencia Episcopal y cada Diócesis.

4. Cómo “Navega mar adentro” adelanta y prepara el camino para concretar “Aparecida” entre nosotros.

Hay un lenguaje común con NMA, en la descripción del cambio de época, y algunos de los desafíos que nosotros nos hemos propuesto en Argentina.

Recordamos los desafíos: La crisis de la civilización, la búsqueda de Dios, el escándalo de la pobreza y de exclusión social, la crisis del matrimonio y la familia y la necesidad de mayor comunión.

En Aparecida estos desafíos están presentes a la hora de describir la realidad que nos interpela, y el cambio cultural. Si miramos el índice de NMA y el de Aparecida vamos a encontrar algunos temas en común en cada uno de los capítulos. Lo que nosotros en NMA propusimos en el Capítulo 4 acerca de criterios pastorales y un camino de crecimiento gradual en la santidad, aquí está ubicado en lo que hace al discipulado, la formación, el itinerario permanente de crecimiento en la fe.

Las acciones que nos proponemos potenciar de manera especial en el capítulo 5 de NMA, están también tomadas principalmente en la tercera parte del Documento Final de Aparecida en lo que hace a la Misión y también a la búsqueda de mayor comunión.

Podemos decir también que hay un “espíritu común” que subyace en la letra de ambos textos, porque ambos implicaron un recorrido, un camino de preparación, de participación y en uno y otro está presente el deseo de recoger la riqueza de la celebración del Gran Jubileo y el regalo que nos ha dejado Juan Pablo II en Novo Millenio Ineunte.

En este sentido Aparecida y Navega Mar Adentro los podemos ubicar dentro de un clima eclesial y pastoral de nuestra Iglesia de Argentina y de América Latina y el Caribe y a nivel Universal. Los dos textos al haberse realizado durante los primeros años del nuevo milenio nos plantean cuestiones comunes Debemos cuidarnos de mirar a NMA y Aparecida como “un documento más”. Ambos obedecen a procesos, y en la medida en que somos capaces de leerlos desde un camino pastoral nos sentimos y sabemos parte de una misma Iglesia con preocupaciones en común.

De la Vº Conferencia participaron representantes de los 22 países de América Latina y el Caribe que forman parte del CELAM. Tenemos problemáticas en común, historias en común, una realidad social, y cultural que compartimos. Argentina no es una isla en el continente. Lo que nos preocupa aquí, y los desafíos pastorales que nos hemos propuesto en NMA están en gran sintonía con preocupaciones y desafíos pastorales que nos planteamos con otros hermanos del continente.

Testimonio

Aparecida: comunidad, alegría, misión y esperanza

Mons. Juan Martínez

Obispo de Posadas*

En este tiempo, después de vivir el acontecimiento de la V Conferencia en Aparecida, en varias oportunidades he transmitido una reseña tanto de lo vivido, como de algunos ejes teológico-pastorales y observaciones generales que considero importantes para entender tanto el acontecimiento eclesial, como el documento.

En este caso el pedido de la redacción de la Revista Pastores es fundamentalmente un testimonio sobre lo vivido por un obispo que fue como delegado de la Conferencia Episcopal Argentina. Considero cuatro aspectos que quiero compartir con todos, especialmente con mis hermanos sacerdotes.

* En primer lugar, quiero tomar la palabra “**comunidad**”.

Los que hemos participado en Aparecida, vivimos la experiencia como un “Don de Dios”. La búsqueda de conversión a “Él” nos ayudó a profundizar esta primerísima comunidad. La temática elegida tenía esta referencia especialmente cristocéntrica, “Discípulos y Misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él, tengan vida”.

El Santo Padre en la primera sesión de inauguración, subrayó claramente que toda mirada de la realidad no podría omitir, ni poner entre paréntesis “a la realidad fundante”. Dicha omisión siempre lleva a recetas fracasadas.

El haber realizado la V Conferencia en un Santuario Mariano nos ayudó a concentrarnos más en “Él”. De hecho todo Santuario es un espacio fuertemente de Dios. En el Santuario se realizó la Conferencia, cada mañana celebramos la liturgia con el pueblo de Dios. De hecho experimentamos la cercanía y cariño, la comunidad con tantos hermanos y hermanas, con jóvenes, ancianos, familias, niños, con tantos “rostros”. La cercanía de ellos nos ayudó a que nuestras reflexiones que desarrollábamos después de la “Eucaristía” compartida, no fuese una abstracción, sino una búsqueda “encarnada” y “Pascual”.

También debo aplicar esta palabra “Comunidad” al ambiente vivido entre los miembros de la Conferencia. Como significamos los cristianos esta palabra comunidad, lo vivido en Aparecida no se pareció, como corresponde, a uniformidad. Por cierto éramos variadísimos. Compartir en la Conferencia y en el mismo hotel donde estábamos los obispos argentinos, con varios hermanos del Caribe, nos hacía experimentar la variedad de nuestro continente. También en estilos eclesiológicos y acentuaciones que llevaron, como considero que es normal, a algunas diferencias en las discusiones. Sin embargo vuelvo después de estas observaciones a la palabra “comunidad”, que es fruto de algo más profundo, que nos permitía convivir, compartir y celebrar en comunidad.

* En segundo lugar quiero subrayar la palabra “**alegría**”.

Quizás más completo es expresar la alegría del Espíritu. Considero significativo que el documento desde su inicio señala la alegría del don de ser discípulos. Nos alegramos por el llamado, por la comunidad y por la misión. Esta alegría del Espíritu en general, o por lo menos

* Participó en Aparecida como delegado de la Conferencia Episcopal Argentina

muchas veces, es portadora de la cruz, de dolores y sufrimientos, que por la fe se van convirtiendo en “Pascuas” que vivimos en nuestro corazón.

En los pasillos, en los plenarios, en los “ricos” recreos, en las celebraciones, nos sentimos contentos. Los que hemos estado creo que compartimos esta opinión. También es bueno contarlo, porque quizá sea un eje “la alegría” que debe impregnar a nuestras comunidades, si realmente queremos que sean misioneras.

En algunos momentos nos pareció que el documento no iba a salir, que la metodología parecía que no era la adecuada, que se acortaban los días y había mucho contenido, repeticiones y falta de unidad en el mensaje. Sin embargo por el buen ambiente, por la tranquilidad y confianza que generaba la gente del CELAM, por los redactores y claro, por el “Espíritu” que estaba obrando, quedó un documento del cual “los unos” y “los otros”, hemos quedado contentos.

* La tercera palabra es “*misión*”.

No sé si volcarla en la expresión “Gran Misión”. “Misión” fue aquella palabra que estaba en la temática, que hace a nuestra razón de ser que es la evangelización y la misionalidad. La expresión “una misión discipular”, es elocuente. Como plantea en la tercera parte “la conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades”. Debemos entender la Misión no como un acontecimiento extraordinario, sino en la cotidianidad de nuestras motivaciones, estructuras, metodologías, lenguaje...

Es cierto que el gran desafío será en las búsquedas de aplicación de Aparecida en nuestras Diócesis y Comunidades. La gran Misión, será “Gran”, seguramente no por grandes acciones llamativas y externas, sino por nuestra “conversión” y “convicción” sobre la razón de ser de la Iglesia, que es Evangelizar.

* Finalmente quiero subrayar la palabra “*esperanza*”.

Nuestra Esperanza y entusiasmo en el Espíritu se vio reflejado en “el mensaje” final de Aparecida, que no es el documento. Ahí señalábamos una especie de compromiso: “Esperamos... ser una Iglesia viva, fiel y creíble que se alimenta en la Palabra de Dios y en la Eucaristía... vivir nuestro ser de cristianos con alegría y convicción como discípulos-misioneros de Jesucristo... finalizamos esta oración diciendo: “¡Que este continente de la Esperanza también sea el Continente del amor, de la vida y de la paz”.

Después del acontecimiento esperanzador de Aparecida, tengo clara conciencia que la vida no es fácil, y que cruces no faltarán, que los sufrimientos y dolores son lamentablemente parte de nuestra realidad latinoamericana, pero también quiero dejar constancia que Cristo es nuestra “Esperanza”, el que murió y resucitó. En Él queremos “ponernos de pie” para asumir el desafío de la Evangelización.

Estudio

La eclesialidad de la V Conferencia y los interrogantes del Papa*

Mons. Guillermo Melguizo Yepes
Vice-rector Pastoral del ITEPAL-CELAM

En una primera aproximación a la V Conferencia quiero destacar dos puntos importantes: La eclesialidad del encuentro y la importancia y trascendencia del Discurso Inaugural del Papa Benedicto XVI.

I. Un acontecimiento eclesial

La V Conferencia de Aparecida fue una experiencia religiosa, una experiencia de fe. Un acontecimiento eminentemente eclesial.

No se concibe una Conferencia General del Episcopado que no haya sido convocada por el Papa y cuyo tema central de estudio y reflexión no haya sido aprobado por él; que no haya sido inaugurada por él, presidida por él (per se), el primer día, o por otros (los tres presidentes por él nombrados: el Cardenal Giovanni Batista Re, Prefecto de la Congregación de Obispos, el Cardenal Francisco Javier Errázuriz, Presidente del CELAM y el Cardenal Geraldo Majella, Presidente de la Conferencia Nacional de Obispos Brasileños).

No se concibe una Conferencia General cuyas Conclusiones no hubiesen sido aprobadas por el Papa. Por eso, fue, ésta de Aparecida, una Conferencia celebrada y vivida en todo momento, cum Petro et sub Petro.

De otra parte, varios de los Dicasterios del Vaticano estuvieron allí presentes: el Pontificio Consejo para la Familia, el Pontificio Consejo para la Cultura, la Pontificia Comisión Ecclesia Dei, la Congregación para el Clero, la de la Doctrina de la Fe, la de los Institutos de Vida Consagrada, el Consejo para los Laicos, la Comisión Justicia y Paz, la Academia de las Ciencias Sociales, la de Pastoral de la Salud y el Sínodo de Obispos, etc.

Además, ha sido ya una tradición que en las Conferencias inauguradas por el Papa, su discurso inicial sea realmente un discurso programático que ilumina los trabajos de los participantes y orienta su reflexión.

Por todo ello, la V Conferencia fue ciertamente un acontecimiento eclesial: América Latina y el Caribe constituyen una porción bien importante de la Iglesia Universal (el 86% de los creyentes católicos viven en el Continente); cuatro de los siete países católicos más grandes del mundo están en América Latina (Brasil, México, Colombia y Argentina). Esta porción sigue siendo la esperanza de la Iglesia. Siempre se la ha llamado el Continente de la esperanza, y ahora el Papa Benedicto XVI quiere que se siga llamando también el Continente del amor.

La Iglesia Latinoamericana, desde luego, puesto que era la protagonista central, estuvo realmente representada en Aparecida: los Presidentes de las 22 Conferencias Episcopales; y los Obispos delegados de cada uno de los países del Continente (8 por cada 100 obispos); estuvieron presentes de igual manera numerosos sacerdotes diocesanos (24), religiosos y religiosas (16), superiores mayores (5), representantes de la CLAR (3) y representantes de

* Tomado de Revista Medellín, Vol. XXXIII, n° 130 (2007), págs. 276-287.

Movimientos Eclesiales (5): Neocatecumenal, Shalom, Comunión y liberación, Schoenstatt, Sodalitium de Vida Cristiana, diáconos permanentes (4), laicos (17) Y un buen grupo de peritos, y observadores, e invitados de otras Confesiones Religiosas (Iglesia Ortodoxa, Consejo Mundial de Iglesias, Anglicanos, Iglesia Evangélica, Metodistas, Iglesia Pentecostal, Bautistas y además un representante de la Comunidad Hebrea); Organismos de Ayuda (Secretariado para Iglesias de América Latina de Estados Unidos, Adveniat, Misereor, Kirche in Not; Conferencia Episcopal Italiana, Porticus, para un total de 265 personas entre miembros con derecho a voz y voto (160), y 82 invitados, 8 observadores y 15 peritos.²

Es de anotar también, como signo de comunión de la Iglesia Universal la presencia de los Presidentes del Simposio de las Conferencias Episcopales de Africa y Madagascar; del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas, de la Conferencia Episcopal de España, los Presidentes de las Conferencias de los Obispos de Asia y de las Conferencias Episcopales de Portugal, Estados Unidos y Canadá.

Era un grupo respetable, numeroso y calificado de Pastores, realmente representativo de la Iglesia, todos desde luego, con el deseo de acertar y de dar un impulso a la Nueva Evangelización.

La V Conferencia vibró con la Iglesia Universal, y ésta estuvo pendiente de Aparecida, con la oración y el interés de todas las horas.

Las Conferencias Generales anteriores (Río de Janeiro, Medellín, Puebla y Santo Domingo) son conocidas ampliamente por sus Documentos conclusivos. Pero hay que anotar que aquellas y la V desde luego, son algo más que un Documento de Conclusiones.

En efecto, la Conferencia General es ante todo un contexto, todo un tiempo, toda una experiencia de fe, toda una realización de Pastores, y de hombres de fe.

Una Conferencia como ésta, es un proceso de larga y seria preparación (tres años); es un estudio y un aporte previos de todas las Conferencias Episcopales del Continente; una Conferencia es también el Documento de Participación, y el Documento de Síntesis, como instrumentos de trabajo preparatorios; son los Congresos, los Encuentros y Simposios Internacionales sobre las temáticas implicadas; y son las numerosas publicaciones de libros (22) sobre temas bien diversos y a la vez complementarios. La V Conferencia es también, desde luego, su celebración propiamente dicha, del 13 al 31 de mayo del 2007. Es igualmente un tiempo de oración, con celebraciones litúrgicas hermosas, preparadas y realizadas con verdadera fe; es un tiempo de reflexión, de debate y estudio sobre un tema muy concreto y muy amplio que nos hizo volver a nuestros orígenes: "Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida - Yo soy el Camino la Verdad y la Vida".

La V Conferencia fue también el conocimiento mutuo, el ejercicio de la colegialidad episcopal, la presencia y el aporte de laicos y religiosos de diversas procedencias culturales e idiomáticas (español, portugués, inglés y francés).

Evidentemente la V Conferencia es también el trabajo de las Conclusiones y el Mensaje Final a los pueblos de América, pero ante todo repito, la V Conferencia fue un espíritu, una nueva mentalidad que va a transformar, estoy seguro, a la Iglesia Latinoamericana y por reflejo a la Iglesia toda.

La V Conferencia es de igual modo, sobre todo la ejecución y el cumplimiento de esas conclusiones y programas pastorales que en muchos casos van a significar un cambio de mentalidad en muchos campos de la Iglesia y de la sociedad.

Es interesante observar que la V Conferencia comenzó valorando las Conferencias anteriores (Río '55, Medellín '68, Puebla '79 y Santo Domingo '92), y reconociendo la influencia de sus respectivas Conclusiones y su aplicación pastoral a la realidad de los distintos países.

² CELAM - Manual del Participante - Aparecida 2007

De paso anoto que los Presidentes de la Conferencias Episcopales en sus intervenciones en el aula, acentuaron sobre todo, la importancia de Medellín y Puebla. Sin embargo, al mirar las Conclusiones de Aparecida nos encontramos con que en las citaciones del Documento Final entre muchas otras (250) del Magisterio Eclesiástico, figura Santo Domingo con 15, Puebla con 13 y Medellín con 3.

Era la primera vez que una Conferencia General podía utilizar toda la tecnología de punta (computadores, internet, teléfono inalámbrico, celulares, televisión interna y votación electrónica), y esto le dio una agilidad impresionante no conocida antes.

Era la primera vez que una Conferencia se celebraba junto a un Santuario Mariano, el de Nuestra Señora de la Concepción Aparecida, Patrona del Brasil, centro pastoral de inmensas proporciones y lugar de encuentro de millares de peregrinos (ocho millones cada año).

Fue, finalmente, algo más que una coincidencia, el hecho de que la semana final hubiese coincidido con la fiesta de Pentecostés. Porque una vez terminadas las etapas de preparación y de celebración realizadas con seriedad y responsabilidad, empezaba ahora la acción del Espíritu Santo que casi siempre nos sorprende.

El Espíritu Santo es en efecto el que envió a Jesús; el Espíritu Santo es el primer evangelizador. Es El el que transforma y envía a los discípulos; El es en definitiva el alma de la Iglesia.

Terminó el trabajo de los hombres, empieza ahora la obra del espíritu, que es la ejecución y la vivencia del Documento Conclusivo.

Pienso que la V Conferencia logró crear una actitud de esperanza y optimismo, a pesar de los nubarrones de esta hora. En efecto:

- Tuvo la conciencia de renovar la Iglesia primero por dentro. Acentuó y aseguró siempre la centralidad de Jesucristo.
- Clarificó la identidad en todos los campos y situaciones de la Iglesia.
- Descubrió la necesidad de apostar hoy más que nunca por la caridad y misericordia.
- Se decidió a hacer de la Iglesia casa y escuela de comunión.
- Situó el camino pastoral de toda la Iglesia en la perspectiva de la santidad. Esta era una aspiración de muchos y una necesidad realmente sentida.

II. Discurso inaugural o las preguntas del Papa

De todos es sabida la importancia que a lo largo de la historia de la Iglesia Latinoamericana y Caribeña han tenido los discursos inaugurales del Papa en las diversas Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano.

A excepción de la Conferencia de Río de Janeiro que fue precedida de una Carta Apostólica muy importante del Papa Pío XII: "Ad Ecclesiam Christi"³, del 29 de junio de 1955, las otras Conferencias fueron inauguradas personalmente por el Papa: por Pablo VI la de Medellín, por Juan Pablo II la de Puebla y la de Santo Domingo, y por Benedicto XVI, esta V Conferencia.

Los discursos inaugurales de los Papas, fueron todos, sin excepción, preparados, pensados y pronunciados como mensajes programáticos y líneas claras y orientadoras de los temas y trabajos de la respectiva Conferencia General.

³ CELAM - Las cuatro Conferencias Generales del Episcopado latinoamericano. Quinta Edición, 2004. Primera Conferencia General - Río de Janeiro – Carta Apostólica Ad Ecclesiam Christi, páginas 7 a 12

Por ejemplo, los títulos del Discurso del Papa en Medellín fueron: Orientaciones Espirituales y Orientaciones Pastorales.⁴

Los de Puebla fueron: los Obispos Maestros de la Verdad (Verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre); los Obispos constructores de la unidad, defensores y promotores de la dignidad.⁵

Los de Santo Domingo fueron: Jesucristo Ayer, Hoy y Siempre. Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana. Una Nueva Era bajo el signo de la Esperanza.⁶

Y en esta V Conferencia de Aparecida el Papa Benedicto XVI no se aparta de esta bella tradición y pronuncia un discurso de inauguración el 13 de mayo del 2007, que impactó profundamente a los participantes, hasta el punto de que en las Conclusiones se va a citar al Papa en setenta veces, cincuenta de ellas tomadas del Discurso Inaugural.⁷

Inicialmente, el Pontífice da gracias a Dios por el gran don de la fe cristiana que recibieron las gentes de este Continente. Habla ampliamente en su primera parte de la fe cristiana en América Latina que tiene hoy grandes retos, "pues están en juego el desarrollo armónico de la sociedad y la identidad católica de sus pueblos" (DI 1).

El Papa menciona luego la necesidad de que esta V Conferencia camine en continuidad con las otras Conferencias a fin de dar un nuevo impulso a la evangelización (DI 2).

Después de Santo Domingo 1992, dice el Papa que "*muchas cosas han cambiado en la sociedad*" (DI 2). Hoy, afirma, se da el fenómeno de "*la globalización como un entramado de relaciones a nivel planetario. Aunque en ciertos aspectos es un logro de la gran familia humana y una señal de su profunda aspiración a la unidad, sin embargo, comporta también el riesgo de los grandes monopolios y de convertir el lucro en valor supremo*" (DI 2).

Después de reconocer todas las cosas buenas y positivas que hay en la Iglesia Latinoamericana, afirma que "*sin embargo, hay un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas experiencias pseudo-religiosas*".

Luego dice: "*ante la nueva encrucijada, los fieles esperan de esta V Conferencia una renovación y revitalización de su fe en Cristo, nuestro único Maestro y Salvador*" (DI 2).

Trata luego el Papa el tema central de la Conferencia: *Discípulos y Misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en El tengan vida - Yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14, 6). Se detiene a clarificar la identidad del discípulo (DI 3) y pasa luego a ahondar ese objetivo adoptado en el lema de la V Conferencia: "*Para que nuestros pueblos en El tengan vida*" (DI 4); y habla de la misa dominical como centro de la vida cristiana y toca luego los grandes problemas sociales y políticos haciendo énfasis en el problema de las estructuras (DI 4).

Y el último capítulo lo dedica a lo que él llamó "*otros campos prioritarios*", como son la familia, los sacerdotes, los religiosos y religiosas consagrados, los laicos, los jóvenes y la pastoral vocacional (DI 5).

Para concluir con una hermosa plegaria al Señor en el mejor estilo de los discípulos de Emaús: "*quédate con nosotros Señor*" de Lc 24, 29 (DI 6).

⁴ CELAM - Las cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Quinta Edición, 2004. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Discurso del Papa Pablo VI - páginas 91 a 102

⁵ CELAM - Las cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Quinta Edición, 2004. Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Discurso del Papa Juan Pablo II - páginas 265 a 285

⁶ CELAM - Las cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Quinta Edición, 2004. Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Discurso del Papa Juan Pablo II - páginas 585 a 609

⁷ Benedicto XVI - Discurso Inaugural de Aparecida, mayo 2007. En adelante se citará como Discurso Inaugural (DI).

Me pareció muy bello el párrafo dirigido a los y a las religiosas ya los consagrados: *“quiero dirigirme también a los religiosos, a las religiosas y a los laicos y laicas consagrados. La sociedad latinoamericana y caribeña tiene necesidad del testimonio de ustedes en un mundo que tantas veces busca, sobre todo, el bienestar, la riqueza y el placer como finalidad de la vida, y que exalta la libertad prescindiendo de la verdad del hombre creado por Dios; ustedes son testimonio de que existe una forma de vivir con sentido; recuerden a sus hermanos y hermanas que el Reino de Dios ha llegado; que la justicia y la verdad son posibles si nos abrimos a la presencia amorosa de Dios nuestro Padre, de Cristo nuestro hermano y Señor, del Espíritu Santo nuestro consolador. Con generosidad y hasta el heroísmo, continúen trabajando para que en la sociedad reine el amor, la justicia, la bondad, el servicio, la solidaridad conforme al carisma de sus fundadores. Abracen con profunda alegría su consagración, que es instrumento de santificación para ustedes y de redención para sus hermanos.*

La Iglesia de América Latina les agradece por el gran trabajo que vienen realizando a lo largo de los siglos por el Evangelio de Cristo a favor de sus hermanos, principalmente por los más pobres y marginados. Invito a todos para que colaboren siempre con los obispos trabajando unidos a ellos que son los responsables de la Pastoral. Los exhorto también a una obediencia sincera a la autoridad de la Iglesia. No tengan otro ideal que no sea la santidad conforme a las enseñanzas de sus fundadores" (DI 5).

Me llamaron profundamente la atención estas ideas: el mundo necesita del testimonio de ustedes. Dan testimonio de que existe una forma de vivir con sentido. Su consagración es un instrumento de santificación para ustedes y de redención para sus hermanos. No tengan otro ideal que no sea la santidad.

Quisiera repetir también los mensajes de las otras vocaciones pero me tengo que contentar con el de los sacerdotes: *"si el sacerdote hiciera de Dios el fundamento y el centro de su vida entonces experimentará la alegría y la fecundidad de su vocación. El sacerdote debe ser ante todo "un hombre de Dios" (1 Tim. 6, 11); un hombre que conoce a Dios "de primera mano ", que cultiva una profunda amistad personal con Jesús, que comparte "los sentimientos de Jesús". Cfr. Fil. 2,5. (DI 5).*

Pero lo que a mí me interesa ahora es destacar el nuevo género literario y mayéutico que a lo largo de su discurso utilizó el Santo Padre. Es la modalidad original propia de un teólogo y de un profesor de la fe, a base de preguntas y de interrogantes que son respondidos de inmediato, dejando una lección clara y concreta.

¿Cuántas y cuáles fueron esas preguntas que hizo y se hizo el Papa en su discurso de inauguración? He descubierto por lo menos siete preguntas que son fundamentales y que el Pontífice aprovecha para exponer la doctrina a manera de respuestas claras y captables hasta por los sencillos.

Elas son:

1. ¿Qué ha significado la aceptación de la fe cristiana para los pueblos de América Latina y el Caribe? Allí se refiere al encuentro de las culturas en la Primera Evangelización. Tema por lo demás, delicado, controvertido y que en su momento provocó una tempestad en un vaso de agua. *"El Espíritu Santo ha venido a fecundar sus culturas (las de estos pueblos), purificándolas y desarrollando los numerosos gérmenes y semillas que el Verbo Encarnado había puesto en ellas, orientándolas así por los caminos del Evangelio" (DI 1).*

En la audiencia del miércoles 23 de mayo en Roma, el Papa amplió y clarificó su pensamiento e hizo un balance de su visita al Brasil y afirmó: *"Ciertamente, el*

*recuerdo de un pasado glorioso no puede ignorar las sombras que acompañaron la obra de la evangelización del Continente Latinoamericano.”*⁸

2. La segunda pregunta, que a la hora de la verdad es realmente cuádruple, la planteó de esta manera: “*¿Qué nos da Cristo realmente? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo?*” Y responde: “*Porque esperamos encontrar en la comunión con El, la vida, la verdadera vida, digna de este nombre y por eso queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en El*” (DI 3).
Y a renglón seguido pregunta: *¿Es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad, la vida? ¿Esta prioridad no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?* (DI 3).
Y es que nuestra espiritualidad, la consagración en la vida religiosa, no es, ni puede ser en ningún momento, una compensación o una fuga de la realidad.
3. Y muy originalmente responde con otra pregunta doble: *¿Qué es esta realidad? ¿Y qué es lo real? ¿Son realidad solo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos?*
Y la respuesta no se deja esperar: “*aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como lo demuestran los resultados de los sistemas marxistas e incluso capitalistas. Falsifican el concepto de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de "realidad" y en consecuencia solo puede terminar en caminos equivocados y recetas destructivas*” (DI 3).
Y sintetiza con mucha claridad: “*la primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano*” (DI 3).
4. Y con una lógica envidiable viene la cuarta pregunta: *¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo?*
La respuesta es simple y profunda a la vez “*sólo Dios conoce a Dios, y sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y El, que está en el seno del Padre, nos lo ha contado* (Jn 1, 18).”*Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable: no hay camino, y, al no haber camino, no hay vida ni verdad*” (DI 3).
5. Y el teólogo catequista continúa interrogando: *¿Qué nos da la fe en este Dios?*
“*La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. Es una fe que nos libra del aislamiento y nos lleva a la comunión*”. (DI 3).
6. El sexto cuestionamiento es como una síntesis final del tema del discipulado y de la misión:
¿Cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con El, para encontrar la vida en El y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo?
Y responde con claridad: “*Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios*”, de aquí que concluya

⁸ Benedicto XVI - Audiencia del 23 de mayo de 2007

diciendo: "al iniciar la nueva etapa que la Iglesia Misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender a partir de esta V Conferencia General de Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios". (DI 3)

7. Y en el numeral 4 de su discurso, donde comenta la frase "*para que nuestros pueblos en El tengan vida*", al hablar de los problemas sociales y políticos, plantea el Papa la séptima y última pregunta: ¿Cómo puede contribuir la Iglesia a la solución de los urgentes problemas sociales y políticos, y responder al gran desafío de la pobreza y de la miseria?

En este contexto dice, "*es inevitable hablar del problema de las estructuras sobre todo de las que crean injusticias. Las estructuras justas son una condición indispensable para una sociedad justa, pero no nacen ni funcionan sin un consenso moral de la sociedad sobre los valores fundamentales y sobre la necesidad de vivir estos valores con las necesarias renunciaciones, incluso con el interés personal*" (DI 4).

Y más adelante: "*la Iglesia es abogada de la justicia y de los pobres, precisamente al no identificarse con los políticos ni con los intereses de partido. Sólo siendo independiente puede enseñar los grandes criterios y los valores indelegables, orientar las conciencias y ofrecer una opción de vida que va más allá del ámbito político: formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, educar en las virtudes individuales y políticas, es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector.*"(DI 4)

Como lo podemos observar a lo largo y ancho de este discurso, el Papa ha optado por el género literario de preguntas y respuestas. Es así como ha desarrollado entre otros, los temas de la fe, de la persona de Jesucristo, de la realidad, del conocimiento de Dios, de la Iglesia, del seguimiento de Jesucristo, de la Palabra de Dios (La Roca de la Palabra), y de la Iglesia ante los problemas sociales.

Tenemos ahí, un verdadero catecismo para ahondar, para aprender, y para vivir nuestro discipulado y nuestra misión.

Nos alegramos mucho porque hasta los más pesimistas y los eternamente desencantados, reconocieron que Aparecida no fue una Conferencia más, ni sus Conclusiones son un Documento anodino o repetitivo, sino el nuevo paso del Espíritu por su Iglesia, una Iglesia que ciertamente está en buenas manos y sabe para donde va.

Estudio

Escuchar para ver, juzgar y obrar Una clave para la recepción de Aparecida

Pbro. Damián Nannini
Diócesis de Rosario

A modo de introducción

"Lo que se recibe, al modo del recipiente se recibe", dicen los filósofos. "A vino nuevo, odres nuevos" dice el evangelio (Mc 2,22). Estas expresiones ponen de relieve el papel primordial de la pre-comprensión de la mente y de la predisposición del corazón en la recepción de un mensaje, de una palabra. Y sobre esto queremos reflexionar a la hora de leer el documento de Aparecida. Pensamos que tanto el acontecimiento como el documento de Aparecida nos han traído algo nuevo, pero esta novedad no está tanto en los contenidos cuanto en la prioridad de la actitud creyente exigida a todo discípulo de Cristo que quiera conocer la realidad para evangelizarla. Mi intuición y mi propuesta es que Aparecida nos llama ante todo a una conversión intelectual y pastoral; y aquí "conversión" tiene toda la fuerza de la *metanoia* o cambio de mentalidad. Si perdemos de vista esto, puede que Aparecida corra la suerte de muchos otros documentos que, al cabo de un tiempo, terminaron como letra muerta. Para que esto no nos suceda, necesitamos asimilar las precisiones que se hicieron en torno al método del *ver-juzgar-obrar* pues este, además de estructurar todo el documento, nos da también la clave para una correcta recepción del mismo.

El debate previo en torno al método

Es sabido que en los trabajos preparatorios para la conferencia de Aparecida tuvo lugar un debate en torno al método teológico pastoral sintetizado en las acciones *ver/mirar-juzgar/iluminar-obrar/actuar*. Este método estuvo a la base del desarrollo de las conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo, quienes lo asumieron de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II donde adquirió "su carta de ciudadanía magisterial"⁹.

Si bien es cierto que ya en torno a Santo Domingo se había discutido sobre este método, los cuestionamientos se reavivaron durante la preparación de Aparecida. El debate se centró en el primer momento de dicho método, en el *ver*, que desde su origen se entendió como *una mirada de fe sobre la realidad*, pero que para sus cuestionadores se había reducido a una mera lectura sociológica o histórica.

⁹ Carlos M. Galli, "Discípulos misioneros para la comunión de vida en el amor de Cristo, promoviendo la integración de los pueblos de América Latina y el Caribe", *Medellín* 129 (2007) 132. Para un abordaje más completo del tema el P. Galli remite en la nota al pie n° 25 a los siguientes artículos: A. Brighenti, "Raíces de la epistemología y del método de la teología latinoamericana", *Medellín* 78 (1994) 207-254; J. C. Scannone, "Situación de la problemática del método teológico en América Latina", *Medellín* 78 (1994) 255-283; L. Ortiz Lozada, "La importancia del método en el Concilio y en el Magisterio Episcopal Latinoamericano", *Medellín* 126 (2006) 313-331.

Como ejemplo del cuestionamiento de este método podemos citar una ponencia del Cardenal Poupard en un encuentro de Pastoral de la Cultura organizado por el CELAM en Octubre del 2004 y publicado en la Revista Pastores de Mayo del 2007:

"Una de las tendencias más difundidas fue la de considerar este método como canónico o único, precisamente porque el primer momento venía más que privilegiado. Todo parecía jugarse, para esta tendencia pastoralista, en el análisis de la realidad. Identificar las causas inmanentes del desorden social, constituía la prioridad. El segundo momento del método: juzgar esta realidad desde el Evangelio, se convertía en cambio en un juicio al desorden constatado. La consecuencia de reducir este proceso pastoral a su precisión de análisis de la realidad, bajo este método sociológico, generó que el tercer momento decisivo, es decir, los acentos pastorales, se dirigieran casi exclusivamente en alguna Iglesia local, a las acciones de cambio socio - estructural. La novedad del Evangelio quedaba así sometida a un método ideológicamente canonizado, reducido a su expresión sociológica y confinado a ser solo expresión inmanente de una acción sociopolítica humana entre tantas. Su irrupción en el mundo moderno dependía entonces de un cambio estructural político-económico colectivo".¹⁰

Junto a esta "ideologización reduccionista del método en la praxis" el Card. Poupard cuestiona la actualidad y pertinencia del mismo dado los cambios vividos tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella. Según el Card. Poupard el *ver-juzgar-obrar* tuvo mucha utilidad en un ambiente donde la fe y el anuncio de Jesucristo como Dios se daban por descontados; mientras que ahora los cristianos ya no respiran una transmisión viva de la fe. De aquí su pregunta: "¿es posible seguir usando un método que supone una fe adulta y cuyos acentos y resultados confunden lo que es el evangelio con su expresiones? Un cristianismo de barniz como lo llamaba Pablo VI, no sólo se refiere a la apariencia confesional, sino a los frutos mismos"¹¹.

Por ello, ante estos cambios culturales propone modificar el método introduciendo un cambio que le atribuye a Juan Pablo II en *Redemptor Hominis* y que consiste en iniciar con la contemplación de Cristo, del misterio de la salvación. Entonces la finalidad es distinta pues "si *ver, juzgar, actuar*, busca poner por obra la fe, *contemplar, juzgar, actuar*, busca generar y sostener la fe en tiempos donde el secularismo, el relativismo, el hedonismo, el sectarismo, la indiferencia religiosa han dibujado un nuevo y desafiante panorama a la Evangelización"¹².

Por tanto, la propuesta del Card. Poupard es sustituir el *ver* por *contemplar* a Cristo.

El primado de la contemplación según *Novo Millennio Ineunte*

Por mi parte considero que esta modificación o reorientación del método es propuesta explícitamente por Juan Pablo II en *Novo Millennio Ineunte* (NMI). Aquí el Papa resumía la gran herencia del año jubilar en una actitud fundamental: "*la contemplación del rostro de Cristo: contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino*" (NMI n° 15)".

En este documento el Papa Juan Pablo II habla claramente de primacía de la contemplación en relación con la acción pastoral pero entendiendo este primado no como una alternativa a la acción pastoral sino como el fundamento absoluto de la misma:

¹⁰ Card. Paul Poupard, "Retos y propuestas pastorales de la cultura latinoamericana", *Pastores* 38 (2007) 31.

¹¹ Card. Paul Poupard, "Retos y propuestas pastorales de la cultura latinoamericana", *Pastores* 38 (2007) 32.

¹² Card. Paul Poupard, "Retos y propuestas pastorales de la cultura latinoamericana", *Pastores* 38 (2007) 32.

“Sin embargo, es importante que lo que nos proponamos, con la ayuda de Dios, esté fundado en la contemplación y en la oración. El nuestro es un tiempo de continuo movimiento, que a menudo desemboca en el activismo, con el riesgo fácil del «hacer por hacer». Tenemos que resistir a esta tentación, buscando «ser» antes que «hacer». Recordemos a este respecto el reproche de Jesús a Marta: «Tú te inquietas y te agitas por muchas cosas y sin embargo [...] una sola es necesaria» (Lc 10,41-42)” (NMI n° 15).

La tradición cristiana siempre ha sostenido la primacía de la *contemplación* sobre la *acción*, pero no siempre se ha entendido correctamente la relación entre ambas pues a veces se las ha contrapuesto. Y puede que la raíz de este error se encuentre en una confusa concepción de la contemplación cristiana. En el pensamiento griego dominaba la contraposición entre la contemplación o actividad intelectual, propia del sabio, y la acción o trabajo manual, propia del esclavo. En cambio en la concepción cristiana la contemplación no es tanto obra del intelecto como del amor, que mueve a la acción al mismo tiempo que es el fin de la misma¹³.

En la actualidad la contraposición surge cuando se acepta una concepción del universo que reduce todo a lo visible, material y temporal cerrándose a lo trascendente. Entonces la contemplación es vista como una mera evasión de la realidad. Aunque parezca paradójico, *la contemplación cristiana es justamente la que nos permite una visión completa de la realidad, sin reduccionismos, descubriendo la presencia de lo invisible en lo visible, de lo eterno en lo temporal, de Dios y su obra en nuestro mundo*¹⁴.

Desde una perspectiva más subjetiva, también se contraponen hoy acción y contemplación cuando existe una actitud voluntarista que hace depender todo del propio hacer, sin reconocer la primacía del don y de la gracia¹⁵.

Esta exigencia de la contemplación brota de la naturaleza misma de la acción pastoral específica de la Iglesia que consiste en reflejar la luz de Cristo y hacer resplandecer su rostro ante los hombres de cada generación. Se trata de una misión testimonial, de alguien que habla porque ha visto primero. Aquí reside justamente la eficacia de su testimonio:

“Nuestro testimonio sería, además, enormemente deficiente si nosotros no fuésemos los primeros *contempladores de su rostro*” (NMI n° 16).

La consigna que nos ha dejado Juan Pablo II al final del jubileo es clara: *contemplar, fijar la mirada en el rostro de Cristo*. Ahora bien, *¿dónde podemos nosotros contemplar hoy el rostro de Cristo?* El Papa señalaba un lugar ineludible: *el testimonio de los Evangelios*.

"La contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de él dice la Sagrada Escritura que, desde el principio hasta el final, está impregnada de este misterio, señalado oscuramente en el Antiguo Testamento y revelado plenamente en el Nuevo, hasta el punto que san Jerónimo afirma con vigor: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo»" (NMI n° 17).

Visto esto, creo que es válida la propuesta que hace el Card. Poupard, apoyándose en el magisterio de Juan Pablo II, de un paso necesario del *ver* al *contemplar*. Sólo faltaría precisar que éste último término hay que entenderlo en su correcta concepción cristiana y que

¹³ Cf. J. Maritain, *Azione e contemplazione* (Roma 1979) 45-49.

¹⁴ Cf. R. Voullame, *La contemplación hoy* (Salamanca-Buenos Aires 1977) 40-42.

¹⁵ Cf. A. Cencini, *Amarás al Señor tu Dios. Psicología del encuentro con Dios* (Bs. As. 1995) 108-111.

el Papa Juan Pablo II avanza un poco más hacia la fuente por cuanto afirma que la contemplación del rostro de Cristo se alimenta de la lectura de la Palabra de Dios, especialmente de los evangelios.

La Conferencia de Aparecida y el discurso inaugural de Benedicto XVI

Llegamos entonces al Vª Conferencia el Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida. Teniendo en cuenta el debate previo acerca del *ver-juzgar-actuar*, finalmente el documento de síntesis asumió creativamente el método y el documento conclusivo (DC) anuncia y fundamenta esta opción en la introducción a la primera parte:

“En continuidad con las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, este documento hace uso del método ver, juzgar y actuar. *Este método implica contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del Reino de Dios que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el cielo.* Muchas voces, venidas de todo el Continente, ofrecieron aportes y sugerencias en tal sentido, afirmando que este método ha colaborado a vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia: ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral, y en general ha motivado a asumir nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas de nuestro continente. Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido (*simpatía*) crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo. La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia (*pertinencia*) de este método” (DC nº 19)¹⁶.

Queda explicitado, desde el comienzo, que el primer momento del método hay que entenderlo como una *contemplación de Dios a la luz de la fe a través de su Palabra y de los Sacramentos que nos permite ver la realidad que nos circunda a la luz de su providencia*. Se ha asumido, si lugar a dudas, la consigna de Juan Pablo II en NMI. Pero considero que en esta precisión del método *ver, juzgar y obrar* ha sido aún más decisiva la intervención del Papa Benedicto XVI con su discurso inaugural (DI). Esto no puede sorprendernos porque en las anteriores conferencias del Episcopado Latinoamericano las intervenciones de los Papas han sido determinantes para el desarrollo de las mismas dado su carácter programático y orientador. La Conferencia de Aparecida no será la excepción por cuanto en sus conclusiones se cita al Papa Benedicto XVI setenta veces, de las cuales cincuenta están tomadas del Discurso Inaugural¹⁷.

Aunque la cita sea extensa, bien vale tener presente las mismas palabras del Papa respecto al tema que nos interesa.

¹⁶ El párrafo que hemos puesto en *cursiva* es un añadido en comparación con la versión no oficial del documento que circuló por Internet antes de su publicación autorizada. Las palabras que hemos puesto entre paréntesis son las que aparecían en la versión no oficial.

¹⁷ Estos datos los tomamos de Mons. Guillermo Melguizo Yepes, "La eclesialidad de la V Conferencia y los interrogantes del Papa", *Medellín* 130 (2007) 280-281.

"Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida "en Él", formulada en el título de esta V Conferencia, podría surgir también otra cuestión: Esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?

Como primer paso podemos responder a esta pregunta con otra: ¿Qué es esta "realidad"? ¿Qué es lo real? ¿Son "realidad" sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de "realidad" y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas.

La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano. La verdad de esta tesis resulta evidente ante el fracaso de todos los sistemas que ponen a Dios entre paréntesis.

Pero surge inmediatamente otra pregunta: ¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? No podemos entrar aquí en un complejo debate sobre esta cuestión fundamental. Para el cristiano el núcleo de la respuesta es simple: Sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y Él, "que está en el seno del Padre, lo ha contado" (*Jn* 1,18). De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. Si no conocemos a Dios en Cristo y con Cristo, toda la realidad se convierte en un enigma indescifrable; no hay camino y, al no haber camino, no hay vida ni verdad.

Dios es la realidad fundante, no un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo "hasta el extremo", no puede dejar de responder a este amor sino es con un amor semejante: "Te seguiré adondequiera que vayas" (*Lc* 9,57).

Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. *2 Co* 8,9).

Pero antes de afrontar lo que comporta el realismo de la fe en el Dios hecho hombre, tenemos que profundizar en la pregunta: ¿cómo conocer realmente a Cristo para poder seguirlo y vivir con Él, para encontrar la vida en Él y para comunicar esta vida a los demás, a la sociedad y al mundo? Ante todo, Cristo se nos da a conocer en su persona, en su vida y en su doctrina por medio de la Palabra de Dios. Al iniciar la nueva etapa que la Iglesia misionera de América Latina y del Caribe se dispone a emprender, a partir de esta V Conferencia General en Aparecida, es condición indispensable el conocimiento profundo de la Palabra de Dios.

Por esto, hay que educar al pueblo en la lectura y meditación de la Palabra de Dios: que ella se convierta en su alimento para que, por propia experiencia, vean que las palabras de Jesús son espíritu y vida (cf. *Jn* 6,63). De lo contrario, ¿cómo van a anunciar un mensaje cuyo contenido y espíritu no conocen a fondo? Hemos de fundamentar nuestro compromiso misionero y toda nuestra vida en la roca de la Palabra de Dios. Para ello, animo a los Pastores a esforzarse en darla a conocer" (DI nº 3).

El primer lugar el Papa, partiendo del tema y lema de esta V Conferencia, establece la prioridad del encuentro con Cristo, camino, verdad y vida. Establecida esta prioridad, enseguida se pregunta si esta opción implica una fuga hacia el intimismo e individualismo religioso y una evasión de la realidad. Su respuesta no es directa, pues la misma depende de otra cuestión más fundamental aún: *¿qué es la realidad?, ¿qué es lo real?* Si la realidad se reduce a lo socioeconómico, a lo material, entonces la fe en Cristo parece que nos aleja o saca de la realidad. Pero este es justamente el presupuesto erróneo que el Papa se niega a aceptar y en contraposición hace una primera afirmación fundamental: "Sólo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano".

Hace casi 40 años atrás, el Papa actual siendo joven teólogo, ya se hacía estas preguntas fundamentales en su libro *Introducción al cristianismo* al plantearse la posibilidad y el lugar propio de la fe en el mundo de hoy:

"De antemano somos propensos hoy día a aceptar como auténticamente real lo comprensible, "lo demostrable". ¿No debemos estudiar más cuidadosamente qué es en realidad "lo real"? ¿Es sólo lo demostrado y demostrable? ¿O demostrar es un determinado modo de comportarse ante la realidad, modo que de ninguna manera abarca el todo y que conduce a una falsificación de la verdad y del ser humano, si lo tomamos como lo único decisivo?"¹⁸.

En su opinión, la opción de fe tiene algo de riesgo y aventura por cuanto el hombre tiende por inercia natural a lo visible, a lo que puede agarrar con su mano y comprender como propio. Ha sido creado de modo que sus ojos sólo pueden ver lo que es visible y, por tanto, lo que no es Dios, que es esencialmente invisible. Por eso creer significa aceptar que "el hombre no ve en su ver, oír y comprender la totalidad de lo que le concierne; significa que el hombre no identifica el espacio de su mundo con lo que él puede ver y comprender"¹⁹. Por tanto la fe encierra una opción fundamental ante la realidad y ante lo real. "Es una opción por la que lo que no se ve, lo que en modo alguno cae dentro de nuestro campo visual, no se considera como irreal, sino como lo auténticamente real, como lo que sostiene y posibilita toda la realidad restante"²⁰.

Para explicar como se ha llegado en la actualidad a esta presuposición de considerar sólo como real lo comprensible y demostrable, J. Ratzinger estudia el recorrido del espíritu moderno desde el nacimiento del historicismo hasta llegar al pensar técnico²¹. Supuesto este dominio casi absoluto del "pensar factible" surge entonces el problema del lugar de la fe en la mentalidad moderna. Su respuesta es que el acontecimiento de fe no pertenece a relación *saber-hacer*, sino a la relación *permanecer-comprender*. Atendamos a sus propias palabras:

"La fe es un sujetarse a Dios, en quien tiene el hombre un firme apoyo para toda su vida. La fe se describe, pues, como un agarrarse firmemente, como un permanecer en pie confiadamente sobre el suelo de la Palabra de Dios [...] La fe indica un plano completamente distinto del hacer y de la factibilidad; es esencialmente confiarse a lo que no se ha hecho a sí mismo, a lo no factible, a lo que lleva y posibilita nuestro hacer"²².

"¿Qué es propiamente la fe? Nuestra respuesta es ésta: es la forma de permanecer del hombre en toda la realidad, forma que no se reduce al saber ni que el saber puede medir; es la

¹⁸ J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo* (Sígueme; Salamanca 1982) 37-38.

¹⁹ *Introducción al cristianismo*, 31.

²⁰ *Introducción al cristianismo*, 32.

²¹ Cf. *Introducción al cristianismo*, 39-46.

²² J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo* (Sígueme; Salamanca 1982) 48-49.

orientación sin la que el hombre estaría sin patria, la orientación que precede al calcular y actuar humanos, y sin la que no podría ni calcular ni actuar, porque eso sólo puedo hacerlo en el sentido de la inteligencia que lo lleva [...] Creer cristianamente significa confiarse a la inteligencia que me lleva a mí y al mundo, considerarla como el fundamento firme sobre el que puedo *permanecer* sin miedo alguno. En lenguaje más tradicional podemos afirmar que creer cristianamente significa *comprender* nuestra existencia como respuesta a la palabra, al logos que lleva y sostiene todo [...] la fe cristiana es una opción en pro de que lo recibido precede al hacer. Esto no quiere decir que el hacer se desprecie o considere superfluo. Sólo porque hemos recibido podemos 'hacer'. La fe cristiana significa también una opción en pro de que lo invisible es más real que lo visible. Es afirmación de la supremacía de lo invisible como propiamente real, lo cual nos lleva y autoriza a colocarnos ante lo visible con tranquilidad impertérrita y en la responsabilidad que dimana del verdadero fundamento de todo, de lo visible"²³.

Volviendo al discurso inaugural del Papa y a la cuestión del método, esta digresión nos ayuda a entender que en la mirada sobre la realidad una fe de esta calidad no puede presuponerse sin más. Antes de aproximarse a la realidad hay que revisar la presunción por la cual lo real se reduce a lo visible y factible. Incluso más, hay que ejercitar la fe como permanecer en Dios, en su Palabra, como condición necesaria para comprender integralmente la realidad. Es que la fe más que un *saber-hacer* es un modo de posicionarse ante la realidad, de *permanecer y comprender*. Como bien decía J. Ratzinger, es la actitud existencial que en la realidad reconoce la primacía de lo recibido sobre el hacer y de lo invisible sobre lo visible.

Todo esto, expresado en categorías bíblicas, no es otra cosa que la *primacía del escuchar* o, para decirlo con San Pablo, que "la fe viene de la audición" (Rom 10,17).

"En síntesis puede afirmarse que la fe procede de la 'audición', no de la 'reflexión', como la filosofía. Su esencia no estriba en ser proyección de lo concebible, a lo que se ha llegado después de un proceso intelectual. La fe nace, por el contrario, de la audición; es recepción de lo no pensado, de tal modo que el pensar en la fe es siempre re-flexión sobre lo que antes se ha oído y recibido. Con otras palabras diremos que en la fe predomina la palabra sobre la idea y esto la desvincula estructuralmente del sistema filosófico. En la filosofía el pensamiento precede a la idea; las palabras, producto de la reflexión, vienen *después* de esta; las palabras son siempre secundarias, y la idea podría expresarse también con otras, no estas palabras. La fe, en cambio, entra en el hombre desde el exterior; es esencial que venga de afuera. Lo repito: la fe no es lo que yo me imagino, sino lo que oigo, lo que me interpela, lo que me ama, lo que me obliga, pero no como pensado ni pensable"²⁴.

Así como no puedo reducir lo real a lo material, tampoco puedo reducir la fe a un pensamiento o idea sobre Dios. La fe es indudablemente previa a la reflexión, pues viene de la escucha de la Palabra. Sólo Dios conoce a Dios y sólo su Hijo Jesucristo, que es Dios, nos lo puede dar a conocer. Por tanto antes de pensar en Dios debo escucharlo.

Justamente la argumentación del Papa Benedicto termina con la invitación a conocer a Cristo por medio de la Palabra de Dios y a fundamentar tanto el compromiso misionero como la propia vida del discípulo sobre la roca de la Palabra de Dios. Aquí se encuentra el origen de la fe cristiana que no es otra cosa que respuesta a Dios que se nos revela en Jesucristo (cf.

²³ *Introducción al cristianismo*, 51-52. La *cursiva* es nuestra.

²⁴ *Introducción al cristianismo*, 67.

D.V. n° 5). Permaneciendo en esta fe es como se llega a comprender la realidad de modo de poder luego juzgarla y transformarla evangélicamente.

Sin esta convicción de la prioridad de la fe en Cristo las afirmaciones del documento conclusivo de Aparecida (DC) nos parecerán muy espirituales pero poco operativas. El mismo Papa se hace cargo de esta posible objeción, en el sentido de que una fe así nos aleje de los acuciantes problemas de América Latina y del Caribe provocando "una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual". Por esto es necesario asumir que la fe cristiana implica un posicionarse ante la misma realidad, pero ante *toda la realidad*, que tiene por fundamento a Dios.

Esta postura está claramente asumida en la primera parte del capítulo 2 del DC que trata justamente de la "mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad". Aquí, por ejemplo, se presenta en el n° 37 al sentido religioso como el "sentido que da unidad a todo lo que existe y nos sucede en la experiencia". Por tanto, la fe no nos saca de la realidad sino que nos permite encontrar el "sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía ni los medios de comunicación podrán proporcionarle" (DC n° 41).

El Papa tiene en cuenta también otra posible objeción ante esta prioridad de la fe: "¿no podría ser una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso".

Ya en *Introducción al cristianismo* J. Ratzinger había señalado el carácter esencialmente social del acto de fe por cuanto se deriva de la predicación:

"Esta supremacía de la palabra significa que la fe está ordenada a la comunidad de espíritu de modo completamente diverso al pensar filosófico. En la filosofía lo primario es la búsqueda privada de la verdad; después, como algo secundario, busca y encuentra compañeros de viaje. La fe, por el contrario, es ante todo una llamada a la comunidad, en la unidad del espíritu mediante la unidad de la palabra; su finalidad es, ante todo, social: suscitar la unidad del espíritu mediante la unidad de la palabra"²⁵.

Por su parte el Papa Benedicto XVI responde a esta objeción en su discurso inaugural al decir que lo primero que nos da esta fe en Dios es la pertenencia a la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe en Cristo nos lleva a la comunión con Dios y con los hombres como hermanos; incluyendo en esto último la opción preferencial por los pobres. El DC da una grandísima importancia al tema de la comunión y al compromiso social de la fe como puede verse en los capítulos 5 y 8 respectivamente.

Pienso que podemos resumir la lógica de la argumentación de esta parte del DI de este modo:

Para conocer integralmente la realidad, y no sólo de modo fragmentario, es necesario conocer a Dios.

A Dios sólo podemos conocerlo verdaderamente por Cristo, Dios hecho hombre.

Sólo conociendo a Dios en Cristo podemos comprender integralmente la realidad.

Para conocer a Cristo es necesario escuchar su Palabra.

Sólo cuando está Palabra es verdaderamente escuchada, puede luego ser anunciada.

Algunas consecuencias para la vida pastoral

²⁵ *Introducción al cristianismo*, 68.

Reconozco que no es fácil comprender los profundos análisis teológicos del acto de fe que ha hecho el entonces teólogo J. Ratzinger y que están, a mi entender, a la base del discurso inaugural del Papa Benedicto XVI. Pero me parece fundamental para asimilar correctamente el mensaje de Aparecida.

Es necesario que nos preguntemos cómo nos posicionamos ante la realidad antes de hacer el necesario "diagnóstico" que orientará nuestra acción pastoral. Preguntarnos, sobre todo, si la "presunción" de que es real sólo lo visible y factible no forma parte de nuestra precomprensión de la misma. Como advierte el DC n° 45: "La ciencia y la técnica, cuando son puestas exclusivamente al servicio del mercado, con los únicos criterios de la eficacia, la rentabilidad y lo funcional, crean una nueva visión de la realidad".

De modo espontáneo nos paramos primeramente ante la realidad pastoral con la intención de *ver* para *saber* lo que tenemos que *hacer*. Pero esta actitud, legítima por cierto, es secundaria en relación a la fe como *permanecer* para *comprender*. Lo primero es permanecer en Dios, apoyarnos en la roca de su Palabra con constancia y perseverancia. Sólo cuando nuestra existencia haya llegado a una actitud de confiado abandono en Dios, propio de la criatura en su Creador y Señor, comprenderemos la realidad de modo integral. Este permanecer con Dios y en Dios nos dará una mirada creyente, contemplativa, sobre la difícil realidad pastoral que nos toca evangelizar. Entonces, de a poco, iremos descubriendo lo que podemos hacer, pero sin abandonar a Dios como único apoyo firme.

No creo que podamos dar por supuesta sin más la actitud de fe tal como la describe el Papa Benedicto, ya que espontánea y culturalmente estamos inclinados a considerar reductivamente la realidad. Tal vez sea por esto que el Papa en su discurso inaugural, al comenzar la sección que comentamos, se pregunte acerca de nuestro convencimiento real en Cristo como camino, verdad y vida:

"¿Qué nos da Cristo realmente? ¿Por qué queremos ser discípulos de Cristo? Porque esperamos encontrar en la comunión con Él la vida, la verdadera vida digna de este nombre, y por esto queremos darlo a conocer a los demás, comunicarles el don que hemos hallado en Él. Pero, ¿es esto así? ¿Estamos realmente convencidos de que Cristo es el camino, la verdad y la vida? (DI n° 3)".

Por su parte el documento de Aparecida nos dice que "como discípulos y misioneros estamos llamados a intensificar nuestra respuesta de fe" (DC n° 134) y señala como el mayor peligro del discípulo la pérdida de la fe en medio de la actividad:

"Nuestra mayor amenaza "es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad"²⁶. A todos nos toca "recomenzar desde Cristo"²⁷, reconociendo que "no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"²⁸ (DC n° 12).

Algo semejante les decía Benedicto XVI a los Obispos de Suiza en visita *ad limina* el 7 de Noviembre de 2006:"

^{26/7} RATZINGER, J. a los Obispos latinoamericanos responsables de las comisiones de Doctrina de la Fe en sus respectivas Conferencias Episcopales, Guadalajara (1996).

^{27/8} Cf. NMI 28-29.

^{28/9} DCE 1.

"También nosotros corremos el peligro de trabajar mucho, en el campo eclesial, haciéndolo todo por Dios, pero totalmente absorbidos por la actividad, sin encontrar a Dios. Los compromisos ocupan el lugar de la fe, pero están vacíos en su interior".

"Por eso, creo que debemos esforzarnos sobre todo por escuchar al Señor, en la oración, con una participación íntima en los sacramentos, aprendiendo los sentimientos de Dios en el rostro y en los sufrimientos de los hombres, para que así se nos contagie su alegría, su celo, su amor, y para mirar al mundo como él y desde él".

Ante esta posibilidad real de debilitamiento en la fe y ante la constatación de que la preciosa tradición religioso-cultural comienza a erosionarse (DC n° 38), el documento de Aparecida pide a los discípulos misioneros comenzar por la contemplación de Cristo:

"Por ello, los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y la plenitud de la vida" (DC n° 41)

"Hoy contemplamos a Jesucristo tal como nos lo transmitieron los Evangelios para conocer lo que Él hizo y para discernir lo que nosotros debemos hacer en las actuales circunstancias" (DC n° 139).

Pienso que es posible descubrir una cierta analogía entre la realidad eclesial que nos toca vivir y la que tenía ante sí el evangelista San Lucas. En efecto, la fuerte tensión misionera en toda la obra lucana ha llevado a los exegetas a presuponer algún tipo de crisis en este ámbito. Con buena lógica se infiere que el debilitamiento de la inminencia escatológica por el "factor tiempo" provocó el consiguiente aflojamiento de la vida cristiana. La consecuencia de esta disminución del fervor cristiano es claramente una disminución del fervor apostólico. A esto habría que sumarle las dificultades externas propias de un ambiente refractario al anuncio cristiano²⁹.

Ante esta realidad eclesial Lucas busca despertar en la Iglesia el sentido misionero y, aunque parezca paradójico, insiste vivamente en la necesidad de volver a una escucha atenta de la Palabra como instancia imprescindible para el fortalecimiento del mismo. Por esto presenta a María como modelo de oyente de la Palabra quien la conserva meditándola en su corazón (Lc 2,19.51); revaloriza como la parte buena o mejor la actitud oyente de María frente a la actitud "diaconal" de Marta (Lc 10,38-48); en la parábola del sembrador pone de manifiesto que sólo la escucha de la Palabra en un corazón bueno es la que produce fruto (Lc 8,15); y declara bienaventurados a los que escuchan la Palabra de Dios y la conservan (Lc 11,28). En la narración de los discípulos Emaús explícitamente enseña que el fervor de corazón brota de la escucha de las palabras de Jesús y es lo que transforma a unos hombres derrotados en testigos valientes: "¿No ardía nuestro corazón en el pecho cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?" (24,32.35).

Es muy interesante al respecto la interpretación de M. Laconi: "El evangelista parece que quiere decir a una iglesia frustrada en su esfuerzo por convertir a la gente: ¿Y si probáramos a invertir la situación? En lugar de pretender que el mundo escuche a la iglesia, ésta debería ante todo dedicarse a escuchar la palabra de Jesús. Es preciso, ciertamente, evangelizar el mundo, pero probablemente en la actual contingencia histórica es todavía más urgente evangelizar a los cristianos, reconducirlos a un contacto vivo con el evangelio y

²⁹ Para todo esto véase M. Laconi, *San Lucas y su iglesia* (Verbo Divino; Estella 1987) 55-68.

reasumir en profundidad la experiencia original de la palabra de Jesús que resuena en ella, aquella experiencia de la que cabalmente nació la iglesia [...] El redescubrimiento de la autenticidad profunda del ser cristiano – en diálogo vivo con Cristo – podrá hacer del discípulo un misionero escuchado y eficaz"³⁰.

La prioridad de la fe, entonces, debe ser alimentada día a día en la oración, en la escucha orante de la Palabra. En nuestra experiencia ministerial notamos claramente qué distinta es nuestra actitud ante la realidad según hayamos orado o no. La oración entendida primariamente como escucha de Dios nos lleva a afirmarnos en Él de modo que nos vinculamos con la realidad sin dejarnos ahogar ni avasallar por la misma. Si la mirada del discípulo sobre la realidad no brota de la contemplación de Cristo, el desaliento es inevitable.

Ahora bien, la escucha orante de la Palabra tiene sus exigencias. Se trata de una escucha en el sentido de prestar atención, de disponernos para recibir una Palabra que no viene de nosotros y que nos lleva, a su vez, a estar a disposición de esa Palabra.

Lo contrario es un oír con prejuicios y desfiguración. No es un verdadero escuchar sino un mero oírse a sí mismo y para sí mismo; un escuchar sin compromiso, que sólo oye de paso; frío y desconfiado. Peor aún es no escuchar por estar aturridos de ruido. La Palabra de Fe necesita silencio para ser escuchada y percibida.

Hay una estrecha relación, incluso diría una dependencia, entre la escucha de la Palabra de Dios y la escucha de las palabras humanas.

La escucha de la Palabra de Dios educa a la apertura al misterio de las Personas Divinas. Me hace salir de una actitud con-centrada en mí mismo, para abrirme al don de la Palabra que viene del otro. Y me abre al Otro en su misterio, le presto atención; pasa a ser lo más importante en ese momento. Me hace olvidarme de mí mismo para ir hacia el Otro.

Esto tiene su clara correspondencia en la escucha pastoral. También aquí soy invitado a olvidarme de mí, de mis problemas y cuestiones, para atender al otro que necesita ser escuchado y comprendido. En este encuentro lo importante es el que me habla, sus problemas y sus cuestiones. Este tipo de escucha me abre al misterio de su persona, en su singularidad concreta.

La falta de un corazón que escuche nos hace refractarios a los demás, especialmente cuando vienen a contarnos sus problemas. O no les prestamos atención, oyendo pero no escuchando; o peor aún, los escuchamos pero el eje somos nosotros y entonces se trata de un escuchar interesado. Escuchamos para nosotros, buscando algún provecho de ello. Se pierde la dimensión misteriosa de la persona, que se vuelve algo funcional para nuestros proyectos personales. De aquí a la manipulación hay sólo un paso.

Pueden prolongarse las consecuencias de estas actitudes contrapuestas a otros ámbitos de la actividad pastoral.

Escuchar a Dios es el principio fundante de la acción pastoral. Según esto nuestra actividad será realizar esta Palabra; comunicar lo escuchado a los demás. La escucha nos abre a la primacía del don de Dios, quedando nuestra acción en el lugar que le corresponde. De lo contrario no es la Palabra de Dios sino la propia palabra la que se busca realizar.

El que no sabe escuchar a Dios, no escuchará tampoco a la gente; hará lo que sea su parecer, siempre, sin tener en cuenta lo previo a su acción. Lo previo puede ser tanto lo ya hecho antes en esa comunidad como las mismas personas que lo hicieron. En cambio la actitud de escucha nos permite reconocer y "valorar positivamente lo que el Espíritu ya ha

³⁰ *San Lucas y su iglesia* (Verbo Divino; Estella 1987) 67.

sembrado" (DC n° 262). El documento de Aparecida se refiere específicamente aquí a la piedad popular, que es previa a nuestra acción pastoral, invitándonos a tratar con "respeto y cariño" a la multitud que expresa su fe sencilla a través de la misma (DC n° 258).

Por último, la escucha de Dios es fundamental en orden a la predicación. Si no partimos de esta actitud, predicaremos nuestras propias ideas o palabras. Podrán ser muy lindas y hasta cosechar aplausos. Pero no serán fecundas porque sólo la Palabra de Cristo puede dar verdaderos frutos, puede cambiar al hombre y llevarlo hacia Dios.

A modo de conclusión

Coincidimos con el Card. Poupard cuando reclama una revisión del método *ver-juzgar-actuar* teniendo en cuenta el cambio epocal que vive nuestro mundo y que nos desafía a una nueva evangelización. Era necesaria, al menos, una precisión acerca del primer momento de este método, del *ver*, que es mejor entenderlo como un *contemplar a Cristo escuchando su Palabra*. No podemos presuponer, sin más, que nuestra mirada está suficientemente iluminada por la fe como para comprender la realidad de modo integral. Necesitamos que nuestra fe sea un permanecer en Dios para mirar la realidad iluminados por la fe.

Coincidimos, también, con el teólogo C. Galli cuando dice acerca de este método que: "Si se hace mal uso del mismo recuerdo que el abuso no quita el uso. Al contrario, requiere comprenderlo, exponerlo y emplearlo correctamente"³¹.

En mi opinión, entonces, esta nueva comprensión podemos exponerla así:
escuchar para ver, juzgar y obrar.

Tanto Aparecida-acontecimiento como Aparecida-documento nos enseñan la necesidad de ponerse en humilde escucha de la Palabra para aprender del mismo Jesús vivo y presente en nuestra historia. Es la actitud propia del discípulo misionero. Esta escucha del Señor tiene que prolongarse en un diálogo confiado, diálogo de amor, meditación, oración y contemplación. Y entonces se encenderá la llama en nuestro corazón, miraremos con ojos de discípulos la realidad que nos toca vivir (cf. DC n° 18) y el fervor misionero nos impulsará a evangelizarla con valentía y creatividad (cf. DC n° 363).

En fin, se trata de reavivar la esencial dimensión contemplativa de nuestra fe que brota de la escucha orante de la Palabra de Dios, pues sólo ella puede impulsar la necesaria conversión pastoral y la renovación misionera de las comunidades (cf. DC 365-372).

³¹ "Discípulos misioneros para la comunión de vida en el amor de Cristo, promoviendo la integración de los pueblos de América Latina y el Caribe", *Medellín* 129 (2007) 132.

Documento

Intervención. Conferencia Episcopal de Argentina

Card. Jorge Mario Bergoglio
Arzobispo de Buenos Aires
Presidente de la CEA

En la jornada del 15 de mayo tuvieron lugar las exposiciones que las Conferencias Episcopales prepararon para compartir con la Asamblea la situación de sus respectivos países. Las distintas alocuciones recogieron las valiosas aportaciones de las Conferencias Episcopales sobre diversos núcleos temáticos y sobre la base del análisis y discernimiento del actual momento histórico de cada país. De acuerdo con el orden establecido, cada uno de los participantes narró entre otros temas la vida pastoral de la Iglesia en sus países destacando, además, la situación de orden político, social y familiar. Publicamos la Intervención de la Conferencia Episcopal Argentina, a través de su presidente el Card. Jorge Bergoglio.

Iniciado en el documento del Episcopado argentino mencionado al comienzo: “Líneas pastorales para la nueva evangelización” del año 1990 y continuando en el documento “Navega Mar adentro”, nuestra Iglesia en Argentina se encuentra transitando un camino de conversión pastoral en clave evangelizadora que implica una dinámica profundamente eclesial, misionera e inculturada con el intento de llegar a los bautizados alejados y no bautizados. La dimensión misionera hoy no se concibe como una actividad al margen o paralela a las otras actividades pastorales, sino que está en el corazón de su misma vitalidad evangelizadora.

Haciendo un apretado resumen desde la óptica del Documento de Síntesis podemos decir: Los tres macrodesafíos que se interpenetran recíprocamente, asumen de forma sintética los cambios epocales descriptos en la Síntesis de Aportes recibidos (DSIN 49-79) y los cinco desafíos que la Conferencia Episcopal Argentina expresó en “Navega mar adentro” (NMA 21-48). El primero se refiere a la relación de la persona y del pueblo de Dios en la Iglesia (religión); el segundo a la relación de los hombres entre sí en la sociedad (justicia); el tercero afecta de forma transversal a las distintas comunidades sociales y los diversos órdenes de la cultura (comunidad)

1. En el orden religioso: la ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico. Afirmamos la vigencia de la piedad popular católica como forma viva de la inculturación y la comunicación de la fe, pero en la últimas décadas notamos un cierta desidentificación con la tradición católica, la falta de su transmisión a las nuevas generaciones y el éxodo hacia otras comunidades (en los más pobres hacia el evangelismo pentecostal y algunas sectas nuevas) y experiencias (en las clases medias y altas hacia vivencias espirituales alternativas) ajenas al sentido de la Iglesia y su compromiso social. Algunas causas son la crisis del dialogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo del mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural:

Se agrava el diagnóstico de Puebla: la fe y la religión popular están en una “situación de urgencia” sometidas a una “crisis decisiva” (DP 460). Hay que generar un mayor fervor discipular y apostólico que asuma nuestra sensibilidad religiosa y encuentre nuevos caminos para comunicar la fe.

2. En la dimensión social: Una inequidad escandalosa que lesiona la dignidad personal y la justicia social. Participamos en general de la situación de América Latina. Entre los años 2002 y 2006 en Argentina crecieron al 8,7 % los índices de medición de la indigencia; hay un 26,9 % en el nivel de la pobreza y estamos en la región aparentemente más desigual de mundo, la que más creció y menos redujo la miseria. Persiste la injusta distribución de los bienes, lo cual configura una situación de pecado social que clama al cielo y que excluye de las posibilidades de una vida más plena a muchos hermanos. Poderes políticos y planes económicos de diversos signos no dan muestras de producir modificaciones significativas para “eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial” (Benedicto XVI, Discurso al Cuerpo Diplomático, 8/1/2207). En Argentina urge animar una conducta justa, coherente con la fe que promueva la dignidad humana, el bien común, la inclusión integral, la ciudadanía plena y los derechos de los pobres.

3. En toda la cultura: La crisis de los vínculos familiares y sociales fundantes de los pueblos. Hay una reserva de valores religiosos, éticos y culturales de nuestro pueblo pero el individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas que forman comunidades y las comunidades formadas por personas. Se notan en los conflictos de la familia, los desgarramientos de la Nación y la desintegración del continente.

La acción pastoral debe mostrar que la relación con nuestro Padre exige el desarrollo de la unión entre los hermanos. En esta línea el núcleo del contenido evangelizador (NMA 50-51) busca fortalecer una mayor comunión con la Trinidad en el Espíritu de Cristo que sane, promueva y afiance los vínculos personales en las nuevas expresiones de amor, amistad y comunión a nivel familiar, social y eclesial. Aquí se sitúan tanto la necesidad de una intensa comunión eclesial ad intra que aliente la renovada pastoral orgánica diocesana y nacional, como la exigencia de un servicio ad extra para que la comunión de la Iglesia anime una mayor integración latinoamericana.

Pastoral

La misión continental

Pbro. Leonidas Ortiz Lozada
Rector del Itepal - CELAM

*El texto que publicamos forma parte de un artículo más extenso llamado “El acontecimiento Aparecida, paso a paso” *. Allí se desarrollan todos los momentos y los pasos que fueron dando forma a este gran acontecimiento eclesial y pastoral: el lugar del encuentro, los preparativos, la lista de participantes, la organización de las sesiones y de los grupos de trabajo, las celebraciones eucarísticas, las plegarias de los peregrinos, el tema, el Documento de Participación, el Documento de Síntesis de los aportes, expectativas previas, el método, los grandes desafíos, las diversas redacciones del Documento Conclusivo, el Mensaje al Pueblo de Dios, la continuidad en la misión continental, la clausura y la entrega del documento conclusivo al Santo Padre. Presentamos las reflexiones sobre la misión, para que específicamente nos ayuden a pensar, dialogar y discernir cómo concretar este camino que se espera provoque un renovado estilo de Iglesia en nuestro continente.*

Desde el período de preparación de la V Conferencia se escucharon permanentes voces a favor de una acción misionera continental que se convirtiera en una de las formas de llevar a la práctica las conclusiones de Aparecida. Durante la celebración de la Conferencia, el Cardenal Claudio Hummes, el día 24 de mayo, a solicitud de la Presidencia, hace una iluminadora intervención sobre la naturaleza, la finalidad y la pedagogía de una misión continental.

El Martes, 29 de Mayo, Monseñor Andrés Stanovnik imparte las orientaciones para que, en grupos, en dos sesiones de trabajo, los participantes den sus aportes al tema de la misión continental. En la tarde los relatores de los grupos presentan el resultado de las deliberaciones grupales. Prestan el servicio de relatores Monseñor Luiz Demetrio Valentini, de Brasil; Monseñor Néstor Rafael Herrera Heredia, de Ecuador; Monseñor Faustino Armendáriz Jiménez, de México; Monseñor Mario Alberto Molina Palma, de Guatemala; y Monseñor Vittorino Girardi Stellin, de Costa Rica.

Los aportes de los grupos tuvieron en cuenta los distintos aspectos de la misión.

Naturaleza y finalidad de la Misión

Naturaleza de la Misión en el Continente

Se entiende la Misión como un tiempo de gracia para despertar la conciencia de la vocación de los discípulos misioneros de Jesucristo en toda la Iglesia; es la voluntad

* Tomado de Revista Medellín, Vol. XXXIII, n° 130 (2007), págs. 261-274.

permanente de los creyentes de transmitir la alegría de su fe a todo el continente. Es también una gran oportunidad para retomar la Nueva Evangelización, revitalizándola y buscando nuevas formas de llegar al pueblo, sobre todo a los alejados.

En los aportes de los grupos se visualiza la Misión en el continente como un "estado de misión permanente", que responda a la situación actual que viven nuestros pueblos, lo cual implica revitalizar los procesos pastorales de cada diócesis, volver por una Iglesia cercana a todos, que promueva integralmente a las personas y a las comunidades, fortaleciendo la opción por los más pobres y excluidos. Es el inicio de un nuevo talante en las diócesis y en las parroquias³².

Finalidad de la Misión

Cumplimiento de la vocación evangelizador a de la Iglesia. La misión es parte constitutiva de la identidad de la Iglesia, llamada a evangelizar a todos los pueblos. Por eso, la misión que se realice como fruto del encuentro de Aparecida debe, ante todo, animar la vocación misionera de los cristianos, fortaleciendo las raíces de su fe y despertando su responsabilidad para que todas las comunidades cristianas se pongan en estado de misión³³. Se trata de despertar en los cristianos la alegría de ser discípulos de Jesucristo, haciendo énfasis en su formación, celebrando con verdadero gozo el "estar-con-Él" y proyectándose a la misión³⁴.

Encuentro personal con Jesucristo. Con la misión se pretende llevar a los discípulos a un verdadero encuentro con Jesucristo, el cual debe suscitar una actitud de conversión personal y comunitaria, para que los bautizados, fortaleciendo el sentido de pertenencia eclesial, pasen de evangelizados a evangelizadores, a fin de que el Reino de Dios se haga presente y así nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños tengan vida en Él³⁵.

Formación de comunidades misioneras. Un objetivo importante de la misión es la formación de comunidades a diversos niveles: a nivel familiar para que cada hogar se convierta en una instancia protectora de la vida, formadora de personas, educadora en la fe y misionera de la esperanza³⁶; a nivel de pequeñas comunidades para que las personas se sientan acogidas de modo personal y familiar³⁷; a nivel parroquial para que la parroquia sea en verdad una comunidad de comunidades³⁸. Cada comunidad, a su nivel, debe convertirse en evangelizadora, con su testimonio y su palabra³⁹.

Renovación de las estructuras pastorales. Otro de los objetivos de la misión, además de la conversión personal y la formación de comunidades, es la renovación de las estructuras pastorales, a fin de impulsar una nueva forma de ser Iglesia: más fraterna, más comunal, más participativa y más misionera⁴⁰.

Búsqueda de los más alejados. El llegar hasta los más alejados debe ser siempre uno de los objetivos de la dimensión misionera de la Iglesia, utilizando los medios adecuados a

³² Grupos 13,14,15

³³ Grupos 1,2,3,4,5,6,7,8,9

³⁴ Grupos 4,5,6,7,8,9

³⁵ Grupos 13,14,15.

³⁶ Grupos 7,8,9,13,14,15.

³⁷ Grupos 4,5,6,13,14,15.

³⁸ Grupos 4,5,6

³⁹ Grupos 13,14,15.

⁴⁰ Grupos 4,5,6,13,14,15.

cada situación. En el campo de la Misión ad gentes es importante potenciar los esfuerzos que se hacen en diversos países de América Latina y de El Caribe por enviar misioneros al Asia⁴¹.

Criterios para la Misión

Entre los criterios que se deben tener en cuenta en la realización de la Misión en el continente, sobresalen en los aportes de los grupos, los siguientes:

Identidad. La misión es parte constitutiva de la identidad del discípulo y busca, a partir del Kerigma, llevar a las personas a la madurez de su fe y de su compromiso misionero⁴².

Conversión. La misión exige una indispensable conversión pastoral, tanto de las personas como de las mismas estructuras de la Iglesia⁴³.

Comunión. La misión en el continente se debe realizar en un ambiente de comunión con el Papa, con las Conferencias Episcopales, con las Iglesias particulares, ayudándonos recíprocamente en su realización y fomentando la solidaridad intraeclesial, especialmente en personal y recursos⁴⁴. Hay que tener como primera referencia de la realización de la misión la acogida de las conclusiones de la V Conferencia y la implementación de sus orientaciones pastorales, sin olvidar lo que nos propone la *Redemptoris missio*⁴⁵.

Participación. La misión, dentro de un espíritu de comunión, debe incorporar a todos en el compromiso misionero: laicos, consagrados, religiosos, religiosas, diáconos, presbíteros, obispos. En esta misión los laicos deben estar en primer lugar, tanto como evangelizados como evangelizadores⁴⁶.

Inculturación. Hay que tener en cuenta la compleja y variada realidad de nuestro continente, como es el caso de las peculiaridades de las Iglesias en las diversas islas del Caribe; de allí que la misión, siendo única, deberá ser al mismo tiempo diversa: es enorme la diferencia entre los destinatarios de un ambiente rural y los de un ambiente suburbano y de las grandes periferias⁴⁷.

Continuidad. No es conveniente hablar de una "Gran Misión Continental", que denota, para algunos, una visión triunfalista y, para otros, una acción transitoria; más bien, hablar de un "estado permanente de misión" de la Iglesia de Latinoamérica y El Caribe. Se trata de una misión permanente, con un nuevo ímpetu misionero a partir de la V Conferencia⁴⁸.

Ecumenismo. En la acción misionera, en los lugares donde sea posible, es importante fomentar la cooperación ecuménica para llevar a las personas al discipulado. Es importante que la misión no tenga un carácter proselitista, sino que busque llevar a las personas al encuentro con Cristo⁴⁹.

Dimensiones de la Misión

En las reflexiones de los grupos aparecen algunas dimensiones que se deben tener en cuenta en la preparación y realización de la misión:

⁴¹ Grupos 4,5,6,7,8,9.

⁴² Grupos 1,2,3,10,11,12.

⁴³ Grupos 1,2,3.

⁴⁴ Grupos 1,2,3,4,5,6,10,11,12,13,14,15

⁴⁵ Grupos 1,2,3,10,11,12

⁴⁶ Grupos 1,2,3

⁴⁷ Grupos 10,11,12,13,14,15

⁴⁸ Grupos 4,5,6,7,8,9

⁴⁹ Grupos 4,5,6,7,8,9

Histórica. La misión tiene que partir de un estudio creyente de la realidad que nos cuestiona y leer allí los signos de Dios⁵⁰.

Bíblica. La misión debe tener un fuerte contenido bíblico y kerigmático, tomando en cuenta que la Asamblea del Sínodo en el 2008 abordará el tema de la Palabra de Dios. Es una oportunidad para promover una adecuada pastoral bíblica y hacer accesible la Biblia en los hogares⁵¹.

Litúrgica. La mejor manera de evangelizar es a través de los tiempos litúrgicos, los cuales pueden ser aprovechados en forma creativa y novedosa en la misión⁵².

Pastoral. La Misión continental debe tener en cuenta los Planes Diocesanos de Pastoral, los cuales deben estar imbuidos de dinámica misionera⁵³.

Mariana. Según lo exijan los distintos ambientes culturales, hay que tener muy en cuenta la religiosidad popular, especialmente en su dimensión mariana. De María hacemos nuestra la espiritualidad de la Visitación, su actitud como primera discípula y su espíritu misionero⁵⁴.

Responsables de la Misión

La misión debe ser asumida por las propias Iglesias locales, con la animación de las respectivas Conferencias Episcopales y con el apoyo del Consejo Episcopal Latinoamericano-CELAM⁵⁵.

Iglesias locales. La misión debe ser asumida totalmente por cada Diócesis, sujeto directo. Es la responsabilidad primera de cada Obispo en su diócesis, con la colaboración entusiasta de presbíteros, diáconos, religiosos, religiosas y el decidido aporte de los laicos, quienes deben convertirse en los protagonistas de la misión⁵⁶. Los laicos deben saber que son misioneros allí donde están asumiendo sus tareas en la sociedad. De otra parte, es necesario aprovechar los ministerios laicales existentes al servicio de la tarea misionera⁵⁷.

En la misión se debe aprovechar el potencial educativo de la Iglesia, a través de sus escuelas e institutos de formación, valorando el dinamismo misionero de los miembros de la comunidad educativa, especialmente los jóvenes, quienes están dispuestos a dar tiempo y talento para la misión⁵⁸. Mención especial merecen los niños misioneros, quienes le dan una dinámica especial a la misión en las familias⁵⁹.

La parroquia sigue siendo la referencia fundamental para todo proceso evangelizador, con sus comunidades eclesiales de base, movimientos y grupos apostólicos. La misión está llamada a ser una acción pastoral de gran importancia para que la parroquia se haga "parroquia

⁵⁰ Grupos 7,8,9

⁵¹ Grupos 1,2,3,7,8,9,13,14,15

⁵² Grupos 1,2,3

⁵³ Grupos 7,8,9

⁵⁴ Grupos 7,8,9

⁵⁵ Grupos 1,2,3

⁵⁶ Grupos 1,2,3,13,14,15. Cf. SD 97,103,293,302. "Un laicado, bien estructurado con una formación permanente, maduro y comprometido, es el signo de Iglesias particulares que han tomado muy en serio el compromiso de la Nueva Evangelización" (SD 103).

⁵⁷ Grupos 4,5,6

⁵⁸ Grupos 1,2,3

⁵⁹ Grupos 7,8,9

misionera". El espíritu y la actividad misionera brotan y se alimentan del dinamismo propio del Bautismo por el cual nos insertamos en una comunidad parroquial⁶⁰.

Conferencias Episcopales. Las Conferencias Episcopales deberán trazar líneas pastorales para dinamizar el compromiso misionero de los discípulos, teniendo en cuenta las orientaciones del Documento de Aparecida. De esta manera, se brinda apoyo a todas las Diócesis para que ninguna se quede al margen de este gran proyecto misionero⁶¹.

Apoyo del CELAM. El CELAM sería un punto de referencia tanto para la preparación como para la realización de la misión. Su apoyo consistiría en ofrecer información sobre las experiencias misioneras que se hayan llevado a cabo o se estén realizando en América Latina y El Caribe⁶²; ayudar, a través de una comisión o de un equipo de multiplicadores, en la formación de discípulos misioneros, como un servicio a las Conferencias Episcopales, evitando una excesiva burocratización; preparar y diseñar subsidios y materiales apropiados para la preparación y realización de las diferentes fases de este compromiso misionero; materiales que deberán ser completados por las mismas Iglesias particulares y las Conferencias Episcopales, las cuales tienen la responsabilidad última de la misión⁶³.

Destinatarios de la Misión

En los diversos grupos se tiene conciencia de que la misión va dirigida a todos. Sin embargo, es necesario hacer énfasis en algunos destinatarios especiales:

Los más pobres y excluidos. La misión debe llegar a los más pobres, a las periferias urbanas, a los sectores marginales, a los excluidos⁶⁴. Hay que pensar en aquellos grupos que se sienten estigmatizados como las personas que viven con el VIH/SIDA, los drogadictos, los homosexuales...⁶⁵

Emigrantes. Atención especial merecen los migrantes, tanto dentro como fuera de nuestros países latinoamericanos y caribeños⁶⁶.

Las familias. La familia debe ocupar un puesto especial en la acción misionera, especialmente, aquellas familias divididas por diversos motivos, incluidos los religiosos. Hay realidades especiales de hogares destruidos y de familias que, por las influencias del medio ambiente, se distancian del discurso de la Iglesia⁶⁷.

Jóvenes. La misión debe atender a los jóvenes particularmente en los ámbitos universitarios, en los colegios católicos y en los sectores más abandonados de la población como es el caso de los jóvenes campesinos, indígenas, afrodescendientes⁶⁸.

Constructores de nueva sociedad ya los nuevos areópagos. La misión debe llegar a los constructores de la nueva sociedad. Es el momento de hacer un serio esfuerzo para evangelizar la clase dirigente de nuestros países y así llegar al mundo de la cultura, de los medios, de la ciencia, de la economía y de la política⁶⁹. Aunque conscientes de las dificultades

⁶⁰ Grupos 4,5,6,7,8,9

⁶¹ Grupos 4,5,6,13,14,15

⁶² Grupos 1,2,3,4,5,6

⁶³ Grupos 1,2,3,13,14,15

⁶⁴ Grupos 1,2,3,13,14,15

⁶⁵ Grupos 7,8,9

⁶⁶ Grupos 1,2,3,4,5,6,13,14,15

⁶⁷ Grupos 1,2,3,13,14,15

⁶⁸ Grupos 4,5,6,7,8,9

⁶⁹ Grupos 4,5,6,7,8,9,13,14,15

de los nuevos areópagos (arte, deportes, medio de comunicación social, ambiente político, sindical, alejados, bautizados pasados a sectas y no bautizados, etc...), éstos deben ser priorizados en las actividades propias de la misión en el continente⁷⁰.

Alejados. La misión debe dirigirse también a los alejados que, habiendo sido bautizados en la Iglesia católica, no están suficientemente evangelizados y viven como paganos⁷¹. Para lograr esto, es necesario que la misión tenga una dimensión continental, de tal manera que las comunidades más alejadas puedan unirse a este camino misionero⁷². De la misma manera, la misión debe llegar a los no bautizados, a los indiferentes, a los ateos, a los gnósticos y, en general, a los que no conocen a Cristo⁷³.

Misión ad gentes. Finalmente, la misión está dirigida a la gran familia humana más allá de los nacionalismos o del continentalismo; y es el momento para fortalecer la misión ad gentes, es hora de dar desde América Latinall9.

Metodología de la Misión

Formación de misioneros. Para la realización de la misión, lo que más cuenta es la calidad de los misioneros. Se impone entonces una necesaria y prolongada formación, aprovechando las instancias eclesiales existentes y atendiendo a las necesidades de la comunidad y al nivel actual de los mismos misioneros. La capacitación de los docentes es esencial, para que sean verdaderos formadores de conciencias, con criterios claros, en valores morales y cívicos⁷⁴. Tanto en los procesos formativos de preparación como en la realización de la misión, es útil realizar intercambios de agentes misioneros de diversos países⁷⁵.

Comunicación. Es importante buscar los medios comunicacionales más apropiados para la preparación, realización y seguimiento de la misión, a fin de llevar a alegría de la fe a todos, especialmente a los más alejados⁷⁶.

Estructuras. En los diversos niveles (Diócesis, Conferencias Episcopales, CELAM) se debe tener una estructura mínima que facilite la misión, obrando siempre con realismo, de acuerdo con la posibilidad de recursos. Las estructuras existentes en la actualidad se deben poner al servicio de la misión⁷⁷.

Estrategias. En el diseño de la estrategia hay que recuperar la dinámica original del Evangelio que, desde el principio, tuvo una clara dimensión misionera. Jesús fue al encuentro y envió a sus discípulos a las ciudades y a las aldeas donde Él debía ir. Esa dinámica de salir al encuentro del otro para llevarlo a conocer a Jesús, seguido y transmitir su mensaje, es elemento básico de la estrategia misionera⁷⁸. El primer movimiento de la misión debe ser hacia adentro de la Iglesia, a fin de que esta se redescubra como comunidad de bautizados y como una comunidad activa y atractiva. Por ello la misión tiene que llevar a la Iglesia hacia sí misma, y preparar así personas y estructuras adecuadas para llevada a cabo⁷⁹.

⁷⁰ Grupos 10,11,12

⁷¹ Grupos 1,2,3,4,5,6,7,8,9,10,11,12,13,14,15

⁷² Grupos 7,8,9

⁷³ Grupos 4,5,6,13,14,15

⁷⁴ Grupos 4,5,6,10,11,12

⁷⁵ Grupos 1,2,3

⁷⁶ Grupos 1,2,3,4,5,6

⁷⁷ Grupos 1,2,3

⁷⁸ Grupos 1,2,3

⁷⁹ Grupos 7,8,9

Tiempo. Algunos grupos sugieren que es conveniente señalar un cronograma para la misión en el continente, ya que no se puede prolongar indefinidamente ante la imposibilidad de sostener el fervor durante mucho tiempo⁸⁰. Se puede pensar en que el inicio de la Misión se realice en una misma fecha, teniendo momentos fuertes en el transcurso de la misma⁸¹. Otros grupos piensan que no es conveniente pensar en una fecha determinada para la realización, sino que debe ser una misión abierta a la decisión de cada Iglesia particular. Una posición intermedia es, asumiendo el compromiso de Aparecida, dedicar el 2007 a la preparación, el 2008 al lanzamiento de la misión y luego que cada diócesis lleve su propio ritmo, de acuerdo con su plan pastoral⁸².

Etapas. Tener en cuenta los pasos de preparar, anunciar, lanzar y evaluar. Debe incluir la catequesis de iniciación cristiana global (13-15).

Preparación de la misión. Se debe empezar con un tiempo intenso de oración, planeación, selección y preparación de los misioneros⁸³. Habría que elaborar una oración preparatoria que se la recite cada día. En esta fase hay que tener en cuenta el reacomodo de las estructuras pastorales en función de la misión⁸⁴.

Anuncio de la misión. En un segundo momento, hay que hacer el anuncio de la misión a través de todos los medios disponibles, con mensajes claros y atrayentes.

Realización de la misión. Durante la misión, organizar momentos frecuentes de oración, como por ejemplo los jueves adoración al Santísimo, el rezo del Rosario. En la misión hay que potenciar la vivencia del año litúrgico e incorporar la religiosidad popular⁸⁵. Una de las actividades más provechosas en la misión es la visita domiciliaria; es una manera de acercarse a las familias de los creyentes practicantes, pero también de los más alejados, haciendo un seguimiento de los hogares visitados⁸⁶. Durante la misión, realizar algunos eventos que sean significativos para las comunidades. A nivel internacional, es necesario incorporar en la realización de la misión el Congreso Eucarístico Internacional a realizarse en Canadá y el Congreso Misionero Latinoamericano-COMLA 8 y el Congreso Americano Misionero - CAM 3 que tendrá lugar en Ecuador⁸⁷.

Signos comunes. En la misión hay que recuperar el valor de los signos. Por eso, se podría pensar en diseñar un signo continental de la misión; preparar un himno de claro y apropiado contenido, de fácil aprendizaje, que sea difundido en nuestras iglesias locales; elaborar una oración con la misma finalidad, para unificar en la plegaria a todos nuestros fieles con vistas a la misión; diseñar un logotipo con una expresión adecuada, a imitación del que se hizo para la V Conferencia y que sea ampliamente difundido⁸⁸; realizar gestos concretos de solidaridad.

⁸⁰ Grupos 4,5,6

⁸¹ Grupos 7,8,9

⁸² Grupos 13,14,15

⁸³ Grupos 7,8,9,13,14,15

⁸⁴ Grupos 4,5,6

⁸⁵ Grupos 13,14,15

⁸⁶ Grupos 4,5,6,7,8,9

⁸⁷ Grupos 4,5,6,7,8,9,13,14,15

⁸⁸ Grupos 4,5,6,7,8,9,13,14,15

Evaluación y seguimiento de la Misión. La Misión necesita una evaluación periódica y un seguimiento de sus resultados que es necesario prever desde el momento de la planeación⁸⁹.

⁸⁹ Grupos 13,14,15

Pastoral

Una misión para comunicar la vida digna y plena en Cristo

Selección ordenada de textos sobre *la misión en aparecida*

Pbro. Dr. Carlos María Galli
Arquidiócesis de Buenos Aires
Facultad de Teología UCA

Esta Selección ordenada de textos sobre la Misión en el *Documento Conclusivo de Aparecida* fue preparada por el Pbro. Dr. Carlos María Galli, miembro del Consejo de Redacción de *Pastores* y actual Decano de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina, quien se desempeñó como perito en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Aparecida. Bajo el título *Una Misión para comunicar la Vida digna y plena en Cristo*, fue el material de trabajo presentado para una ponencia realizada el 30 de octubre en una reunión de profesores de esa Facultad de Teología.

Es una selección ordenada y sistemática de textos escogidos que dan *una visión global de una nueva evangelización radicalmente misionera* en su profundidad y amplitud, que nos convoca a todo el Pueblo de Dios en América Latina y el Caribe a *un original y magnánimo proyecto misionero* a mediano y largo plazo que se extienda, por lo menos, durante este siglo, para nuestros pueblos tengan la “vida en abundancia” que Cristo nos ofrece a todos.

El autor ha ordenado unos 60 textos, de gran riqueza, tomados de distintas partes y capítulos del Documento, a veces recortados para no copiarlos en toda su extensión. Lo ha hecho mediante la introducción de *títulos y subtítulos orientadores*, que permiten percibir la articulación del tema misionero en algunas de sus variadas dimensiones. Carlos Galli está convencido, como lo escribió en el artículo “*Aparecida, ¿un nuevo Pentecostés en América Latina y el Caribe? Una primera lectura entre la pertenencia y el horizonte*”, antes de saliera el Documento –cuyos textos no cita allí– y publicado en la revista *Criterio* 2328 (2007) 362-371 (se encuentra también en la web de la Facultad de Teología de la UCA), que *la recepción de Aparecida*, si no lo convertimos en “letra muerta”, debería *inspirar una nueva etapa que inicie un proyecto misionero de todos y a todos en nuestra Argentina*.

Transcribimos esta selección, que da de forma complexiva y directa ese proyecto, para *alimentar la reflexión y alegría de pastores que desean ser mejores discípulos misioneros*.

I. El discipulado misionero de Jesús en la Iglesia, comunión evangelizada y evangelizadora

347. (Inicio del capítulo siete. y de la tercera parte ‘La Vida de Jesucristo para nuestros pueblos’): “*La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza*, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre” (AG 2). Por eso, *el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos*.

a. Jesús, evangelizador y evangelio

30... Dios ha amado tanto nuestro mundo que *nos ha dado a su Hijo*. Él *anuncia la buena noticia del Reino* a los pobres y a los pecadores. Por esto, nosotros, *como discípulos de Jesús y misioneros, queremos y debemos proclamar el Evangelio, que es Cristo mismo*. Anunciamos a nuestros pueblos que Dios nos ama, que su existencia no es una amenaza para el hombre, que está cerca con el poder salvador y liberador de su Reino, que nos acompaña en la tribulación, que alienta incesantemente nuestra esperanza en medio de todas las pruebas. Los cristianos somos *portadores de buenas noticias* para la humanidad y no profetas de desventuras.

31. *La Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando sus actitudes* (cf. Mt 9,35-36). Él, siendo el Señor, se hizo servidor y obediente hasta la muerte de cruz (cf. Fil 2,8); siendo rico, eligió ser pobre por nosotros (cf. 2 Cor 8,9), *enseñándonos el itinerario de nuestra vocación de discípulos y misioneros*. En el Evangelio aprendemos la sublime lección de ser pobres siguiendo a Jesús pobre (cf. Lc 6,20; 9,58), y la de anunciar el Evangelio de la paz sin bolsa ni alforja, sin poner nuestra confianza en el dinero ni en el poder de este mundo (cf. Lc 10,4 ss). *En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio*.

103. Los discípulos de Jesús reconocemos que Él es *el primer y más grande evangelizador enviado por Dios* (cf. Lc 4,44) y, al mismo tiempo, *el Evangelio de Dios* (cf. Rm 1,3). Creemos y anunciamos “la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios” (Mc 1,1). Como hijos obedientes a la voz del Padre, queremos escuchar a Jesús (cf. Lc 9,35) porque Él es *el único Maestro* (cf. Mt 23,8). Como discípulos suyos, sabemos que sus palabras son Espíritu y Vida (cf. Jn 6, 63.68). Con la alegría de la fe, *somos misioneros para proclamar el Evangelio de Jesucristo* y, en Él, *la buena nueva* de la dignidad humana, de la vida, de la familia, del trabajo, de la ciencia y de la solidaridad con la creación.

b. Discipulado y misión: las dos caras de la medalla del seguimiento/comunión con Jesús

131. El llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad... descubren dos cosas del todo originales en la relación con Jesús. Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro, fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (cf. Mc 1,17; 2,14). *Jesús los eligió para “que estuvieran con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3,14), para que lo siguieran con la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión...*

146. Benedicto XVI nos recuerda que: “el discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. *Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla*: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (cf. Hch 4, 12)” (DI 3)... *Esta es la tarea esencial de la evangelización, que incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana*.

278e. El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, *experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado*, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios. *La misión es inseparable del discipulado*, por lo cual *no debe entenderse como una etapa posterior a la formación*, aunque se la realice de diversas maneras de acuerdo a la propia vocación y al momento de la maduración humana y cristiana en que se encuentre la persona.

c. La Iglesia: con-vocación al discipulado en y para la comunión misionera

156. *La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión.* Ante la tentación, muy presente en la cultura actual, de ser cristianos sin Iglesia, y las nuevas búsquedas espirituales individualistas, afirmamos que la fe en Cristo nos llegó a través de la comunidad eclesial y ella “nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia Católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión” (DI 3).

163. En el pueblo de Dios, “la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí... *La comunión es misionera y la misión es para la comunión*” (ChL 32). En las iglesias particulares, todos los miembros del pueblo de Dios, según sus vocaciones específicas, estamos *convocados a la santidad en la comunión y la misión.*

202. Pero, sin duda, no basta la entrega generosa del sacerdote y de las comunidades de religiosos. *Se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión... La integración de todos ellos en la unidad de un único proyecto evangelizador es esencial para asegurar una comunión misionera.*

364. Detenemos la mirada en *María* y reconocemos en ella una *imagen perfecta de la discípula misionera.* Ella nos exhorta a hacer lo que Jesús nos diga (cf. Jn 2,5) para que Él pueda derramar su vida en América Latina y El Caribe. Junto con ella, queremos estar atentos una vez más a la escucha del Maestro, y, en torno a ella, volvemos a recibir con estremecimiento el mandato misionero de su hijo: “*Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos*” (Mt 28,19). Lo escuchamos como *comunidad de discípulos misioneros,* que hemos *experimentado* el encuentro vivo con Él y queremos *compartir* todos los días con los demás esa alegría incomparable.

II. Algunos aspectos y acentos de la misión evangelizadora en América Latina y el Caribe

549. *Para convertirnos en una Iglesia llena de ímpetu y audacia evangelizadora, tenemos que ser de nuevo evangelizados y fieles discípulos... No hemos de dar nada por supuesto y descontado. Todos los bautizados estamos llamados a “recomenzar desde Cristo”, a reconocer y seguir su Presencia con la misma realidad y novedad, el mismo poder de afecto, persuasión y esperanza, que tuvo su encuentro con los primeros discípulos a las orillas del Jordán, hace 2000 años, y con los “Juan Diego” del Nuevo Mundo. Sólo gracias a ese encuentro y seguimiento, que se convierte en familiaridad y comunión, por desborde de gratitud y alegría, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y salimos a comunicar a todos la vida verdadera, la felicidad y esperanza que nos ha sido dado experimentar y gozar.*

a. La misión: recibir, gozar y comunicar el don de Jesucristo en la belleza y alegría de la fe

6. Por eso, ante todo, *damos gracias a Dios y lo alabamos por todo lo que nos ha sido regalado.* Acogemos *la realidad entera del Continente como don:* la belleza y fecundidad de sus tierras, la riqueza de humanidad que se expresa en las personas, familias, pueblos y

culturas del Continente. Sobre todo, *nos ha sido dado Jesucristo*, la plenitud de la Revelación de Dios, un tesoro incalculable, la “perla preciosa” (cf. Mt 13,45-46), el Verbo de Dios hecho carne, Camino, Verdad y Vida de los hombres y mujeres, a quienes abre un destino de plena justicia y felicidad.

14. ... *Lo que nos define* no son las circunstancias dramáticas de la vida, ni los desafíos de la sociedad, ni las tareas que debemos emprender, sino ante todo *el amor recibido del Padre gracias a Jesucristo por la unción del Espíritu Santo*. Esta prioridad fundamental es la que ha presidido todos nuestros trabajos, ofreciéndolos a Dios, a nuestra Iglesia, a nuestro pueblo, a cada uno de los latinoamericanos, mientras elevamos al Espíritu Santo nuestra súplica confiada para que *redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos*. Aquí está el reto fundamental que afrontamos: mostrar la capacidad de la Iglesia para *promover y formar discípulos y misioneros* que *respondan* a la vocación recibida y *comuniquen* por doquier, *por desborde de gratitud y alegría, el don del encuentro con Jesucristo*. No tenemos otro tesoro que éste. No tenemos otra dicha ni otra prioridad que ser instrumentos del Espíritu de Dios, en Iglesia, para que Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado a todos, no obstante todas las dificultades y resistencias. Este es *el mejor servicio -¡su servicio!*- que la Iglesia tiene que ofrecer a las personas y naciones (EN 1).

28-29. En el encuentro con Cristo queremos expresar *la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio*. Ser cristiano no es una carga sino *un don*: Dios Padre nos ha bendecido en Jesucristo su Hijo, Salvador del mundo... *La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo*, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; *deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios*, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión (cf. Lc 10,29-37; 18,25-43). *La alegría del discípulo* es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. *La alegría del discípulo* no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para *anunciar la buena noticia del amor de Dios*. *Conocer a Jesús es el mejor regalo* que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo.

b. La misión: testimoniar el don del acontecimiento del encuentro con Cristo

55. El énfasis en la *experiencia personal y lo vivencial* nos lleva a considerar el testimonio como un componente clave en la *vivencia de la fe*. Los hechos son valorados en cuanto que son *significativos* para la persona. En *el lenguaje testimonial* podemos encontrar un punto de contacto con las personas que componen la sociedad y de ellas entre sí.

144. Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da *un encargo* muy preciso: *anunciar el evangelio del Reino a todas las naciones* (cf. Mt 28,19; Lc 24,46-48). Por esto, *todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión*, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y hermano. De esta manera, como Él es *testigo del misterio del Padre*, así los discípulos son *testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que Él vuelva*. Cumplir este encargo no es una tarea opcional, sino *parte integrante de la identidad cristiana*, porque es la *extensión testimonial* de la vocación misma.

145. Cuando crece la conciencia de *pertenencia a Cristo*, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también *el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro*. La misión no

se limita a un programa o proyecto, sino que es *compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo* de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia a todos los confines del mundo (cf. Hch 1,8).

287... (el gran desafío) ... *O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos nuestra misión evangelizadora.* Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza. Así, asumiremos el desafío de *una nueva evangelización*, a la que hemos sido reiteradamente convocados.

c. La misión: recomenzar desde Cristo para revitalizar la vida y la misión del discípulo misionero

11. La Iglesia está llamada a *repensar* profundamente y *relanzar* con fidelidad y audacia *su misión* en las nuevas circunstancias latinoamericanas y mundiales... *Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio arraigada en nuestra historia, desde un encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que suscite discípulos y misioneros...*

12. *No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje*, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza “es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (J. Ratzinger, Guadalajara, 1992). *A todos nos toca recomenzar desde Cristo* (NMI 28-29), reconociendo que “*no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona*, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 2).

41. ... los cristianos necesitamos *recomenzar desde Cristo*, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Y necesitamos, al mismo tiempo, *que nos consuma el celo misionero para llevar al corazón de la cultura de nuestro tiempo*, aquel sentido unitario y completo de la vida humana...

243. *El acontecimiento de Cristo* es, por lo tanto, *el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y al que llamamos discípulo*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona...” (DCE 2). Esto es justamente lo que, con presentaciones diferentes, nos han conservado todos los evangelios como el inicio del cristianismo: *un encuentro de fe con la persona de Jesús* (cf. Jn. 1,35-39).

d. La misión: reflejar, irradiar, y dejar(se) atraer o fascinar por la gloria del amor de Cristo

159. La Iglesia, como “*comunidad de amor*” (DCE 19), está llamada a *reflejar la gloria del amor de Dios que, es comunión, y así atraer a las personas y a los pueblos hacia Cristo*. En el ejercicio de la unidad querida por Jesús, los hombres y mujeres de nuestro tiempo se

sienten convocados y recorren la hermosa aventura de la fe. “Que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea” (Jn 17,21). La Iglesia crece no por proselitismo sino “por *atracción*”: como Cristo ‘atrae todo a sí’ con la fuerza de su amor” (Homilía 13/5/07). *La Iglesia “atrae” cuando vive en comunión*, pues los discípulos de Jesús serán reconocidos si se aman los unos a los otros como Él nos amó (cf. Rm 12,4-13; Jn 13,34).

268. Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere alma y ternura a la convivencia familiar (cf. DP 295). *María*, Madre de la Iglesia, además de *modelo y paradigma* de humanidad, es *artífice* de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es cuando el “sí” brotó de María. Ella *atrae* multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. La Iglesia, como la Virgen, es madre. Esta *visión mariana de la Iglesia* es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática.

274. Nuestros pueblos nutren un cariño y especial devoción a *José*, esposo de María, hombre justo, fiel y generoso que sabe perderse para hallarse en el misterio del Hijo. San José, el silencioso maestro, *fascina, atrae y enseña*, no con palabras sino con el *resplandeciente testimonio* de sus virtudes y de su firme sencillez.

277. El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la *invitación personal de Jesucristo*, que llama a los suyos por su nombre, y éstos lo siguen porque conocen su voz. El Señor *despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los atraía a sí, llenos de asombro*. El seguimiento es fruto de una *fascinación* que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. *El discípulo es alguien apasionado por Cristo*, a quien reconoce como el maestro que lo conduce y acompaña.

e. La misión: manifestar el amor del Padre que en Cristo nos participa la Vida en el Espíritu

157. Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios “Abba”. Todos los bautizados y bautizadas de América Latina y El Caribe, “a través del sacerdocio común del Pueblo de Dios” (DI 5), *estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad*, pues “*la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria*” (DP 218).

348. La *gran novedad* que la Iglesia anuncia al mundo es que *Jesucristo*, el Hijo de Dios hecho hombre, la Palabra y la Vida, vino al mundo a hacernos “participes de la naturaleza divina” (2Pe 1,4), a *participarnos de su propia vida. Es la vida trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, la vida eterna*. Su misión es *manifestar el inmenso amor del Padre*, que quiere que seamos hijos suyos. El anuncio del *kerygma* invita a tomar conciencia de ese *amor vivificador de Dios* que se nos ofrece en Cristo muerto y resucitado. Esto es *lo primero* que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1Cor 15,10).

f. La misión: transmitir la fe como un encuentro personal y por mediaciones religiosas y culturales

8. *El don de la tradición católica* es un cimiento fundamental de identidad, originalidad y unidad de América Latina y El Caribe: una realidad histórico-cultural, marcada por el Evangelio de Cristo, *en la que abunda el pecado* -descuido de Dios, conductas viciosas, opresión, violencia, ingratitudes y miserias- *pero donde sobreabunda la gracia de la victoria pascual*.

38-39. ... *debemos admitir que esta preciosa tradición comienza a erosionarse...* Este fenómeno (globalización mediática) explica, tal vez, *uno de los hechos más desconcertantes y novedosos* que vivimos en el presente. *Nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a otra con la misma fluidez que en el pasado*. Ello afecta, incluso, a ese núcleo más profundo de cada cultura, constituido por la *experiencia religiosa*, que resulta ahora *igualmente difícil de transmitir a través de la educación y de la belleza de las expresiones culturales*, alcanzando aun la misma familia que, como lugar del diálogo y de la solidaridad intergeneracional, había sido uno de los vehículos más importantes de la *transmisión de la fe*. Los medios de comunicación han invadido todos los espacios y todas las conversaciones, introduciéndose también en la intimidad del hogar. Al lado de la *sabiduría* de las tradiciones se ubica ahora, en competencia, la *información* de último minuto, la distracción, el entretenimiento, las imágenes de los exitosos que han sabido aprovechar en su favor las herramientas tecnológicas y las expectativas de prestigio y estima social. Ello hace que las personas busquen denodadamente una *experiencia de sentido* que llene las exigencias de su vocación allí donde nunca podrán encontrarla.

264. La *piEDAD popular* es una manera legítima de vivir la fe, *un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros*, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural” (DP 448) de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana” (DI 1). En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo *una poderosa confesión del Dios vivo* que actúa en la historia y *un canal de transmisión de la fe*. El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y *cumple la vocación misionera de la Iglesia*.

III. Un nuevo Pentecostés: proyecto radicalmente misionero para nuestra Iglesia en el siglo XXI

548. Esta V Conferencia, recordando el mandato de ir y de hacer discípulos (cf. Mt 28,20), desea *despertar* la Iglesia en América Latina y El Caribe para *un gran impulso misionero*. No podemos desaprovechar esta hora de gracia. *¡Necesitamos un nuevo Pentecostés!* *¡Necesitamos salir al encuentro* de las personas, las familias, las comunidades y los pueblos para *comunicarles y compartir el don del encuentro con Cristo*, que ha llenado nuestras vidas de sentido, de verdad y amor, de alegría y de esperanza! No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, sino *urge acudir en todas las direcciones* para proclamar que el mal y la muerte no tienen la última palabra, que el amor es más fuerte, que hemos sido liberados y salvados por la victoria pascual del Señor de la historia, que Él nos convoca en Iglesia, y que quiere multiplicar el número de sus discípulos y misioneros en la construcción de su Reino en nuestro Continente. *Somos testigos y misioneros*: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los ambientes de la convivencia social, en los más diversos “*areópagos*” de la vida pública de las naciones, en las

situaciones extremas de la existencia, asumiendo 'ad gentes' nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia.

a. Un nuevo Pentecostés: una Iglesia que despierta para desplegar un gran impulso misionero

150. *A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta de inmediato fecundas irrupciones del Espíritu, vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas (cf. 1Cor 12,1-11) y variados oficios que edifican la Iglesia y sirven a la evangelización (cf. 1Cor 12,28-29). Por estos dones del Espíritu, la comunidad extiende el ministerio salvífico del Señor hasta que Él de nuevo se manifieste al final de los tiempos (cf. 1Cor 1,6-7). El Espíritu en la Iglesia forja misioneros decididos y valientes como Pedro (cf. Hch 4,13) y Pablo (cf. Hch 13,9), señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quiénes deben hacerlo (cf. Hch 13,2).*

269. *María es la gran misionera, continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el Evangelio a nuestra América. En el acontecimiento guadalupano, presidió, junto al humilde Juan Diego, el Pentecostés que nos abrió a los dones del Espíritu. Desde entonces, son incontables las comunidades que han encontrado en ella la inspiración más cercana para aprender cómo ser discípulos y misioneros de Jesús. Con gozo, constatamos que se ha hecho parte del caminar de cada uno de nuestros pueblos, entrando profundamente en el tejido de su historia y acogiendo los rasgos más nobles y significativos de su gente...*

362. *Asumimos el compromiso de una gran misión en todo el Continente, que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente. Necesitamos que cada comunidad cristiana se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo. Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad "para que el mundo crea" (Jn 17,21).*

370. *La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que "el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial" (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera.*

b. Una Iglesia en estado de conversión para ponerse en un estado permanente de misión

213. *Hoy, toda la Iglesia en América Latina y El Caribe quiere ponerse en estado de misión. La evangelización del Continente, nos decía el papa Juan Pablo II, no puede realizarse hoy sin la colaboración de los fieles laicos (EAm 44). Ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el "ser" y el "hacer" del laico en la Iglesia, quien, por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo...*

365. *Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe.*

368... *La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí, nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral...*

551. Este *despertar misionero*, en forma de una *Misión Continental*, cuyas líneas fundamentales han sido examinadas por nuestra Conferencia y que esperamos sea portadora de su riqueza de enseñanzas, orientaciones y prioridades, será aún más concretamente considerada durante la próxima Asamblea Plenaria del CELAM en La Habana. Requerirá la decidida colaboración de las Conferencias Episcopales y de cada diócesis en particular. *Buscará poner a la Iglesia en estado permanente de misión. Llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas.*

c. Una Iglesia en búsqueda de nuevos lenguajes para la misión en la(s) cultura(s) actual(es)

100d. En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, *persisten también lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes.* Muchas veces, los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los *códigos* existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural. Los cambios culturales dificultan *la transmisión de la fe* por parte de la familia y de la sociedad. Frente a ello, no se ve una presencia importante de la Iglesia en la generación de cultura, de modo especial en el mundo universitario y en los medios de comunicación social.

484. La revolución tecnológica y los procesos de globalización conforman el mundo actual como una gran cultura mediática. Esto implica *una capacidad para reconocer los nuevos lenguajes*, que pueden ayudar a una mayor humanización global. Estos nuevos lenguajes configuran un elemento articulador de los cambios en la sociedad.

497. Es necesario comunicar los valores evangélicos *de manera positiva y propositiva*. Son muchos los que se dicen descontentos, no tanto con *el contenido* de la doctrina de la Iglesia, sino con *la forma* como ésta es presentada...

d. Una Iglesia que realiza su misión en el diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural

95. Nuestro servicio pastoral a la *vida plena* de los pueblos indígenas exige *anunciar a Jesucristo y la Buena Nueva del Reino de Dios*, denunciar las situaciones de pecado, las estructuras de muerte, la violencia y las injusticias internas y externas, *fomentar el diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico. Jesucristo es la plenitud de la revelación* para todos los pueblos y *el centro fundamental de referencia* para discernir los valores y las deficiencias de todas las culturas, incluidas las indígenas. Por ello, *el mayor tesoro* que les podemos ofrecer es que lleguen al encuentro con Jesucristo resucitado...

233. En esta nueva etapa evangelizadora, *queremos que el diálogo y la cooperación ecuménica se encaminen a suscitar nuevas formas de discipulado y misión en comunión*. Cabe observar que, donde se establece el diálogo, disminuye el proselitismo, crece el conocimiento recíproco, el respeto y se abren posibilidades de testimonio común.

237. El *diálogo interreligioso*, en especial con las religiones monoteístas, *se fundamenta justamente en la misión que Cristo nos confió, solicitando la sabia articulación entre el anuncio y el diálogo como elementos constitutivos de la evangelización* (NMI 55). Con tal actitud, la Iglesia, sacramento universal de salvación, *refleja la luz de Cristo que “ilumina a todo hombre”* (Jn 1,9). La presencia de la Iglesia entre las religiones no cristianas está hecha de empeño, discernimiento y testimonio, apoyados en la fe, esperanza y caridad teologales (DYA 40).

e. Una Iglesia que se compromete a colaborar en nuevas formas de la misión universal *ad gentes*

375. Su Santidad Benedicto XVI ha confirmado que la misión *ad gentes* se abre a *nuevas dimensiones*: “El campo de la misión *ad gentes* *se ha ampliado notablemente* y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas o jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones” (Discurso 5/5/2007).

376. Al mismo tiempo, el mundo espera de nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña *un compromiso más significativo con la misión universal en todos los Continentes*. Para no caer en la trampa de encerrarnos en nosotros mismos, debemos formarnos como discípulos misioneros *sin fronteras, dispuestos a ir “a la otra orilla”*, aquélla en la que Cristo no es aún reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente (cf. AG 6).

377. Los discípulos, quienes *por esencia somos misioneros en virtud del Bautismo y la Confirmación*, nos formamos con *un corazón universal*, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo. Estamos dispuestos con la valentía que nos da el Espíritu, a anunciar a Cristo donde no es aceptado, con nuestra vida, con nuestra acción, con nuestra profesión de fe y con su Palabra. *Los emigrantes son igualmente discípulos y misioneros* y están llamados a ser una nueva semilla de evangelización, a ejemplo de tantos emigrantes y misioneros, que trajeron la fe cristiana a nuestra América.

379. Nuestro anhelo es que esta V Conferencia sea *un estímulo para que muchos discípulos de nuestras Iglesias vayan y evangelicen en la “otra orilla”*. *La fe se fortifica dándola* y es preciso que entremos en nuestro continente en *una nueva primavera de la misión ad gentes*. Somos Iglesias pobres, pero “debemos dar desde nuestra pobreza y desde la alegría de nuestra fe” (DP 368) y esto sin descargar en unos pocos enviados el compromiso que es de toda la comunidad cristiana...

IV. Comunicación de la vida en Cristo en todas las dimensiones personales, sociales y culturales

386. *La Iglesia tiene, como misión propia y específica, comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas, anunciando la Palabra, administrando los Sacramentos y practicando la caridad...*

a. Una Iglesia que piensa y realiza su misión como una oferta de Vida plena en Cristo

361. El proyecto de Jesús es instaurar *el Reino de su Padre*. Por eso, pide a sus discípulos: “¡Proclamen que está llegando el Reino de los cielos!” (Mt 10,7). *Se trata del Reino de la vida*. Porque *la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos*. Por eso, la doctrina, las normas, las orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, debe dejar transparentar *esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo*, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y de El Caribe.

359. Descubrimos, así, una ley profunda de la realidad: la vida sólo se desarrolla plenamente en *la comunión fraterna y justa*. Porque “Dios en Cristo no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los seres humanos” (CDSI 52). Ante diversas situaciones que manifiestan la ruptura entre hermanos, nos apremia que la fe católica de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños se manifieste en una vida más digna para todos. El rico magisterio social de la Iglesia nos indica que *no podemos concebir una oferta de vida en Cristo sin un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social*.

380. *La misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal*. Su mandato de caridad abraza *todas las dimensiones de la existencia*, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia y todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño. La Iglesia sabe, por revelación de Dios y por la experiencia humana de la fe, que Jesucristo es *la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria* a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, la justicia y la belleza. Son las inquietudes que están arraigadas en el corazón de toda persona y que laten en lo más humano de la cultura de los pueblos. Por eso, todo signo auténtico de verdad, bien y belleza en la aventura humana *viene de Dios y clama por Dios*.

b. Una Iglesia que comunica la buena nueva sobre la dignidad humana y promueve la vida digna

384. *Ser discípulos y misioneros de Cristo* para que nuestros pueblos, en Él, tengan vida, nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino *las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano*. El amor de misericordia para con todos los que ven vulnerada su vida en cualquiera de sus dimensiones, como bien nos muestra el Señor en todos sus gestos de misericordia, requiere que *socorramos las necesidades urgentes*; al mismo tiempo que colaboremos con otros organismos o instituciones para *organizar estructuras más justas* en los ámbitos nacionales e internacionales. *Urge crear estructuras* que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos...

389. *Nuestra misión para que nuestros pueblos en Él tengan vida, manifiesta nuestra convicción de que en el Dios vivo revelado en Jesús se encuentra el sentido, la fecundidad y la dignidad de la vida humana*. Nos urge la misión de entregar a nuestros pueblos *la vida plena y feliz que Jesús nos trae*, para que cada persona humana viva de acuerdo con la dignidad que Dios le ha dado. Lo hacemos con la conciencia de que *esa dignidad alcanzará*

su plenitud cuando Dios sea todo en todos. Él es el Señor de la vida y de la historia, vencedor del misterio del mal y acontecimiento salvífico que nos hace capaces de emitir un juicio verdadero sobre la realidad, que salvaguarde la dignidad de las personas y de los pueblos.

399. Asumiendo con nueva fuerza esta *opción por los pobres*, ponemos de manifiesto que *todo proceso evangelizador implica la promoción humana y la auténtica liberación* “sin la cual no es posible un orden justo en la sociedad” (DI 3). Entendemos que la verdadera promoción humana no puede reducirse a aspectos particulares: “Debe ser *integral*, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre” (GS 76), desde la vida nueva en Cristo que transforma a la persona de tal manera que “la hace sujeto de su propio desarrollo” (PP 15). Para la Iglesia, *el servicio de la caridad*, igual que el anuncio de la Palabra y la celebración de los Sacramentos, “es expresión irrenunciable de la propia esencia” (DCE 25).

c. Una evangelización inculturada que siga delineando el rostro de la Iglesia latinoamericana

100 h. Reconocemos que ... nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia para proseguir, fiel a la Iglesia de siempre, la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II, impulsada por las anteriores Conferencias Generales, y para *asegurar el rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia...*

127. *Agradecemos a Dios* como discípulos y misioneros porque la mayoría de los latinoamericanos y caribeños están bautizados. La providencia de Dios nos ha confiado *el precioso patrimonio de la pertenencia a la Iglesia por el don del bautismo que nos ha hecho miembros del Cuerpo de Cristo*, pueblo de Dios peregrino en tierras americanas, desde hace más de quinientos años. *Alimenta* nuestra esperanza la multitud de nuestros niños, los ideales de nuestros jóvenes y el heroísmo de muchas de nuestras familias que, a pesar de las crecientes dificultades, siguen siendo fieles al amor. *Agradecemos a Dios* la religiosidad de nuestros pueblos, que resplandece en la devoción al Cristo sufriente y a su Madre bendita, en la veneración a los Santos con sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás pastores, en el amor a la Iglesia universal como gran familia de Dios que nunca puede ni debe dejar solos o en la miseria a sus propios hijos (DI 1).

128. *Reconocemos el don de la vitalidad de la Iglesia que peregrina en América Latina y El Caribe*, su opción por los pobres, sus parroquias, sus comunidades, sus asociaciones, sus movimientos eclesiales, nuevas comunidades y sus múltiples servicios sociales y educativos. *Alabamos al Señor* porque ha hecho de este continente un espacio de comunión y comunicación de pueblos y culturas indígenas. También *agradecemos* el protagonismo que van adquiriendo sectores que fueron desplazados: mujeres, indígenas, afroamericanas, campesinos y habitantes de áreas marginales de las grandes ciudades. Toda la vida de nuestros pueblos fundada en Cristo y redimida por Él, puede mirar al futuro con esperanza y alegría acogiendo el llamado de Benedicto XVI: “¡Sólo de la Eucaristía brotará la civilización del amor que transformará Latinoamérica y El Caribe para que además de ser el Continente de la esperanza, sea también *el Continente del amor!*” (DI 4).

d. Una Iglesia discipular y misionera que quiere evangelizar los nuevos cambios culturales

479. Con *la inculturación de la fe*, la Iglesia se *enriquece con nuevas expresiones y valores*, manifestando y celebrando cada vez mejor *el misterio de Cristo*, logrando unir más la fe con la vida y contribuyendo así a una *catolicidad más plena*, no solo geográfica, sino también *cultural*. Sin embargo, este patrimonio cultural latinoamericano y caribeño se ve confrontado

con *la cultura actual*, que presenta *luces y sombras*. Debemos considerarla con *empatía* para entenderla, pero con una postura *crítica* para descubrir lo que en ella es fruto de la limitación humana y del pecado. Ella presenta muchos y sucesivos *cambios* provocados por nuevos conocimientos y descubrimientos de la ciencia y la técnica. De este modo se desvanece una única imagen del mundo que ofrecía orientación para la vida cotidiana. Recae *sobre el individuo* toda la responsabilidad de construir su personalidad y plasmar su identidad social. Así tenemos por un lado, *la emergencia de la subjetividad*, el respeto a la dignidad y la libertad de cada uno, una importante conquista de la humanidad. Por otro lado, este mismo pluralismo de orden cultural y religioso, propagado fuertemente por una cultura globalizada, acaba por erigir *el individualismo* como característica dominante de la actual sociedad, responsable del relativismo ético y la crisis de la familia.

508. Los obispos en la V Conferencia queremos *acompañar a los constructores de la sociedad*, ya que es la vocación fundamental de la Iglesia en este sector formar las conciencias, ser abogada de la justicia y de la verdad, y educar en las virtudes individuales y políticas (cf. DI 4). Queremos *llamar al sentido de responsabilidad de los laicos para que estén presentes en la vida pública*, y “en la formación de los consensos necesarios y en la oposición contra las injusticias” (DI 4).

538. Todas las auténticas transformaciones se fraguan y forjan en el corazón de las personas e irradian en todas las dimensiones de su existencia y convivencia. *No hay nuevas estructuras si no hay hombres nuevos y mujeres nuevas que movilicen y hagan converger en los pueblos ideales y poderosas energías morales y religiosas*. Formando *discípulos y misioneros*, la Iglesia da respuesta a esta exigencia.

V. Cuestiones históricas, semánticas, teológicas, pastorales y espirituales abiertas... y tres textos

* “... les missions ne sont pas tant une affaire de vie ou de mort que de *plénitude de vie*” (H. DE LUBAC, *Le fondement théologique des missions*, du Seuil, Paris, 1946, 37).

** “Al contrario, la Iglesia piensa que estas multitudes tienen derecho a conocer *la riqueza del misterio de Cristo*, dentro del cual creemos que toda la humanidad puede encontrar, *con insospechada plenitud*, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad...” (EN 53).

*** “Conservemos, pues, el *fervor* espiritual. Conservemos la dulce y confortadora *alegría* de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo... con un *ímpetu* interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la *mayor alegría* de nuestras vidas entregadas...” (EN 80, citado en Doc. Aparecida 552).

Pastoral

Aproximación al documento final desde la categoría "Vida"

Pbro. Víctor Manuel Ruano
Vice-rector Académico del ITEPAL

El texto que presentamos es la segunda parte de un artículo llamado "Aparecida, un compromiso con la vida de los pueblos latinoamericanos". Con él queremos ofrecer una reflexión pastoral en torno al contenido y fin del discipulado-misionero propuesto en Aparecida: la plenitud de Vida en Cristo. En la primera parte el autor nos ofrece su pensamiento ubicando Aparecida en una nueva época de misión para la Iglesia en el continente, relaciona el acontecimiento con las Conferencias anteriores, analiza el proceso preparatorio y finalmente destaca el espíritu de Pentecostés que se vivió en esas jornadas de trabajo e intercambio. En esta segunda parte analiza el documento final haciendo una lectura desde la categoría "Vida".*

El Documento Conclusivo de Aparecida, además de una motivadora y sustanciosa Introducción, (DA 1-18) Y de una rica Conclusión que refleja la alegría de los discípulos enviados a la misión, (DA 547-554) se compone de 10 capítulos, agrupados según la praxis del método teológico-pastoral "ver, juzgar y actuar".

La primera parte se titula "La Vida de nuestros Pueblos hoy" y la componen dos capítulos: "Los Discípulos Misioneros" (DA 20-32) Y "Mirada de los Discípulos Misioneros sobre la Realidad" (DA 33-100); la segunda parte se llama "La Vida de Jesucristo en los Discípulos Misioneros" y la integran 4 capítulos: "La Alegría de ser Discípulos Misioneros para Anunciar el Evangelio de Jesucristo" (DA 101- 128), "La Vocación de los Discípulos Misioneros a la Santidad" (DA 129-153), "La Comunión de los Discípulos Misioneros en la Iglesia" (DA 154-239) y "El Itinerario Formativo de los Discípulos Misioneros" (DA 240-346); la tercera parte se denomina "La Vida de Jesucristo para nuestros Pueblos" y la forman 4 capítulos: "La Misión de los Discípulos al Servicio de la Vida Plena" (DA 347-379), "Reino de Dios y promoción de la Dignidad Humana" (DA 380-430), "Familia, Personas y Vida" (DA 431- 475) y "Nuestros Pueblos y la Cultura" (DA 476-546).

Como se nota desde la misma titulación de las tres partes y sus capítulos, el hilo conductor con el que se va tejiendo todo el desarrollo de la reflexión es la Vida, particularmente la vida de y en Cristo. Esa misma vida es para nuestros pueblos. Todos estamos llamados a participar de esa vida nueva de Jesucristo, desde la dimensión personal a la cultural y desde la dimensión familiar a la social.

El itinerario lógico que sigue el texto permite apreciar cómo la caridad pastoral de nuestros obispos les conduce a aproximarse con amor y respeto a la vida que lleva actualmente el pueblo latinoamericano y caribeño, así mismo la vida de la Iglesia con sus luces y sombras; luego, exploran con viva fe y admiración la vida plena que Dios Padre revela por Jesucristo en el Espíritu; para extraer de esa fuente de gracia la inspiración y la fortaleza

* Tomado de Revista Medellín, Vol. XXXIII, n° 130 (2007), pags. 301 – 319.

que permitirá a la Iglesia y a los discípulos ser testigos del amor en el mundo y ofrecer el "tesoro" de Jesucristo para que los pueblos tengan vida en Él.

Una visión de conjunto del Documento nos permite apreciar que la categoría "vida" lo permea todo, sin evadir las realidades amenazantes de la contracultura de la muerte presente en la sociedad, y recoge aquellos signos de vida y esperanza presentes en la historia y en la creación, en los pueblos y sus culturas. Se trata de la vida nueva en Cristo, de la vida verdadera para las personas y las familias, de la vida desarrollada integralmente en los pueblos y en la creación, de la vida plena de los discípulos misioneros y de la Iglesia, de la vida auténtica en la historia y abierta a la trascendencia.

a. Protagonistas de Vida Nueva para el continente

Desde la Introducción al Documento los obispos afirman su convicción que, como discípulos de Jesús, todos en la Iglesia estamos llamados a ser "protagonistas de vida nueva para una América Latina que quiere reconocerse con la luz y la fuerza del Espíritu", sobre todo, cuando el cambio que experimentamos es de dimensión epocal y sólo con la fortaleza del Espíritu estaremos en condiciones de responder adecuadamente a los desafíos de la hora presente (DA 11).

Esta época exige de los discípulos del Señor un nuevo liderazgo y nuevo protagonismo inspirado en la novedad de vida del evangelio para asumir con audacia y sabiduría nuestra responsabilidad histórica en el contexto de una época que está en ocaso y otra emerge con vitalidad, sin poder todavía identificar sus rasgos más característicos ni saber discernir el horizonte que seguirá.

Por eso, el actual momento histórico es de fuertes desafíos y de radicales opciones, requiere lucidez y discernimiento, para no quedar atrapados en la confusión y en la incertidumbre, propias de un tiempo de transición, y por ello, también de crisis y de inéditas oportunidades. La sociedad actual no tolera una fe frágil y superficial en los hombres y mujeres de Iglesia, ni acepta la presencia de cristianos que no saben dar razón de su esperanza ni saben vivir anclados en opciones auténticamente humanas y abiertas a la trascendencia de la vida.

Urge, por lo tanto, superar "una fe católica reducida a bagaje, a elenco de normas y prohibiciones, a práctica de devoción fragmentada, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados" (DA 12).

Para ser protagonistas de la vida nueva en Cristo en las actuales circunstancias de América Latina, es necesario optar "entre caminos que conducen a la vida o caminos que conducen a la muerte". Mientras éstos llevan a una aberrante dilapidación de "los bienes recibidos de Dios" y a una alienante "cultura sin Dios", aquellos apuntan "a la plenitud de vida que Cristo nos ha traído". Asumir esta vida de Cristo con toda su riqueza y potencialidad, garantiza existencias humanas auténticas en su dimensión personal y familiar, social y cultural (DA13).

Es necesario también fomentar la experiencia de una fe más sólida, madura y comprometida, que se funda y construye desde el encuentro personal y comunitario con el Señor, para que, como hombres y mujeres nuevos, seamos capaces de asumir "el desafío de revitalizar el modo de ser católicos" y de vivir el seguimiento de Jesús (Ibid).

b. Promotores de Vida digna en la realidad sociocultural y eclesial

La primera parte del Documento: "La Vida de nuestros Pueblos Hoy", no obstante su brevedad respecto a las otras dos, desde una mirada creyente del discípulo misionero, describe la realidad del cambio epocal con dimensión global en lo sociocultural y económico, en lo sociopolítico y ecológico; logra también discernir el impacto en la vida de las personas, poniendo la mirada pastoral en las consecuencias de "la crisis del sentido" que experimentan los hombres y mujeres de hoy (DA 37).

El interés de los obispos está en comprender cómo esa "crisis de sentido" afecta la vida de los pueblos y sus valores culturales y cómo incide en la experiencia religiosa y ética de quienes "buscan infatigablemente el rostro de Dios", ya que solo en Dios la vida humana, la vida de nuestros pueblos y la vida en todo el planeta adquiere su pleno sentido y su máxima realización en la historia (DA 35).

Marginar a Dios de la vida personal y social, de los proyectos de la sociedad y de la construcción de la civilización es negarle a nuestra gente, especialmente pobre y marginada, la posibilidad cierta de construir un futuro distinto y mejor, y condenarle a vivir el presente bajo el peso de la alineación y del materialismo que ahoga la esperanza. "Sólo quien conoce a Dios, conoce la realidad y puede responder a ella de modo adecuado y realmente humano", afirmó el Papa en el Discurso Inaugural de Aparecida.

Afrontar el desafío de la "crisis de sentido" para promover vida digna en la realidad sociocultural del continente, es la tarea que interesa a la Iglesia, convencida que él único capaz de resolver esa "crisis" es Jesucristo, en cuanto que es el Camino que estos pueblos están llamados a recorrer en su historia, es la Verdad sobre la que han de construir su destino, y es la Vida que están llamados a vivir en todo su plenitud.

La propuesta de una vida digna y plena es también para los pueblos originarios y afrodescendientes, quienes actualmente "están amenazados en su existencia física, cultural y espiritual; en sus modos de vida; en sus identidades; en su diversidad; en sus territorios y proyectos". El impacto de la globalización económica y cultural es también una amenaza a su existencia (DA 90).

Tales amenazas son una negación de su rico pasado, un atentado a la vida presente y una anulación de su futuro. Frente a esa realidad hay que reconocer su presencia histórica y valorar su identidad cultural; hay que asumir sus legítimas causas y apoyar el proceso de emergencia y concientización que viven actualmente para que lleguen a ser protagonistas de su propia historia. Ellos tienen su propia voz que la Iglesia y el mundo han de escuchar.

La Iglesia, con el evangelio de Jesucristo como fuente de vida plena en la dinámica de la inculturación de la fe, quiere contribuir al crecimiento y desarrollo integral de los pueblos originarios, anhela también su integración, sin discriminación alguna, en la diversidad de la sociedad contemporánea

En el análisis de la situación eclesial, la Iglesia al mirarse a sí misma, con sus luces y sombras, descubre la exigencia de estar llamada a ser fermento de vida nueva en la sociedad y de conversión pastoral en su interior, por eso debe enfrentar con creatividad "un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia Católica" (DA 100b).

Ella tiene que recuperar para sí misma, en sus personas y estructuras, esa novedad y vitalidad de la vida en Cristo. Esto implica asumir un estilo de vida que esté más en sintonía con el Evangelio, de tal modo que los discípulos y misioneros de Jesucristo sean más fieles "a la verdad y a la caridad"; y en el contexto de una sociedad que busca la opulencia y la ostentación, el despilfarro y el derroche, los hombres y mujeres de Iglesia destacan por la sencillez, la austeridad y la solidaridad (DA 100h).

c. Encantados por la Vida de Jesucristo

La segunda parte del texto de Aparecida: "La Vida de Jesucristo en los Discípulos Misioneros", corresponde al momento metodológico de la iluminación o del "juzgar" y se desarrolla con "criterios que provienen de la fe y de la razón" para realizar un "discernimiento" comunitario y pastoral del momento histórico y una "valoración con sentido crítico" de la realidad (DA 19).

Por eso, aquí se habla de la "Vida de Jesucristo" que está presente en los Discípulos Misioneros como experiencia vital y fundante de un nuevo estilo de vivir. Los sujetos aquí son los seguidores de Jesús partícipes de esa vida plena comunicada por él y adquirida en la experiencia de encuentro con Cristo, mientras que en la primera parte los sujetos son los pueblos del Continente, quienes ven amenazada su existencia y anhelan la vida digna traída por Cristo.

La categoría "Vida en Cristo" es fundamental para reflexionar y desarrollar la identidad y misión de los seguidores de Jesús. "La vida nueva en Cristo" es el gran criterio iluminador. En cuatro aspectos se presenta esa vida nueva: la alegría del discípulo para anunciar el Evangelio que es vida; la vocación a la santidad que es participación de la vida de Dios; la comunión en la Iglesia que es generadora de vida; y por último, el proceso de formación del discípulo que es un beber permanentemente de las fuentes de vida.

El encanto que produce la participación en la vida nueva de Cristo se expresa en la alegría y santidad del discípulo; se alimenta y fortalece también desde la experiencia de comunión y formación. Veamos más en detalle el desarrollo de esa "Vida de Jesucristo en los Discípulos Misioneros".

La Alegría del discípulo es vida que se contagia

La alegría en el seguimiento de Cristo es una de las notas que caracteriza la vida del discípulo. Aparecida la resaltó ampliamente, ya que solo así podrá ser testigo de esperanza en la Iglesia y el mundo. Ciertamente no es la alegría efímera y superficial sino aquella del evangelio como manifestación de quien ha encontrado "el tesoro" de su vida en Jesús. Es la alegría pascual, es la alegría del amor, es la alegría de trabajar juntos en la construcción de una nueva sociedad, en fin, es la alegría de quien tiene un proyecto en la vida y de quien vive la vida con sentido y en función de los otros.

¿Cuál es el origen de esta alegría evangélica capaz de contagiar y generar un nuevo sentido a la vida de las personas y de los pueblos? La alegría en la vida del discípulo tiene su fuente en la buena nueva de la dignidad de la persona humana; en la buena nueva de la vida misma como don de Dios; en la buena nueva de la familia como "patrimonio de la humanidad" y tesoro de nuestros pueblos latinoamericanos; en la buena nueva de la acción humana que se realiza en el trabajo y en desafiante campo científico y tecnológico; en la buena nueva de los bienes de la naturaleza que son para todos (DA 101-126).

La aceptación y puesta en práctica de estos principios infunden confianza al discípulo, consolidan su identidad y le dan seguridad para vivir en el mundo sin miedos ni complejos de inferioridad ante los grandes desafíos que debe afrontar. Más aún le abren posibilidades nuevas para aportar a la sociedad la novedad del Evangelio y la riqueza del don de Jesucristo.

La alegría será uno de los signos creíbles del discípulo y expresión del encuentro personal con Cristo. Así le será más fácil contagiar a los demás, con la fuerza del testimonio y con la vitalidad de su opción por Cristo, por la Iglesia y por una nueva sociedad. Con hombres y mujeres atrapados por ésta alegría evangélica un mundo nuevo es posible

La santidad del discípulo es participación de la vida de Dios

La santidad es portadora de vida, en cuanto es participación en la vida y en la gloria de Dios, es la experiencia de fascinación por la belleza de Dios que cautiva la existencia en su totalidad, es vivir el proyecto de Dios en la vida del discípulo y en la historia, es un dejarse llevar amorosamente por Aquel que nos creó y nos llamó a entrar en la intimidad de su misterio trinitario divinizando nuestra humanidad.

La santidad es hacer la experiencia de seguimiento y configuración con Cristo para que el discípulo, forjado por el Espíritu, sea capaz de anunciar el Evangelio del Reino de la vida, y contribuya a la santificación de la historia y el mundo, a la santificación de las personas y los pueblos; ya que "el verdadero misionero es el santo"⁹⁰.

Por eso, en ningún momento la santidad puede ser entendida como "una fuga hacia el intimismo o hacia el individualismo religioso, tampoco un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo y, mucho menos, una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual" (DA 148).

El proceso de seguimiento y configuración con Cristo es obra del Espíritu Santo, es respuesta del discípulo a la llamada, y se concreta en la identificación con "Jesús-Camino", como la mejor alternativa a recorrer y el mejor proceso a vivir; con "Jesús-Verdad", como la mejor oportunidad para superar cualquier relativismo para apegarse al absoluto de Dios y de su Hijo; Y con "Jesús-Vida", como la mejor experiencia de un estilo de vida comprometido con la historia y abierto a la trascendencia (DA 137).

Entrar en la dinámica del seguimiento y la configuración con el Señor es tenerlo siempre como referencia permanente en la vida, descubriendo en el "hoy y aquí" el valor de su praxis de vida, de sus acciones en favor de los pobres y de su palabra reveladora de sentido y cargada de esperanza. Es también "asumir la centralidad del Mandamiento del amor", practicar "las bienaventuranzas del Reino" y "compartir su destino" (DA 138-140).

Una vez que el discípulo ha hecho la experiencia de seguimiento y configuración el Señor, siente la necesidad de compartir y anunciar a los demás todo lo que ha vivido y aprendido, y es capaz de llegar hasta las últimas consecuencias, entregando su vida. Esta experiencia lo convierte en misionero del Evangelio del Reino de vida. (DA 143-148) Tan ingente tarea sólo es posible bajo el impulso y el dinamismo del Espíritu que anima y por el que "Dios asegura hasta la parusía su propuesta de vida para hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares, impulsando la transformación de la historia y sus dinamismos" (DA 151).

La comunión eclesial es generadora de vida

La comunión es generadora de vida en la Iglesia y en el discípulo. Esta se desarrolla en dos direcciones complementarias:

- "ad intra", con las estructuras eclesiales: diócesis, parroquia, CEBs y Conferencias Episcopales; y con los diversos ministerios y carismas: Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, laicos y consagrados;
- "ad extra", con los que abandonaron nuestra Iglesia, con otras iglesias y comunidades eclesiales y otras religiones particularmente monoteístas (DA 154-239).

La comunión eclesial, en cuanto se fundamenta en la comunión trinitaria, es generadora de vida tanto personal como comunitaria, construye la vida eclesial y promueve la vida en el mundo. No puede existir un verdadero discipulado sin comunión y no puede haber

⁹⁰ Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 90

una auténtica misión sin comunión. De tal manera que la comunión es clave para consolidar la experiencia del discípulo y para el ejercicio de la misión. La misión hace discípulos y genera comunión, la comunión fecunda la misión. En este círculo virtuoso de discipulado, comunión y misión se genera la nueva vida en Cristo. "La comunión es misionera y la misión es para la comunión" (DA 163).

Todas las estructuras eclesiales están destinadas a ser lugares en los que se promueve una vida digna y feliz desde una experiencia de comunión. Así la diócesis, esta llamada a ser "casa y escuela de comunión, de participación y solidaridad" (DA 167); las parroquias "células vivas de la Iglesia" (DA 170) y "red de comunidades" (DA 172); las Conferencias Episcopales, espacios de colegialidad para el "discernimiento solidario de los grandes problemas de la Iglesia y la sociedad" sobre todo aquellos que amenazan la vida de nuestros pueblos (DA 181).

Por su parte las CEBs y las pequeñas comunidades están llamadas a ser "un signo de vitalidad en la Iglesia» (DA 179) y fermento de transformación en la sociedad en cuanto que están arraigadas en el corazón del mundo construyendo fraternidad y solidaridad, y convirtiéndose en alternativa válida para superar el anonimato y el aislamiento, el egoísmo y el individualismo ampliamente difundidos en la sociedad actual.

Los ministros ordenados, las personas de Vida Consagrada y los fieles cristianos están llamados a ser testigos de la vida nueva en Cristo y partícipes en la construcción del Reino desde la propia vocación específica y desde la experiencia de una espiritualidad de comunión. Así los obispos serán promotores de vida desde su identificación con Jesús Sumo Sacerdote (DA 186-190); los presbíteros, darán la vida por su pueblo siendo hombres de "misericordia y compasión", cercanos y servidores de todos, particularmente de los sufridos, de los pobres y las víctimas (DA 191-200); los diáconos permanentes serán testigos de "Jesús Servidor" compartiendo la vida con los pobres (DA 205-208).

Por su parte los laicos comunicarán la vida de Cristo siendo luz del mundo y participando con los valores del Evangelio en los campos de la política, de la realidad social y de la economía; participando también en los ámbitos de la cultura, de la ciencia, de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación social (DA 209-215); los religiosos y religiosas como expertos en comunión, se insertan entre los pobres para anunciar y vivir el Evangelio, y son testigos del Padre y de la primacía del Reino (DA 216-224).

La comunión en la Iglesia es generadora de vida, además de vivirse hacia dentro en sus estructuras y personas, se proyecta hacia fuera, en primer lugar, con quienes la abandonaron, valorando en ellos su búsqueda sincera de Dios, su experiencia de vida de fe, su vivencia comunitaria, su amor a la Palabra de Dios y su profundo sentido misionero (DA 225-226); luego, esa misma actitud ha de mostrarse con los bautizados de otras iglesias y comunidades eclesiales, en la búsqueda del diálogo ecuménico (DA 227-234); por último, también a través del diálogo interreligioso, particularmente con las religiones monoteístas, en campos como la construcción de la nueva sociedad, la promoción de la libertad y dignidad de nuestros pueblos, la búsqueda del bien común, la educación para la paz y en la convivencia ciudadana (DA 235-239).

La formación capacita al discípulo para que sea promotor de vida en medio de su pueblo

Aparecida ha valorado ampliamente la formación inicial y permanente del discípulo misionero, no sólo como una necesidad para explorar los misterios de la fe que dan consistencia a su identidad, sino como una responsabilidad ante el pueblo al que sirve como enviado del Señor y como desafío ante una sociedad que experimenta cambios rápidos y profundos.

Hacia dos direcciones se orienta esta formación: una, en la línea de la espiritualidad; y la otra, en el horizonte de los itinerarios propiamente formativos, con la finalidad de capacitar a los discípulos en la misión que han de realizar en la Iglesia y el mundo.

La espiritualidad como vida en el Espíritu, hunde sus raíces en "la Trinidad Amor" y se traduce en "experiencia del Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable" (DA 240). Para vivir tal experiencia el camino es Cristo, y para superar un mero racionalismo o intelectualismo, dicha experiencia ha de conducir al encuentro personal con Jesucristo vivo (DA 243-245). A Cristo se le encuentra en la Iglesia, en la Sagrada Escritura, en la Liturgia y en la Eucaristía, en la oración personal y comunitaria, en la comunidad cristiana, en los acontecimientos de la vida y en los pobres (DA 246-257). La piedad popular es también espacio formativo y de encuentro con el Señor, porque en ella se expresa "el alma del pueblo", se manifiesta "la sed de Dios" que los excluidos experimentan, se da a conocer "la fe católica", se encuentra a Cristo, se reconoce la Iglesia como Pueblo de Dios en camino, se profundiza en la cultura donde se ha encarnado la fe, se manifiesta "un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal (DA 258-265). Otra escuela de formación para el discipulado y la misión, sin duda alguna es la de María y la de los santos. María en cuanto que es "escuela de fe destinada a conducirnos ya fortalecemos en el camino que lleva al encuentro con el Creador" (DA 266-272). Por su parte los santos, en cuanto que "su testimonio se mantiene vigente y sus enseñanzas inspiran el ser y las acciones de las comunidades cristianas del Continente" (DA 273-275).

Los itinerarios específicos de formación son tres: Formación para el discipulado misionero, formación para la iniciación cristiana y formación para la catequesis permanente. Estos procesos no son independientes, se relacionan y complementan mutuamente.

- *Formación para el discipulado misionero.* Para realizar este proceso se integran cinco aspectos que se despliegan desde el punto de partida que es el Encuentro personal con Cristo hasta llegar a asumir un compromiso duradero por la misión en el mundo, pasando por la experiencia de conversión, de discipulado y de comunión (DA 278). El discípulo nace del encuentro con Cristo, madura en el camino de conversión, en la escuela del discipulado y en la experiencia de comunión, para participar en la misión de la Iglesia.
- *Formación para la iniciación cristiana.* Éste proceso "es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado". Su punto de partida es el kerigma, se inspira en la Palabra de Dios, favorece el encuentro personal con Cristo vivo, suscita la conversión, inserta en la comunidad eclesial, mantiene en el seguimiento de Cristo, ayuda a la maduración de la fe, lanza al servicio de la comunidad y compromete en la misión con el mundo (DA 286-294).
- *Formación para la catequesis permanente.* Ésta ha de ser orgánica y progresiva. Es para toda la vida y cultiva la amistad con Cristo, promueve una fe madura y adulta, favorece la conciencia de pertenencia a la Iglesia y crea una actitud de servicio generoso a los demás (DA" 295-300).

En estos itinerarios juega un papel importante la llamada-respuesta, que se construye por iniciativa de Cristo y por la colaboración humana, es propuesta del Señor y respuesta de la persona; también juega un rol determinante el kerigma, como anuncio gozos de la presencia del Resucitado en la Iglesia y en la historia.

La dinámica formativa que se imprime en los tres itinerarios es integral, porque cultiva los valores y potencialidades del ser humano en cuanto persona y en cuanto ser para los demás en comunidad; fomenta la vida espiritual en el campo teologal y en la vocación específica; promueve la dimensión intelectual abriéndose a la diversidad de saberes de tipo cultural, humano y científico; capacita para el quehacer en la vida pastoral y misionera. De

este modo quedan integradas la dimensión humano-comunitaria, espiritual-vocacional, intelectual-cultural y pastoral-misionera (DA 280).

La pedagogía que exigen estos procesos formativos es la del acompañamiento personal y comunitario, de tal modo que ayude a consolidar la vocación específica, "de acuerdo con la peculiar vocación y ministerio" para ir alcanzando la madurez humana cristiana, discipular y misionera (DA 282).

La formación del discípulo misionero, tanto en la espiritualidad como en los diversos itinerarios, acontece en contextos comunitarios variados, unos son más propios de la vida eclesial y otros corresponden a la presencia de la Iglesia en la sociedad.

Propiamente al interior de la Iglesia, los obispos destacan la *familia* como escuela de fe y de comunión, como "fuente de valores humanos y cívicos", como "camino de iniciación cristiana" y "pequeña Iglesia" (DP 302-303). También las comunidades eclesiales y los movimientos laicales son espacios valiosos para impulsar una formación permanente. (DA 307-313). La *parroquia*, porque en ella "los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y de su Iglesia" También forma a través de los diversos procesos pastorales que impulsa; por las celebraciones litúrgicas que acompañan momentos significativos e importante de las personas y de la comunidad, particularmente la Eucaristía; y por los programas de promoción humana en los que proyecta la caridad, la solidaridad y la opción por los pobres (DP 304-306). La pastoral vocacional, los seminarios y las casas de formación para la vida consagrada, para aquellos que servirán en la Iglesia como sacerdote, como religioso o religiosa y como laico o laica (DA 314-327).

Aquellos espacios de la presencia de la Iglesia en la sociedad, que contribuyen a la formación de los discípulos misioneros son la educación católica, tanto formal como no formal, ya que promueve una "asimilación sistemática y crítica de la cultura", un desarrollo pleno del pensamiento y la libertad y una humanización de su entorno (DA 328-330); la escuela católica, puesto que asume los valores evangélicos en normas educativas y en motivaciones interiores (DA 331-340). La universidad, que favorezca la formación profesional, que impulse los valores éticos al servicio de las personas y la sociedad, que promueva el diálogo con la cultura (DA 341- 346).

d. Comprometidos con la Misión de la Iglesia en el anuncio de la Vida Nueva en Cristo

La tercera parte del Documento corresponde al tercer momento del método teológico pastoral latinoamericano. Aquí se plantean las opciones pastorales que la Iglesia y sus discípulos misioneros impulsarán; se diseña, de un modo más preciso, toda la misión evangelizadora de la Iglesia y la estrategia pastoral destinada a incidir en la transformación de la realidad sociocultural y eclesial; se concretan las líneas del quehacer pastoral para los próximos años.

La orientación de fondo de toda la acción pastoral está determinada por la firme convicción de conducir a nuestros pueblos hacia el encuentro con Cristo para que participen de la vida nueva y en plenitud que Él ofrece a todos, de ahí el título dado a esta parte: "la Vida de Jesucristo para nuestros pueblos".

Esta línea fundamental se despliega en cuatro grandes perspectivas: La primera es eminentemente misionera al servicio de la vida plena; la segunda está en función del Reino de Dios y de la promoción de la dignidad de la persona humana; la tercera se ubica al servicio del evangelio de la familia; y la última va hacia la evangelización de la cultura. Aquí se plantean pues, las 4 grandes opciones de Aparecida: por la misión, por el Reino, por la familia y por la cultura.

*La misión de la Iglesia es anunciar la vida de Cristo
(Perspectiva misionera)*

La opción por la misión en la vida de la Iglesia nace de la toma de conciencia de su naturaleza misionera. Tal identidad tienen su origen en el misterio trinitario, ya que la Iglesia nace "de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre" (DA 347).

Fundada en este principio trinitario se dispone a dar un nuevo vigor y un fuerte impulso a la misión en el continente; se propone vivir y comunicar la vida nueva en Cristo a nuestros pueblos; firmemente convencida que la novedad que tiene para dar al mundo es Jesucristo, ya que Él estuvo siempre "al servicio de la vida" (DA 353-354) y sólo en Él los pueblos del continente encontrarán el camino para experimentar el gran amor del Padre, Él es el Camino para alcanzar el desarrollo integral, para saciar la sed de vida y felicidad, y el anhelo de libertad, de justicia y de paz.

La vida en Cristo no es negación o renuncia de la felicidad en esta tierra. Es explorar nuevas dimensiones para una vida plena que abarca lo personal y lo familiar, lo social y lo cultural, lo humano y lo divino, lo trascendente y lo inmanente, lo material y lo espiritual. Por eso la vida en Cristo es total, pone en marcha dinanismos orientados a la liberación integral y la humanización de nuestros pueblos, el desarrollo humano y social; por eso no podemos cerrar los ojos a "las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y en su dolor" (DA 355-364).

La "firme decisión misionera" que la Iglesia quiere asumir en este tiempo demanda una sólida "conversión pastoral" en todos los agentes de pastoral y en las estructuras eclesiales para estar en condiciones de impulsar "procesos constantes de renovación misionera" y ser capaces de ponerlo todo "al servicio de la instauración del Reino de la vida" (DA 365-372).

Tal determinación requiere "renovación eclesial" que se exprese en "reformas espirituales, pastorales y también institucionales" para salir de un modelo de pastoral meramente de "conservación" y asumir un modelo de pastoral claramente misionero (DA 370), no sólo al interior de la comunidad eclesial sino hacia fuera, de tal modo que sea explícito el compromiso de toda la Iglesia con la misión ad gentes, es decir, dispuesta a ir en aquellos ambientes socioculturales donde Cristo aún no es reconocido como Dios y Señor, y la Iglesia no está todavía presente" (DA 373-379).

*Ámbitos de la acción misionera como servicio al Reino de vida
(Perspectiva reinocéntrica)*

La Iglesia está al servicio del Reino. En esa perspectiva quiere dar prioridad a algunos ámbitos, porque sabe que así dará respuesta a los anhelos de nuestros pueblos, éstos son:

- La justicia social: Es la tarea orientada a elevar el nivel de vida de los ciudadanos, convirtiéndolos en sujetos de su propio desarrollo. En contextos marcados por la injusticia institucionalizada y por la desigualdad social, como sucede en América Latina, es necesario trabajar por un orden social más justo y participativo. Esto exige unir esfuerzos con hombres y mujeres de buena voluntad, con los Gobiernos y la Sociedad Civil para organizar estructuras más justas que consoliden un orden social, económico y político que favorezcan la superación de toda forma de desigualdad, se generen nuevas oportunidades para todos y se abran espacios para la auténtica convivencia entre las personas y los pueblos (DA 380-386).

- La defensa y promoción de la dignidad humana. Trabajar en este campo es importante, sobre todo, frente al contexto cultural contemporáneo, el cual promueve estilos de vida que atentan contra la dignidad humana al poner los ídolos del poder, la riqueza y el placer por encima del valor de la persona, haciendo de esas realidades la norma máxima y el criterio decisivo en la organización y funcionamiento de la sociedad (DA 387-390).
- La opción por los pobres. Esta opción es una exigencia que brota de la fe en Jesucristo y esta vinculada a la preocupación de la Iglesia por la dignidad de la persona, el desarrollo integral humano y social y la participación en una vida digna y feliz para todos. Esta preocupación y exigencia ha de traducirse en formas concretas de solidaridad "como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio" para apoyar la defensa de sus derechos y convertirlos en "sujetos de cambio y transformación de su situación" (DA 391-398). Aparecida, además de reconocer los rostros de los nuevos excluidos (DA 402) llama la atención de aquellos rostros sufrientes que más duelen: personas en situación de calle (DA 407-410), los migrantes (DA 411-416) los enfermos, (DA 417-421), las víctimas de la droga (DA 422-426,) los privados de libertad (427-4430).
- La pastoral social. Es el instrumento de la Iglesia para luchar por la justicia social, promover la dignidad humana y concretar su amor solidario por los pobres, es la pastoral social. Desde ese espacio hace su contribución a la construcción de una sociedad más justa. Con una pastoral social renovada, estructurada, orgánica e integral, la Iglesia podrá hacerse presente en las nuevas realidades de exclusión y marginación que viven millones de latinoamericanos actualmente. (DA 399- 405)

En defensa y promoción de la familia (Perspectiva del evangelio de la familia)

La misión de la Iglesia al servicio de la vida, exige un firme compromiso a favor de la familia, haciendo de ella "uno de los ejes transversales de toda la acción evangelizadora de la Iglesia". Este compromiso exige "una pastoral familiar intensa y vigorosa" en la Iglesia local, que asuma con firmeza y creatividad el anuncio del evangelio de la familia, la promoción de la cultura de la vida, la defensa y promoción de los derechos de la familia (DA 435).

Exige también una particular atención pastoral a los niños y niñas en la que se comprometan toda la Iglesia particular, las instituciones del Estado y la misma familia (DA 438-441); mantener viva la opción por los adolescentes y los jóvenes pues son la gran mayoría de nuestra población y constituyen un gran potencial (DA 442-446), cultivar la atención al adulto mayor para que vivan el seguimiento de Cristo y participen de la misión evangelizadora (DA 447-450).

Es importante además, abrir espacios a la participación de la mujer en la sociedad y en la Iglesia (DA 451-458); redescubrir el rol del padre de familia resaltando su vocación en el matrimonio, la familia, la Iglesia y la sociedad (DA 459-463); poner en marcha una coherente pastoral de la defensa de la vida que ayude a valorada como don gratuito de Dios (DA 464-469); y por último la Pastoral del medio ambiente, que ayude a descubrir el don de la creación, el valor del planeta como casa de todos, la defensa de los recursos naturales y su uso racional y sostenible, la búsqueda de un desarrollo alternativo, integral y solidario. (DA 470-475).

La evangelización de la cultura

(Perspectiva de la pastoral de la cultura)

La evangelización de la cultura o de las culturas es fundamental para que el evangelio y sus valores se encarnen en ellas, las purifique, promueva el desarrollo de sus virtualidades y las enriquezca (DA 477); y por su parte, el evangelio resplandezca en todo su esplendor, emerja la belleza del rostro de Cristo y Dios sea todo en todos.

Aparecida señala aquellas mediaciones que, que promueven el encuentro entre la fe y las culturas:

- La educación: como un bien público que corresponde a los Estados hacer que llegue a todos y se ponga al servicio de la vida (DA 481-483);
- los medios de comunicación social, sobre todo cuando se ponen al servicio de la causa del Evangelio y de la construcción de la cultura de la vida, cuando como Iglesia mostramos una valoración y empatía frente a la "nueva cultura de la comunicación, cuando ofrecemos formación a los agentes de pastoral sobre la cultura mediática, cuando despertamos el sentido crítico en el uso de tales medios, cuando trabajamos intensamente para superar la "exclusión digital" mediante "puntos de red y salas digitales" proponiendo nuevas iniciativas (DA 486);
- los centros de decisión en los que participan empresarios, políticos, formadores de opinión, líderes sindicales y de organizaciones sociales; personas que pertenecen al mundo del turismo y del entretenimiento, al campo de la ciencia y de la técnica y al ámbito del arte y la cultura (491-500);
- la vida pública, abarca aquellos ámbitos de la vida social en los que se juega "la cosa política" y la vida económica, que han de ser iluminados y enriquecidos con los valores del Evangelio, para ello la Iglesia requiere de "líderes católicos de fuerte personalidad y de vocación abnegada que sean coherentes con sus convicciones éticas y religiosas" (DA 501-508).

Estas mediaciones demandan "un laicado capaz", para "actuar como sujeto eclesial y competente interlocutor entre la iglesia y la sociedad"; optimizar el uso de los diversos medios de comunicación social para el dialogo Iglesia y mundo; y capacitar a los ministros ordenados y personas consagradas para que sean formadores de opinión (DA 491- 500).

Las áreas pastorales, según el Documento de Aparecida, que habrá que impulsar para potenciar la evangelización de la cultura son:

- Pastoral urbana, que ayude a "realizar con alegría y valentía la evangelización de la ciudad actual", teniendo como destinatarios "las élites económicas, sociales y políticas; la clase media y la gran multitud de pobres" y con capacidad para responder a sus anhelos y esperanzas, a sus dolores y sufrimientos. (DA 509- 518);
- la pastoral rural, renovada, que fortalezca la identidad de quienes viven en el campo y promueva el desarrollo integral, y que el anuncio del evangelio enriquezca sus culturas y consolide sus relaciones comunitarias. (DA 519)
- Y la pastoral indígena y afroamericana, capaz de reconocer "las semillas del Verbo" en sus tradiciones y culturas, de valorar su "aprecio comunitario por la vida", de defender sus identidades y organizaciones, de denunciar toda forma de discriminación y racismo, y de encarnar los valores del evangelio y la nueva vida en Cristo (DA 529-533).

Conclusión

La vida plena en Cristo que la Iglesia ofrece a los pueblos de América Latina y El Caribe se inserta en la dinámica de todo un proyecto misionero que anhela impulsar durante los próximos años. Tal proyecto se plantea como:

- prolongación del acontecimiento Aparecida: la Iglesia quiere vivir en la alegría del seguimiento del Señor reconociéndose discípula; siempre en camino, aprendiendo del Maestro;
- redescubrimiento de su misma identidad, pues ella existe para anunciar la Buena Nueva; es misionera por naturaleza;
- un servicio a la unidad y fraternidad, a la reconciliación y a la solidaridad entre los pueblos y naciones de América Latina y El Caribe, pues ella sabe que debe animar a cada pueblo para construir la patria grande donde el desarrollo integral sea para todos y donde se instaure la justicia y la paz, la libertad y el amor.

Espiritualidad

Presbíteros discípulos misioneros de Jesús, Buen Pastor

*Pbro. Miguel Ángel D'Annibale
Diócesis de San Isidro*

Del 8 al 12 de octubre se realizó en la Casa “El Cenáculo”, La Montonera, Pilar, la Semana del Clero de la Arquidiócesis de Buenos Aires. El tema fue “Discípulos y Misioneros de Cristo, para la Iglesia de hoy en Buenos Aires”. Las siguientes reflexiones, escritas a partir del Documento de Aparecida, fueron brindadas el martes 9, durante el día de Retiro. La jornada se distribuyó en dos partes. Por la mañana hubo dos meditaciones para la oración en silencio. Por la tarde se peregrinó hasta la Basílica de Luján para celebrar las Vísperas y la Misa.

Primera meditación: Discípulos de Jesús, Buen Pastor

Permanecer en Jesús para dar fruto

Les propongo comenzar esta mañana de retiro dedicándonos a contemplar nuestra condición de discípulos del Señor.

Es una condición que compartimos con todos los que en el transcurso de la historia experimentaron el llamado del Señor para seguirlo.

Para nosotros tiene un “sabor especial”, porque somos sacerdotes del Señor, y porque fuimos elegidos de un modo particular a este discipulado.

No se trata de pensar en privilegios. No es así como tenemos que rezar y vivir este discipulado.

Por el contrario, se trata de rezar en clave de **mayor intimidad** con el Señor, a fin de lograr una cercanía más profunda y más honda con Aquél que nos llamó en primer lugar para estar con él.

Seguiré más de cerca el Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, realizado en Aparecida, Brasil, en mayo de este año (en adelante “Documento de Aparecida”, DA). El capítulo 4, “*Vocación de los discípulos misioneros a la santidad*”, es la base sobre la que sostengo las reflexiones de esta jornada.

Nos dejamos guiar ahora por el Evangelio. Partimos de la imagen de la vid y los sarmientos (Jn 15, 1-11). Nos ubicamos en el contexto en el cual fueron pronunciadas estas palabras. Con la ayuda de la “composición de lugar” de la oración ignaciana y valiéndonos de la imaginación, nos situamos en la Última Cena. Jesús **nos** acaba de lavar los pies y **nos** acaba de regalar la Eucaristía, como memorial de su entrega. A nosotros **nos** hace partícipes de este don: **somos** a partir de allí quienes tenemos la gozosa tarea de hacer presente su Pascua. Después, en ese mismo lugar y junto a esa mesa escuchamos sus palabras: “*Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer*” (Jn 15, 5).

Nos detenemos ahora y dedicamos un tiempo a profundizar en este llamado, en esta

elección que tiene en esa cena un momento central. El llamado que nos hizo Jesús lleva una gran novedad, porque no es igual al de otros maestros que invitan a vincularse con algo trascendente o con la ley de Moisés. Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él (cf. DA 131).

Esta invitación es la que en esta mañana les propongo “sentir y gustar”, siguiendo con la oración ignaciana. Lo sabemos, lo hemos predicado y enseñado tantas veces. Lo hemos profundizado teológicamente y quizás también en muchos artículos lo hemos escrito.

Pero ahora estamos invitados a “gustar” esta realidad, esta novedad del llamado de Jesús: **vincularnos a Él**.

Para poder hacerlo vamos a recorrer el camino de los discípulos de Jesús que se dan cuenta:

- a) *Que “no fueron ellos los que escogieron a su Maestro, fue Cristo quien los eligió” (DA 131).*

Pasaron para todos nosotros varios años de vida sacerdotal. Varios años de nuestra entrada al Seminario. La vida fue llenando el corazón de muchas experiencias. Es bueno, es rico, saber madurarlas en la oración y en la entrega. Les puedo contar que con casi 22 años desde la ordenación, lo que fue el ideal del comienzo, hoy se ve jalonado de muchas historias, de muchos procesos, de muchas alegrías y también de muchos dolores.

Todo lo vivimos por el seguimiento a Jesús, por ser sus discípulos, por responder a su llamado.

*Pero hoy volvemos la mirada al Señor, y contemplamos que **Él nos eligió**. Cada uno de nosotros está invitado a recorrer su historia sacerdotal y a mirar que esa historia parte de una elección concreta y personal de Jesús. Volver sobre esa elección nos afianza, nos sostiene, nos da firmeza, nos permite descubrir que Jesús es **fiel** a su llamado y a su **elección**. Que él nos eligió primero y que lo sigue haciendo cada día. Que no deja de llamarnos. Esa elección es parte también de mi vida, y de lo que hoy estoy invitado a recorrer.*

- b) *Que “no fueron convocados para “algo” (purificarse, aprender la Ley...) sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona” (DA 131).*

*Fuimos elegidos para **ser de Él**, para formar parte de los suyos y como consecuencia, formar parte de su misión.*

Ser de Él es participar de la vida salida de las entrañas del Padre, vida eterna, vida plena. Es una riqueza que va unida a la elección. El Señor nos comunica, nos hace participar de esa vida que sentimos como eterna, que se manifiesta en nosotros como plena.

*Caminar en su presencia, es antes que nada, ser testigos de esta **vida** en medio de las realidades que nos tocan recorrer.*

*Debería ser no solo parte de la predicación, de la reflexión personal, del compartir con nuestra gente, sino de testimoniar que ser sacerdotes – discípulos implica **vivir** unidos al Señor en toda circunstancia.*

*Tomemos conciencia que está en nosotros esta **vida eterna**, esta plenitud que nos sostiene y nos alegra. Es la clave que nos permite “**permanecer**”. Nos pide Jesús hoy: “permanezcan en mí”. El fruto prometido viene de la permanencia.*

*Imaginemos ahora a Jesús en Nazareth, en su vida oculta, en sus años de permanencia entre los suyos, haciendo presente esa **Vida eterna** en lo cotidiano.*

*Me admira la “espiritualidad de Nazareth” como modelo de espiritualidad para el sacerdote diocesano. Es la **vida plena** en medio de lo cotidiano y transformando lo cotidiano. Allí pasa mucho de lo nuestro. Sin estridencias, sin novedad.*

Así sucede, mucho de lo que vivimos está señalado por esta característica: hacer presente la **vida eterna** en la vida de los hombres. Aquí tenemos otra característica del sacerdote – discípulo.

- c) *Que la elección, el llamado particular de Jesús sobre cada uno de sus discípulos, está señalado por una **comunicación**: se comunica un gozo, una alegría*

El mismo Jesús expresa así esta comunicación:

Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes y ese gozo sea perfecto. (Jn 15, 8-11)

Haber encontrado este gozo en nuestra vida sacerdotal es un motivo de alabanza y de gloria. Caminar con este gozo en el corazón plenifica nuestra vida y nos permite experimentar más deseo de servirle, de amarle, de acrecentar el gozo y el testimonio.

- d) *Que Jesús no quiere una vinculación como “siervos”, sino que quiere que su discípulo se vincule a Él como “amigo” y como “hermano” (cf. DA 132)*

*Jesús pide que su discípulo se vincule a Él como “amigo”. Porque el amigo ingresa a su **vida** haciéndola propia. El siervo, el esclavo, no conoce lo que hace su Señor. El amigo escucha, comparte, se involucra en la relación. Esta amistad **compromete** y nos **permite** encontrar hermanos con quien compartir la vida.*

*El estar aquí reunidos para rezar juntos es reconocer que como presbiterio somos **amigos** de Jesús y **hermanos** entre nosotros.*

Hay aquí una característica que como presbiterio urbano estamos invitados a recorrer y a testimoniar.

*El Documento de Aparecida nos habla del fenómeno de la globalización (DA 34) y de la pérdida de sentido que muchas veces trae aparejado este fenómeno (DA 37). Incluso, los grandes avances en materia de comunicación, que nos permiten estar en **tiempo real**, escuchándonos y viéndonos en distintas partes del mundo, nos traen los procesos de **incomunicación** más grandes y severos.*

*La vida **plena** que Jesús nos comunica, el ser sus **amigos**, el convertirnos en **hermanos**, nos está invitando a recorrer este camino en el hoy de esta ciudad. Nos está invitando a comprendernos más, a perdonarnos más, a aceptarnos más como somos, a buscar juntos el camino de la fraternidad y la hermandad.*

Es bueno y necesario saber mirar, criticar y crecer. La amistad lleva a eso. Pero muchas veces esto va unido al desprestigio, a la crítica sin más, a no conocer, a no compartir, a no preguntar ¿cómo estás?, ¿qué te pasa?, ¿en qué te puedo ayudar? Son cosas simples, justamente, de todos los días.

*Si Jesús nos invita a una relación más profunda, más honda con Él, si esto es lo **distintivo** del vínculo del **discípulo**, nosotros estamos invitados de un modo particular a cuidar esta fraternidad sacerdotal y a sostenernos en nuestras fragilidades.*

*La oración de esta mañana también es por aquellos que “siento” más lejanos, y con quienes no comparto “gustos”. Fuimos elegidos por el mismo y único Jesús. Somos **“amigos”**. Estamos llamados a tratarnos y a cuidarnos en esa línea.*

Nos lo recuerda el Documento de Aparecida en esta primera parte del Capítulo 4: profundizar nuestro ser discípulos. Porque “la respuesta a su llamado exige entrar en la dinámica del Buen Samaritano, que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos, siguiendo la práctica de

Jesús que come con publicanos y pecadores” (DA 135).

“La admiración por la persona de Jesús, su llamada y su mirada de amor, buscan insertar una respuesta consciente y libre desde lo más hondo del corazón del discípulo. Se va madurando así la respuesta más honda y más clara del discípulo: **“Te seguiré adondequiera que vayas”** (DA 136).

*Entremos ahora al silencio de la oración. Vayamos al encuentro sereno y tranquilo de la Palabra con el pasaje de la Vid y los Sarmientos. Hagamos pasar por el **corazón**, en un verdadero “sentir y gustar”, el llamado, la elección personal, la respuesta y el compromiso que asumimos.*

Estas preguntas pueden servirnos de ayuda:

- 1) *¿Cuándo y cómo experimenté el llamado y la elección del Señor por primera vez?*
- 2) *¿En qué momentos de la vida este llamado se reiteró, o se ahondó, o se renovó?*
- 3) *¿Cómo disfruto de la vida plena que Jesús me comparte?*
- 4) *¿Qué rasgos de la vida cotidiana nos permiten experimentar la presencia del Señor?*
- 5) *¿Con quiénes tengo que acrecentar en mi corazón la hermandad y la fraternidad?*

Segunda meditación: Misioneros de Jesús, Buen Pastor

Emaús, modelo de caridad pastoral

La segunda parte del Capítulo 4º de Aparecida aporta los elementos necesarios para comprender el sentido de ser misioneros. Así como la primera parte aporta el sentido de ser discípulos.

Lo primero que llama la atención es el punto de partida de la misión: el Misterio Pascual.

Nos dice el Documento de Aparecida que el *“Misterio Pascual es el acto de obediencia y amor al Padre y de entrega por todos sus hermanos, mediante el cual el Mesías dona plenamente aquella vida que ofrecía en caminos y aldeas de Palestina”* (DA 143).

La vida del Resucitado es la fuente de la misión, y esta vida nueva Jesús ya la compartía entre los suyos de forma sencilla y humilde, con capacidad de donación y entrega.

Como discípulos reflexionábamos en la charla anterior sobre el sentido que tiene estar unidos a esta vida.

Como misioneros estamos llamados a testimoniar esta vida. Así leemos en Aparecida: *“cuando crece la conciencia de pertenencia a Cristo, en razón de la gratitud y alegría que produce, crece también el ímpetu de comunicar a todos el don de ese encuentro”* (DA 145)

Nos encontramos como sacerdotes día a día con Jesús Resucitado. Surge de este encuentro cotidiano la misión.

Pero Aparecida nos dice que *“la misión no se limita a un programa o a un proyecto, sino que es compartir la experiencia del acontecimiento del encuentro con Cristo, testimoniarlo y anunciarlo de persona a persona, de comunidad a comunidad, y de la Iglesia hasta todos los confines del mundo”* (DA 145).

Estamos invitados a reubicar en este tiempo nuestra misión como presbíteros en el marco de la realidad donde vivimos. Lo urbano con sus múltiples facetas nos pide el testimonio de nuestra vida. Aparecida nos convoca de una manera fuerte y novedosa al encuentro-testimonio, más que a programas, como necesarios para la misión en este tiempo.

A partir de esta convocatoria de Aparecida les propongo rezar ahora con el pasaje de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) para mirar y contemplar este acontecimiento a la luz de la característica principal de la misión sacerdotal: la caridad pastoral.

Estamos frente a Jesús Resucitado, Buen Pastor, que sale al encuentro, que busca, que camina con otros, que comunica. Recorrer este texto nos dispone a la oración en clave de misión.

“Dos discípulos iban a Emaús” (Lc 24, 13)

Los discípulos vuelven, regresan a su aldea, a su pueblo. Jesús los había citado en Galilea (cf. Mt 28, 7.16), allí lo verían, pero ellos cambian el sentido, se dirigen hacia otro lugar. Están desanimados. Quizás perdidos. Una vez, en un retiro espiritual, le escuché decir al predicador que Emaús es el símbolo de la huida, del escaparse. Emaús es como la “capital de la huída”.

El Documento de Aparecida sostiene en sus comienzos que *“la realidad ha traído aparejada una crisis de sentido...sentido que da unidad a todo lo que existe... y que los creyentes llamamos el sentido religioso (DA 37). Y continúa Aparecida: “Al lado de la sabiduría de las tradiciones se ubica ahora, en competencia, la información de último minuto, la distracción, el entretenimiento, las imágenes de los exitosos que han sabido aprovechar en su favor las herramientas tecnológicas y las expectativas de prestigio y estima social. Ello hace que las personas busquen denodadamente una experiencia de sentido que llene las exigencias de su vocación, allí donde nunca podrán encontrarlas” (DA 39).*

Esta crisis de sentido es lo que simbólicamente representa Emaús. Es bueno preguntarnos en clima de oración ¿cuál es nuestro “Emaús”? ¿Hacia donde nos vamos?

“El mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos” (Lc 24, 15)

Jesús Resucitado, plenitud de vida, asume esta actitud: “estar al lado”, “caminar con”, “acompañar”. Incluso con aquellos que “huyen” hacia Emaús. Quienes hoy no le encuentran “sentido” a las cosas y a la vida. Jesús “se acercó”, “caminó con ellos”.

Lo primero que Jesús hace es escuchar. Permitir a los caminantes, que están con el semblante triste, explayarse, abrirse.

Nos dice el papa Benedicto XVI que *“no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da nuevo horizonte a la vida y con ello una orientación decisiva” (DCE 12).*

Y Aparecida: *“El acontecimiento Cristo es por lo tanto el inicio de ese sujeto nuevo que surge en la historia y que llamamos discípulo” (DA 243).*

La presencia de Jesús que “se acerca” y “camina con” comienza a dar **sentido** al camino hacia Emaús. Su “estar cerca” transforma, transmite y justamente provoca el **encuentro**.

Este estilo de Jesús Resucitado anima nuestro ministerio hoy. Estamos invitados a entrar en esta dinámica, a “estar cerca” del que camina a su “Emaús” para que Cristo devuelva o haga surgir el “sentido” perdido.

Pero, antes de brindarla a los demás, estamos invitados nosotros a “sentir y gustar” esa cercanía de Jesús en nuestras vidas. También nosotros como pastores necesitamos el “calor” del encuentro para poder transmitirlo. Es la finalidad de la oración en este día, y en nuestros días.

“Nosotros esperábamos...” (Lc 24, 21)

Lo dicen los caminantes a Emaús. Es una expresión clara de lo que es la crisis de sentido. Muchas veces, a lo largo de la vida, la gente “espera” muchas cosas. “Anhela” que se cumplan sus deseos. Y no se cumplen, y no se dan. Son las quejas, fundadas en tantas promesas que no llegan.

A nosotros también puede pasarnos. “Nosotros esperábamos” tal o cual situación de la Iglesia, de la comunidad, de los hermanos sacerdotes, del obispo, de la gente... y seguimos “caminando a Emaús”, con el semblante triste.

Notemos que la presencia y cercanía de Jesús permita decir las cosas, expresarlas, darles forma. Él sigue al lado y él escucha.

“Pero a él no lo vieron” (Lc 24, 24)

Son las últimas palabras de los discípulos de Emaús. Leídas hoy reflejan muy bien lo que es la crisis de sentido. Ya no se lo ve al Señor. Ya Dios no es parte del sustrato social donde nos desenvolvemos.

“Les interpretó en todas las escrituras lo que se refería a Él” (Lc 24, 27)

Aquí aparece la calidad y la calidez del Buen Pastor. Su Palabra es palabra de vida. Ella es capaz de **interpretar** las situaciones. Capaz de transformar al caminante desde su misma realidad y suscitar en él un cambio de actitud: *“¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” (Lc 24, 32)*

Aparecida nos dice: *“Se hace pues necesario proponer a los fieles la Palabra de Dios como don del PADRE para el encuentro con Jesús vivo, camino de “auténtica conversión” (DA 248). Y continúa: “Los discípulos de Jesús anhelan nutrirse con el Pan de la Palabra: quieren acceder a la interpretación adecuada de los textos bíblicos, a emplearlos como mediación de diálogo con Jesucristo” (DA 248).*

Como sacerdotes somos hombres de la Palabra. Es parte diaria de nuestro ministerio. Nuestro humilde y constante servicio a los hombres y mujeres de hoy es acercarlos esta Palabra de Vida.

Aparecida nos propone una vez más la “Lectio divina”, ejercicio de lectura orante de la Sagrada Escritura, como forma privilegiada de acercarnos a la Palabra (cf. DA 249).

“Quédate con nosotros”. “Él entró y se quedó con ellos”. (Lc, 24, 29)

Jesús se quedó con ellos. Compartió la casa. Compartió la mesa. Aquí también encontramos un rasgo fundamental de la caridad pastoral, estar con y quedarse.

Comparto con ustedes la pastoral urbana. Este Buenos Aires y Gran Buenos Aires, que nos invita a estar al lado de tantas situaciones de corridas, tensiones, falta de tiempo, stress. Muchas veces nuestra pastoral sacerdotal se desarrolla “cumpliendo”, “pasando por arriba”, “tocando de oído”. Jesús, modelo de pastor, acepta quedarse y aceptando, transforma. Por eso Aparecida nos dice: *“Jesús Buen Pastor quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida” (DA 353)*

“Lo partió y se lo dio” (Lc 24,30)

Llegamos una vez más a la Eucaristía. No podría ser de otro modo. Para Jesús la eucaristía es dar su vida. Para nosotros en cierto modo también. Fuimos ordenados para la

celebración del Misterio Pascual. Jesús culmina el encuentro de Emaús en la Eucaristía. Partiendo el pan. La Eucaristía da **sentido** a la vida. Y frente a la crisis de sentido, su celebración hace encontrar para nosotros y para el discípulo, diaria o semanalmente, la posibilidad de resignificar el día o la semana, de centrarlos, de justamente, darles sentido.

Leemos en Aparecida: *“La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este sacramento, Jesús nos **atrae** hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar, vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiere una forma eucarística”* (DA 25).

Valoremos y alabemos este gran don de nuestras vidas.

“En ese mismo momento, se pusieron en camino” (Lc 24, 33)

El encuentro con Jesús vivo convierte al discípulo en misionero. No se puede guardar lo que vivió. La transmisión, la comunicación de vida que el Resucitado realiza hace posible una nueva realidad, una nueva situación. Antes se iban, huían, se alejaban; ahora vuelven, regresan, retornan. Ya las distancias no importan, tampoco la noche.

“Contaron lo que les había pasado en el camino” (Lc 24, 35)

La experiencia de Jesús vivo y resucitado invita y propone la comunión con otros. Cada uno según su propia experiencia, y todos reunidos en un mismo espacio para compartir la vida.

Allí está presente la Iglesia, servidora de esta comunión. Allí estamos nosotros, al servicio de generar esos espacios de comunión.

Nuestro pastoreo y nuestra capacidad de acercar la vida plena, la vida del Resucitado, a las comunidades hace que éstas se encuentren en estos espacios de vida. Fijemos la atención en como lo presenta Aparecida: *“La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión. Una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano es la pertenencia a una comunidad concreta”* (DA 156).

Buscar el “estilo del Buen Pastor”, para ser **misioneros** de esta tarea y de esta actividad es la propuesta de este tiempo de oración que resta en la mañana. Emaús y la vida de nuestra gente es el espacio apropiado par aplicar toda esta riqueza.

Podrán ayudarnos estas preguntas:

- 1) ¿Puedo reconocer cuál es mi Emaús? ¿A dónde me voy?
- 2) ¿Experimento la presencia del Señor aún en esos momentos? ¿Cómo es?
- 3) ¿Me alimento de la Palabra de Vida? ¿Me doy tiempo para el encuentro con la Palabra?
- 4) ¿Cuándo sentí que me ardía el corazón? ¿Puedo volver a re-posar en ese momento?
- 5) Hacer una oración de acción de gracias por el don de la Eucaristía que presidimos y celebramos.

Vísperas en Luján, reflexión después de la “Lectura Breve”.

“Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrese en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseveren en la oración” (Rm 12, 9-12).

Son realmente reconfortantes las palabras de Pablo a los Romanos. Hoy resuenan con mucha fuerza entre nosotros. La alegría es una característica del ser cristiano. ¡Cuántas veces lo olvidamos! Como se cuele en nosotros la “tristeza”. Pablo insiste en la **esperanza**, esa virtud que nos hace mirar y contemplar lo definitivo y así nos ayuda a caminar en el presente con **fuerza** y **vida**, sabiendo poner a cada cosa su importancia y también su cuota de relatividad.

Es para profundizar este tema de la alegría. El documento de Aparecida le dedica un capítulo completo, el 3º, y en varias ocasiones lo menciona. Así leemos: *“La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio” (DA 29).* Y también *“esta alegría no es un sentimiento de bienestar egoísta, sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena nueva del amor de Dios” (DA 29).*

Fuente de esta alegría cristiana es la oración. Si la oración es **encuentro** con Jesús **vivo y resucitado**, es **encuentro** con la fuente de la alegría. Por eso Pablo insiste: *“sean asiduos en la oración”*. Y Aparecida nos dice: *“La oración personal y comunitaria es el lugar donde el discípulo alimentado por la Palabra y la Eucaristía cultiva una relación de profunda amistad con Jesucristo y procura asumir la voluntad del Padre. La oración diaria es un signo del primado de la gracia en el itinerario del discípulo misionero. Por eso es necesario aprender a orar, volviendo siempre de nuevo a aprender este arte de los labios del Maestro” (DA 255).*

Estamos celebrando una **oración** particular y modelo de toda oración: la Liturgia de las Horas, en su “hora” de Vísperas: “hora” de la ofrenda, de la entrega, del Misterio Pascual consumado. Hora en la que, al final de cada día, podemos **ofrecer** con Cristo al Padre lo que vivimos. Nuestro pastoreo y el corazón de tantos hermanos. Le damos así voz al Esposo, como Esposa fiel, para que esa voz se llene de la vida de los hombres.

No perdamos de vista esta riqueza. No la vivamos solo como cumplimiento de una obligación canónica. Redescubrir el sentido de esta oración litúrgica, es renovar en nuestro corazón el deseo de celebrarla. Justamente celebración y alegría no se separan. Se sostienen una a la otra.

Seamos **asiduos** en **celebrar**. La Liturgia de las Horas, la **gracia**, el don de la alegría pascual se quedará en nuestros corazones.

Así, pastorear al Pueblo de Dios a nosotros encomendado es brindarle una **alegría** que brota de Jesús, pero que pasa por nosotros.

Pidamos una vez más a la **Virgen** que nos enseñe la alegría del Magnificat que ahora, en esta oración, vamos a entonar.

Homilía de la Misa en Luján

Estamos una vez más en esta querida casa que es Luján. A los pies de la Imagen que quiso quedarse en este lugar. El Documento de Aparecida presenta a la Virgen María como *“discípula y misionera”* (cf. DA 266-272). Por eso estamos celebrando la misa de *“Santa*

María, discípula del Señor” (Misas de la Virgen María, nº 10). Acabamos de decirle a Dios Padre en la oración colecta que la Virgen María es “*modelo del discípulo fiel que cumple su Palabra*”. También acabamos de escuchar en el Evangelio las palabras del Señor: “*¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y señalando con la mano a sus discípulos, agregó: Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*” (Mt 12, 48-50).

En cada Eucaristía hacemos presente el Misterio Pascual. La primera reflexión de esta mañana partió de la Última Cena, allí donde nace esta celebración. La segunda reflexión partió del Misterio Pascual como fuente de la misión. Ahora, al celebrarlo, ponemos la mirada en la riqueza de contenido de este Misterio. ¡Sí! Todos los misterios de la fe se concentran en el Misterio Pascual. Incluso los de la Virgen María.

Ella como **discípula**, es Hija del Misterio Pascual, desde su Concepción Inmaculada realizada por los méritos de la muerte prevista de su Hijo Crucificado, hasta su gloriosa Asunción, en donde comparte para siempre la gloria de su Hijo Resucitado.

Ella como **misionera**, continúa anunciando este Misterio a todos los hombres y mujeres de su tiempo. Cada Santuario, éste para nosotros, es lugar donde su presencia, atrae, convoca, llama, consuela, reconforta, lo que justamente la **misión** busca realizar.

La Virgen María, como discípula creyente del Padre, “*llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo y se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos*” (DA 266).

Así como Madre “*de tantos, fortalece los vínculos fraternos entre todos, alienta a la reconciliación y al perdón y ayuda a que los discípulos de Jesucristo se experimenten como una familia, la familia de Dios*” (DA 267).

Por eso no nos cansamos de comprobar como “*Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es madre. Esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática*” (DA 268).

Desde esta característica del discipulado y comunión, pedimos a la Virgen la gracia de la comunión fraterna en nuestro clero. Queremos ser **discípulos** que vivamos en **comunión**, que la construyamos cada día con humildad y perseverancia, que podamos acrecentar con estos encuentros el vínculo de cuerpo propio del presbiterado.

La Virgen María es también la primera misionera. “*Con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades, como lo hizo en Caná de Galilea, ella ayuda a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de su Hijo. Indica, además, cuál es la pedagogía para que los pobres, en cada comunidad, “se sientan en su casa”*” (DA 272).

Por eso también hoy le pedimos con humildad que nos renueve en la misión. Que nuestro corazón consolado por su maternidad, se abra cada día a las múltiples exigencias de nuestro ministerio. Que Ella nos muestre como ser vehículo, para que cada hombre o mujer o cada situación donde vivimos, sean espacios y momentos para el encuentro con Jesús Vivo.

Así celebramos juntos en Luján. Al alimentarnos de la Palabra, queremos ser hermanos y hermanas del Señor, porque cumplimos la Voluntad del Padre. Queremos ser discípulos y misioneros de su Hijo, el Buen Pastor resucitado.

Espiritualidad

Acerca del Regalo del Santo Padre a la Conferencia

P. Joaquín Alliende Luco
Academia Chilena de la Lengua*

Benedicto XVI ha dejado a los países de América Latina y el Caribe el regalo de su presencia, de su oración, de sus palabras vivificantes y valientes. Junto a ello está el don de este tríptico que representa el “Cristo del envío”. El pueblo creyente lo irá recibiendo, no sólo como una ilustración de verdades. Tal vez lo hará suyo y lo transformará, por la plegaria, en un icono de su devoción cálida y confiada, en una parábola pictórica en la cual se unen el Credo de la fe con la persona del Sucesor de Pedro.

La Iglesia de Latinoamérica y del Caribe considera como hito inicial de su evangelización un icono: la figura mestiza de María de Guadalupe, representada en la tilma de San Juan Diego. Ahora Benedicto XVI ha retomado esta tradición, y ha entregado a los Obispos participantes del Encuentro en Aparecida, un tríptico evangelizador y devocional.

En él se contienen la espiritualidad y el programa pastoral característicos que propone el lema de la Vª Conferencia: “Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida. ‘Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida’ (Jn 14,6)”. El tríptico fluye de la tradición del arte cuzqueño. Con este tríptico del Papa se encuentran simbólicamente en Aparecida, la cultura andina que comparten los países del océano Pacífico con el mundo lusohablante de las costas del Atlántico, al cual pertenece el santuario nacional mariano de Brasil.

El programa iconográfico se despliega interiormente en ocho cuadros y en otras imágenes menores.

1. El motivo central lo ocupa una representación de Cristo Resucitado, en la hora del envío misionero de los discípulos. La radiante figura de Jesús preside la totalidad del tríptico con el halo de una serena victoriosidad. En los rostros de los enviados se manifiesta la plural riqueza del pueblo de Dios. Hay hombres y mujeres. Algunos tienen tez blanca. Otros rostros son de mulatos, de indígenas, o de mestizos. Hacia el fondo se ve la escena del Calvario y dos ángeles. En la leyenda se reproduce la autodefinición del Mesías, las palabras del envío discipular -“vayan y hagan discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19)- y el solemne encargo de la Madre del Señor a su Iglesia.

2. A la luz del milagro de Caná se señala catequéticamente el imperativo pastoral de movilizar el amor a María de los fieles a una obediencia irrestricta al querer de Jesús -“hagan lo que él les diga”. La figura de los esposos, destaca la grandeza del sacramento del matrimonio. Las tinajas del vino expresan la alegría de los discípulos que, por la “manifestación de su gloria,... creyeron en él”.

3. Vocación de los primeros. Pedro y Andrés, de Santiago y Juan son llamados. Las palabras de elección de Jesús, tienen una réplica humilde de Pedro quien se siente del todo indigno para seguir la vocación de apóstol. Desde ahora serán pescadores de hombres. Los cuatro escogidos aceptan remar mar adentro y echar las redes sólo “en tu nombre”. El resultado es una abundancia milagrosa. Han dejado todo. Comienzan la senda del seguimiento discipular.

* <http://www.celam.info/content/view/327/332/>

4. La multiplicación de los panes. El verde de la hierba recuerda que ocurrió en primavera. Cristo despliega el poder de su misericordia, haciendo abundante el escaso alimento inicial. Pero no es él quien entrega el pan a la multitud -“denles ustedes de comer”. Los discípulos tienen el encargo de atender a los menesterosos. Resuena aquí una urgencia impostergable. Es el imperativo de la Iglesia Latinoamericana y del Caribe de atender a los pobres y postergados, “sea en el socorro de sus necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos” (Homilía de los obispos 11-05).

5. Encuentro con los discípulos de Emaús. Esta escena muestra como Jesús mismo entra en el dinamismo peregrinante de la Iglesia. Durante el camino, él explica las Escrituras. En la mesa de Emaús, el Resucitado parte y comparte el pan. Pictóricamente la atención se focaliza en la centralidad de la Palabra y la Eucaristía. El texto de la leyenda registra la intensidad del encuentro del discípulo con su Maestro. Es un ardor contemplativo que llevará a un nuevo trayecto misionero hacia Jerusalén.

6. La venida del Espíritu Santo. Es el nacimiento de la Iglesia. Los apóstoles se congregan en torno a María Madre. Pedro tiene las llaves, como símbolo de su encargo específico en el Colegio Apostólico. “Todos quedaron llenos del Espíritu Santo”. Aparecen las mujeres, de las que habla el libro de los Hechos. Unidad en la comunión del Espíritu Santo. Variedad de carismas. Sólo por el vigor divino que el Paráclito les concede, podrán asumir la misión encomendada.

7. Los discípulos de Jesús evangelizan. Sucede ahora. Los discípulos entran en la vida de “nuestros pueblos”. La evangelización ocurre en el diálogo cotidiano. Los discípulos y misioneros del siglo XXI prolongan el amor y el compromiso de San Juan Diego de Guadalupe, con la Biblia en la mano. En su tilma va, impresa por el cielo, la imagen de la Virgen María, discípula perfecta y sabia educadora de los elegidos por Jesús para evangelizar.

8. El Padre Eterno y el Espíritu Santo. Corona el tríptico una imagen del Padre de Jesucristo. Se le muestra unido en el Espíritu al Señor Resucitado. Con este remate, todo el tríptico logra un marcado carácter trinitario, tal como era usual en los retablos de la primera evangelización. Se indica así cuál es la fuente y el destino de la historia humana. Así el Dios Uno y Trino es propuesto como la suprema realidad de amor, en la que se sostienen e inspiran todas las formas de comunión y solidaridad que brotan del evangelio.

9. En las esquinas superiores de los paneles laterales abiertos, aparecen dos santos emblemáticos del primer siglo del cristianismo. Uno es el gran misionero venido de España, Santo Toribio de Mogrovejo. El Obispo místico realizó una gigantesca obra evangelizadora desde su sede limeña. La otra figura es Rosa de Lima. Representa la recepción del evangelio por parte de los criollos americanos. Esta laica nacida en una familia de origen dominicano, llegó a una alta cumbre de intimidad esponsal con Cristo y de heroica caridad con los pobres.

10. Cuando el tríptico está cerrado, aparece el escudo papal de Benedicto XVI, y se ve la dedicatoria de mano del Papa con la exhortación señera hacia el futuro: “Sean discípulos y misioneros de Jesucristo, para que vuestros pueblos tengan vida. Aparecida, 13 de mayo del 2007.”

El sello final es la Imagen de Nuestra Señora Aparecida. En torno a ella se congrega un racimo abigarrado de diversos rostros del pueblo que ella protege y guía por estas latitudes.

Testimonio

Vocación sacerdotal y ministerio teológico

Testimonio de Lucio Gera en la presentación del Tomo II de sus “Escritos teológico-pastorales”

Pbro. Dr. Lucio Gera
Arquidiócesis de Buenos Aires
Villa Devoto, 13 de agosto 2007

Introducción al tomo 2 de los Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera y a sus palabras en el Acto de Presentación de esa obra en la Facultad de Teología de Villa Devoto.
Pbro. Dr. Carlos María Galli

1. La Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina decidió preparar y editar, en el inicio de mi primer decanato (2002-2005), una selección de Escritos teológico-pastorales del Pbro. Dr. Lucio Gera, profesor de teología dogmática y pastoral desde 1957, primer director de estudios en la etapa final de la Compañía de Jesús en Villa Devoto (1957-1961), primer decano electo de nuestra Facultad ya inserta en la UCA (1965-1969), luego decano por otros dos períodos después de Puebla (1979-1985) y hoy profesor emérito, que colabora en la dirección de tesis y disertaciones habiendo cumplido 50 años al servicio de la investigación, enseñanza y difusión de la teología en nuestra institución.

2. El primer volumen de esta magna obra, preparado por un Comité Teológico Editorial formado por V. R. Azcuy, C. M. Galli y M. González, se titula Del Preconcilio a la Conferencia de Puebla (1956-1981), editado en 2006, tiene 928 páginas, incluye 24 escritos del autor, junto con varios textos que presentan contextos, voces y estudios. Para los lectores de nuestra revista fue presentado por J. C. Caamaño en Pastores 37 (2006) 78-80.

3. En este número de Pastores hacemos una doble introducción. Por una parte, al segundo tomo: De la Conferencia de Puebla a nuestros días (1982-2007), Ágape – Facultad de Teología UCA, Buenos Aires, 2007, 1032 páginas, editado por un Consejo formado por V. R. Azcuy, J. C. Caamaño y C. M. Galli. El mismo fue publicado en abril de este año, y presentado dos veces: el 3 de mayo en la Feria del Libro y el 13 de agosto en el Aula Magna de la Facultad de Teología. Es un libro de 1032 páginas, que edita 50 textos de Gera, junto con los respectivos, contextos, voces y estudios. Para que el lector pueda hacerse una idea imprimimos la tapa (y la contratapa de la revista), y el índice general, en el que se podrán leer los títulos de los escritos de Gera ordenados cronológicamente, varios de ellos inéditos y que sorprenderán gratamente a muchos presbíteros argentinos. Basta esta primera presentación a la espera de una reseña del contenido del tomo. Mientras tanto, esperamos que muchos sacerdotes del país se interesen por conocer su pensamiento y se comuniquen con la Facultad de Teología si desean la promoción de las dos obras juntas (teologia@uca.edu.ar)

4. Para entender esta “selección” hay que tener en cuenta un criterio fijado por el autor y establecido en el Prólogo general del tomo 1: sólo se publican textos que el mismo Gera ha escrito, sea para revistas especializadas y libros en colaboración, sea antes o después de exponerlos en ponencias orales. Él mismo seleccionó y revisó la edición, a la que agregamos

Palabras finales del autor, la Carta de amistad que le dirigió el Cardenal Eduardo Pironio con motivo de sus bodas de plata sacerdotales en 1997, y una Bibliografía completa de Gera de 1942 a 2007. En la foto de la tapa, tomada en 2006, además de Gera, primero de lado derecho, se encuentra, comenzando desde el lado izquierdo, J. C. Scannone SI, F. Boasso SI, H. Mandrioni, C. Galli y la Hna. Laura Renard, de las auxiliares parroquiales.

5. Por otra parte, presentamos un texto absolutamente inédito que decidimos publicar en Pastores. Se trata de las palabras que Lucio Gera pronunció en la presentación del segundo tomo en la Facultad de Villa Devoto. Con el estilo profundo y humilde que lo caracteriza, este gran teólogo argentino no describe el contenido del segundo tomo, ni valora la obra en general, ni marca las grandes líneas de la teología, sino que presenta el más original contexto vital de su pensar teológico. Como se podrá apreciar, enraiza su servicio a la teología en su ministerio sacerdotal –que el 20 de setiembre cumplió 60 años de ordenación- y en su actividad pastoral, en especial en su primera parroquia. La lectura de este testimonio, que no desarrolla su posterior actividad teológica, nos puede ayudar a todos los presbíteros a redescubrir nuestra vocación teológica, en el sentido más amplio, que surge de la fe que busca y sabe entender, a partir de nuestras propias experiencias pastorales y de los grandes misterios humanos, procurando una mayor unidad entre teología, pastoral y espiritualidad.

6. Por otra parte, el testimonio de Gera y la edición de sus dos tomos, que constituyen una pequeña biblioteca –libro de libros- pone al alcance de las nuevas generaciones eclesiales, sacerdotales y teológicas un extenso y valioso material, propio de un hombre sabio, que se encuentra disperso en muchísimas publicaciones, algunas agotadas y otras inaccesibles, cuya recopilación hoy sólo sería posible por un equipo de investigación. Como escribí en el Epílogo del primer tomo, en el que hice una interpretación, valoración y actualización de la obra de Gera hasta Puebla, y sin negar el carácter contextual de algunos textos de décadas pasadas que reflejan un pensamiento en camino, ratifico mi convicción acerca de la vigencia de todos los aportes del Gera y el enorme valor de la mayoría de ellos, que han ido gestando, con otros colegas, una teología en, desde y para la Argentina. Su ejemplo nos estimula a seguir avanzando para pensar, decir y escribir en este siglo una teología católica en lengua española, con tonada argentina y en perspectiva latinoamericana.

7. En 1973, en una ponencia y en su discusión posterior, dadas en unas Jornadas Académicas en el Colegio Máximo de San Miguel -a las que asistí siendo un adolescente de 16 años- y reeditadas en el primer tomo de nuestra obra, Gera decía que deseaba superar la alternativa entre pensar viviendo y vivir pensando. Con su digna sencillez y la humildad de su sabiduría su testimonio y sus escritos nos muestran que él ha tenido el pensamiento de su vida y la vida de su pensamiento. Aunque él los considere pobrísimo, ellos son valiosísimos para nosotros. Gera tiene el pensamiento de su vida y la vida de su pensamiento y, en él, se corresponden forma mentis y forma vitae. Su sabiduría teológica nos enseña en estos y tantos otros textos, y en toda su vida y ministerio. María, sabiduría del corazón y corazón de la sabiduría, nos ayude a interpretar, valorar y actualizar su teología. Mientras tanto, demos gracias a Dios que nos dió y da a Gera, y a Gera que nos dió y da a Dios.

----- 0 -----

Testimonio de Lucio Gera

Agradezco ante todo las palabras que acaban de expresar Cecilia Avenatti y José C. Caamaño con ocasión de la presentación del segundo tomo de mis “Escritos teológico-pastorales”. Como Uds. podrán apreciar por lo que ellos han dicho, el afecto puede encarecer las bondades del amigo.

Por mi parte, si me conceden hablar de veinte minutos a media hora, deseo indicar el contexto de mi vida en el que han surgido y se han asentado estos escritos originariamente dispersos a lo largo de unos cincuenta años, y que han sido reunidos en este libro que hoy presentamos. Algo así como lo que los alemanes denominan el “Sitz im Leben”, la dimensión vital de la que han surgido.

Mi inclinación a la teología surgió y se desarrolló en el seno de mi vocación al sacerdocio. Tal vez piensen algunos, que no podría haber sido de otra manera, por ser la teología una tarea propia de la profesión sacerdotal. Pero no es así; la inclinación y dedicación a la teología pueden surgir con todo derecho de la condición laica de un cristiano, como lo constatamos hoy en día. Y es deseable que ello ocurra, para que el pensar y el decir teológicos no surjan y se desarrollen exclusivamente desde la experiencia propia del clérigo, sino también desde la percepción de la vida propia del laico, como ser la experiencia de la propia paternidad o maternidad, del ejercicio del trabajo humano, del compromiso político, de su particular profesión.

Mi inclinación a la teología surgió y se desarrolló como una semilla depositada en el surco de una determinada forma de la profesión sacerdotal, la propia del clero diocesano, cuyos miembros, en esta Arquidiócesis, asumen normalmente el ejercicio de una pastoral propia de la parroquia.

1.- Ingresé en el Seminario a la edad de doce años, en la década del 30 y allí transcurrí doce años hasta que fui ordenado sacerdote. Obviamente no puedo decir que desde el comienzo, desde los doce años, tenía yo clara y decidida mi vocación. Uno comienza tanteando caminos por donde puede ir la vida. Con razón la Iglesia habla de la “semilla” de vocación sacerdotal que Dios puede sembrar en los niños, pero esta semilla es irreconocible hasta que no se comienza a desplegar permitiendo tomar conciencia del dinamismo y horizonte que la orienta, mostrando, con suficiente claridad, de qué se trata.

Esta toma de conciencia y el proceso de libre decisión por lo que surge con suficiente claridad la vocación al sacerdocio, se han prolongado por años. En ese período del Seminario, ¿cómo he ido yo reconociendo y expresándome a mi mismo la conciencia de mi vocación al sacerdocio?

En la medida que yo puedo reconstruir este proceso me parece que en su génesis ha intervenido la experiencia vivida en el medio familiar y social de mi infancia. Se trataba de un medio familiar y social más inmediato, compuesto por inmigrantes italianos. En dicho medio, se me transmitieron la fe cristiana y valores religiosos fundamentales. Pero, por otra parte, los integrantes de ese medio, varones y mujeres, se veían constreñidos a concentrar su atención y a emplear todas sus fuerzas y su tiempo en la búsqueda de vivienda y de trabajo, en la dedicación de las horas del día a uno o varios trabajos que le permitieran reconstruir su vida lejos de su patria de origen y sostener una familia. Al recordarlo me viene a la memoria la mención de las semillas que, arrojadas por el sembrador caen entre abrojos, los cuales, al crecer, las ahogan y no les permiten desarrollarse: “las preocupaciones del mundo, ahogan la Palabra”, explicaba Jesús (Mt. 13, 22). Este medio social, en el que yo crecí desde mis cuatro años, era indudablemente religioso, pero Dios quedaba como oculto y silenciado tras la preocupación por el pan cotidiano vivida en el transcurrir de días fatigosos. Se hablaba del trabajo, de los clientes, de la vivienda, aun de la escuela de los niños, pero en la escuela laica, la única a la que podían enviarme mis padres, tampoco se hablaba de Dios. Desde luego, el

silencio acerca de Dios delataba un nivel de ausencia del mismo.

Durante mi estadía en el Seminario yo buscaba formular mi vocación. En un momento dado me dije que no estaría falto de sentido dedicar la vida a que Dios estuviera más presente en el vivir cotidiano de las familias, de los hombres; a que en el olvido se hiciera memoria de El; que en el silencio se hablara de Dios. La idea de “hablar de Dios” no tenía desde el comienzo contenidos determinados; más bien el contenido muy genérico de que mi opción por el sacerdocio y mi presencia como sacerdote en el medio social que me correspondiera, hablarían por sí solas. Pero ahora, a esta altura de mi vida, pienso que aquella formulación elemental de mi vocación sacerdotal contenía como una semilla, secretamente, mi inclinación a la teología que habría de ir surgiendo paulatinamente.

En mis tiempos de seminarista, los cuatro años de estudio de la teología estaban netamente separados de los tres anteriores, dedicados a la filosofía. Mi aprendizaje de filosofía, de 1941 a 1943, fue muy pobre, cosa que lamenté toda mi vida hasta hoy. Por una parte, me costó el salto de los estudios de letras a los de filosofía; por otra parte el nivel pedagógico de mis profesores era deficiente y, por otra, no disponíamos de material didáctico y medios bibliográficos suficientes; el tiempo de guerra impedía que llegaran al país publicaciones europeas actualizadas.

Por el contrario, me sentí muy inclinado a los estudios de teología lo cual me permitió también recuperar algo de mis estudios de filosofía, cubriendo baches que había dejado atrás. Pude también comenzar a lanzar algunos puentes entre algunas obras de literatura y diversos temas teológicos. Entre otros, la lectura de Dostoievski añadió un claro entusiasmo hacia la teología. Llegó por fin el día de mi Ordenación sacerdotal y el fin de vida de seminarista en diciembre de 1947.

2.- Había ingresado en el Seminario a los doce años y concluí allí el período de mi formación después de transcurridos doce años. En aquel tiempo la vida en el Seminario se ajustaba a una disciplina muy estricta. Podíamos salir solamente dos días durante el tiempo escolar y diez o quince días en vacaciones. Como se ve, la experiencia que podía recoger un adolescente de un medio familiar y social habitual, era muy limitada.

A lo largo de los doce años, los seminaristas no desarrollaban ninguna actividad de tipo apostólico o pastoral; no tenían contacto con algún ambiente parroquial o escolar. En mi vida de Seminario no me enseñaron prácticamente cómo dar una Unción, como realizar un Bautismo, como redactar un Expediente matrimonial. Se suponía que esto se aprendería en la Parroquia. Y no se trataba solo del aprendizaje ritual o litúrgico, sino de un aprendizaje social-pastoral que nos habilitara para dialogar con quienes venían a solicitar un Bautismo, un Matrimonio, una Unción...

Con esta falta de experiencia y con tan poco probada capacidad práctica o pastoral fui destinado como Teniente-Cura a la Parroquia de San Bartolomé, al Sur de la ciudad. Entré en ella un 31 de diciembre. Al día siguiente el párroco se ausentó para tomar sus vacaciones y quedé al cargo de la Parroquia durante el mes de enero. Yo no había aun cumplido mis 24 años.

Fueron mis primeras experiencias pastorales, de las que estoy muy agradecido. La Parroquia estaba encargada de atender al Hospital Pena. Uno de los primeros días me llamaron de ese hospital para atender a un moribundo. Cuando llegué me enviaron a la morgue. Se trataba de un suicida, recién fallecido. Allí estaba su cuerpo desnudo, con la señal de una bala que había atravesado su pecho. Al tocarlo sentí que estaba todavía algo cálido y le administré la Unción. Yo tenía veinte tres años y nunca había visto aún a un muerto: no habían acontecido aún defunciones en mi familia y yo no había sido precisamente un estudiante de medicina que manejara cuerpos muertos casi desde su adolescencia. Esa primera vez la muerte se me mostró de una manera bastante impiadosa. Con pocos días de distancia,

fui llamado otra vez al hospital. La enfermera me indicó una cama situada en la mitad de una gran sala de hospital, en la que estaba postrado un hombre ya moribundo. Me acerqué y al girar él su cabeza y verme, vestido de sotana, al lado de su cama, me dijo, sin más explicaciones: “¡Váyase a la mierda!”; desde la esquina de la sala otro enfermo me gritó: “Padre, déjelo... ¡Es un perro!”. También entonces, por segunda vez, la muerte se me mostró en un contorno bastante impiadoso.

En esos días administré algunos bautismos. Era hermoso ver que en este mundo también surgía la vida. Por otra parte el Cura párroco me había encargado que me dedicara a atender sobre todo a la juventud. Se trataba de jóvenes obreros más bien que estudiantes; de muchachos y chicas que transitaban por su período de noviazgo, y a través de mis charlas con ellos me llegaban los altibajos en su experiencia del amor, del amor que llega a expresarse en abrazo sexual a través del cual brota nueva vida.

En ese mismo primer mes de mi vida parroquial sobrevino un episodio que reunió varias experiencias. Por teléfono llamaron a la Parroquia desde una casa del barrio en la que había fallecido un familiar, pidiendo que un sacerdote se hiciera presente. Recuerdo algo confusamente el lugar, al que había que acceder entrando por la calle Boedo y Metán, hasta una típica casa del barrio Sur: una larga casa, a lo largo de la cual habitaban probablemente varias familias. El largo patio de la casa estaba repleto de gente. Apenas cruzado el umbral de la casa, a poco de internarme unos metros en ella, veo que una mujer se abre paso entre la gente y viene hacia mi, clamando entre lágrimas: “Este es el padre que hace poco bautizó a mi hijo y que ahora viene a darle la bendición final de muerto”; y se arrojó contra mi pecho, llorando. Fue la primera vez que sentí en el abrazo de esa mujer, el desconuelo de una madre.... (“Raquel que llora a sus hijos, y no se quiere consolar”, Mt. 2,18). En este episodio se me reunieron algunas experiencias de mi primer mes: la muerte, la vida, el amor, el desconuelo. La incontenible alegría del amor y de la vida, y la tristeza sin límites del desconuelo por el hijo perdido.

Durante ese primer mes de mi vida pastoral comenzó también mi experiencia como confesor. Al estar ausente el párroco y quedar yo como único sacerdote que podía atender a las confesiones de los fieles, mi confesionario se vio algo abarrotado de gente. Y, más allá de ese primer mes de enero, al acercarse la Cuaresma y la Semana Santa se acrecentaba el número de penitentes que solicitaban confesarse. Desde luego, bien sabía yo que hay pecados comunes y cotidianos, y que yo también debía presentar mi propia conducta ante un confesor. Entre otras, un confesor debe tener la disposición a no escandalizarse de cualquier cosa que oiga. Sin embargo, que al comienzo de mi práctica pastoral de sacerdote, en un tiempo relativamente corto, entre enero y la Semana Santa, haya yo escuchado narrarme (o, en algunos casos, “susurrarme” rápidamente) una amplia gama de los pecados que se cometen en el mundo, me emocionó de tal forma que espontáneamente pensé en el “Viernes Santo”. Y no pensaba entonces, que aquel era el día en que se han perdonado los pecados del mundo, sino que más bien me interrogaba por la eficacia de esa muerte: ¿En qué quedó el Viernes Santo? También los Apóstoles quedaron desconcertados ante el Viernes Santo.

Mi primer tiempo de experiencia pastoral me concentraba en las variables constantes del acontecer humano: la muerte, el amor, la vida, el pecado: ¿Cuál es el sentido de todo esto? Mi experiencia pastoral “me daba a pensar”.

De este modo, desde mis experiencias pastorales como sacerdote, surgía o se confirmaba la inclinación a pensar en el horizonte de la fe. En el seno de mi experiencia pastoral se insinuaba una inclinación al pensar teológico. En aquellos primeros tiempos hacía algunas lecturas, tomaba alguno apuntes, buscaba redactar algunas sugerencias de mi reflexión sobre el amor y el matrimonio, sobre la interpretación de la muerte en diversas culturas, en cuadernos que prestaba a algunos amigos y que acabaron por perderse. No eran escritos de importancia. Solo eran comienzos que buscaban encontrar una síntesis entre tantas

realidades dispersas y aún adversas que me salían al paso en mi vida sacerdotal. Me faltaba madurar mucho para percibir que las síntesis definitivas se expresan en forma de paradojas, como aquella de que nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos, o la paradoja de que la cruz de Cristo clavada en el centro de esta historia es la que sostiene la historia de no caer en el vacío.

Además de la realidad pastoral en la que ejercía mi ministerio también algunas obras de literatura me daban a pensar y fomentaban mi inclinación a la teología. A raíz de lo cual escribí y publiqué algún artículo en revistas de esa época, que no ha sido incluido en el libro que hoy presentamos, ni en el primer tomo.

De este primer período de mi vida sacerdotal – cuatro años, desde 1948 a 1952, - conservé un sentimiento de armonía, no exenta de tensiones, entre mi inclinación a la tarea pastoral y a la reflexión teológica. Pero no me correspondía a mí inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

3.- No me costaron un gran esfuerzo - una especie de esfuerzo inaudito -, los cambios o situaciones que hube de enfrentar en mi vida. No experimenté como una especie de inmolation el decidirme a ser sacerdote. La mujer es muy hermosa y el atractivo que ella ejercía sobre mí fue muy intenso; no podía dejar de sentir su llamado; pero pude asumir en paz mi celibato, que sin duda no dejaba de situarme en un frente de lucha. Los cambios de una parroquia a otra (tres parroquias en el tiempo de cuatro años) no me molestaron. Cuando llegó el momento de dejar la práctica pastoral y viajar a Europa para estudiar y obtener mis títulos académicos, no lo experimenté con inquietud y lo asumí con alegría. En Europa (Roma y Bonn, Alemania) permanecí durante cuatro años y medio; de 1952 a 1956.

Mi viaje y estadía en Europa para obtener los títulos académicos se debió a un plan de los Padres jesuitas, que proyectaban dejar la dirección del Seminario de Buenos Aires y de la Facultad de Teología, para lo cual debían dejar preparados a algunos profesores.

No es este el lugar ni el momento para hablar de las condiciones de mi vida en Europa. Fui puesto a prueba por la soledad y la penuria de dinero, pero ambos factores colaboraron para fortalecerme en mi condición de sacerdote.

Me dediqué con gozo e intensidad al estudio, pero padecí un intenso extrañamiento de mi actividad pastoral. Roma estaba llena de sacerdotes venidos de todas las partes del mundo y era inútil esperar que alguien lo viniera a buscar a uno para que predicara, o ayudara en el confesionario o en alguna otra tarea pastoral. En Alemania ocurría algo semejante además del condicionamiento que implicaba una lengua que tuve que comenzar a aprender apenas llegado a ese país.

Entonces me apercibí de que mis reflexiones teológicas, durante los años vividos en el ejercicio de la actividad pastoral, en Buenos Aires, me inclinaban hacia la meditación y lectura de temas antropológicos (el amor, la muerte) o cristológicos (Viernes santo). En cambio, el tema para la tesis doctoral que me presentó mi Director, se orientaba más bien, a partir del tema teológico sobre la transubstanciación eucarística, hacia la filosofía de la naturaleza (la concepción de la materia), por la cual yo no sentía la misma inclinación que hacia temas antropológicos.

Hoy en día, mirando hacia atrás, percibo mejor la importancia de esa investigación sobre la concepción de la materia en teólogos medievales precursores de Galileo. Pero, en fin, concluí mi tarea; no fue una gran tesis pero fue aceptada sin regateo por el tribunal académico, aprobada simplemente “cum laude”. Pero, a pesar de los deseos de mi Director, Johan Auer, no publiqué mi tesis.

4.- A mediados de 1956 volví a Argentina. El año anterior había ocurrido la caída de Juan D. Perón y a partir de entonces estaban en el Gobierno los militares.

A mi regreso volví a conectarme con el grupo de Asesores de la Juventud Obrera Católica (JOC), y, a través de ellos, con la realidad del mundo del trabajo. Algunos artículos publicados entonces en la revista Pastoral Jocista han sido reeditados en el primer volumen de las obras que estamos presentando.

A partir de mi regreso de Europa retomé mi actividad pastoral como capellán de colegios (tres sucesivos a lo largo de unos tres años) y luego ayudando en diversas parroquias los fines de semana. Simultáneamente en 1957 fui nombrado profesor de Teología dogmática en la Facultad de Teología de Buenos Aires y primer Director de Estudios del clero diocesano. Obviamente, mi estudio y enseñanza teológica proporcionaban su luz y sentido a la actividad pastoral; a su vez, la actividad pastoral daba a pensar en niveles teológicos y aportaba su propia vitalidad y dramaticidad al estudio y enseñanza teológica.

A la vez que teología y pastoral se ayudaban y enriquecían mutuamente, requerían, cada una de ellas, su tiempo de dedicación. Lo cual creaba obviamente una tensión interna en mi ánimo. En algunas circunstancias estas tensiones acarrearón sus correspondientes fantasías: la de entregarme de lleno a la actividad pastoral, aún asumiendo la responsabilidad de una parroquia en Buenos Aires y abandonando la enseñanza teológica; o bien, la de retirarme, fuera de la ciudad, para dedicarme al estudio y a la enseñanza sin el compromiso de atender habitualmente a tareas pastorales. Pero el rumbo que tomó la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II se encargó de determinar cuál era mi lugar.

Por una parte, debí continuar mi enseñanza en la Facultad de Teología, la cual, dado los cambios de autoridad, de estructura y los aportes teológicos del Concilio y de los teólogos, exigía más dedicación, más estudio personal, más tiempo; por otra parte traté de mantener algunos espacios de tiempo, dedicados al trato pastoral directo con personas, grupos o comunidades de diversa índole.

En realidad, el Concilio Vaticano II y el consecuente esfuerzo de renovación, salió al paso de mis tendencias algo dispares, ayudándome a unificarlas de alguna manera en mi vida de sacerdote. Por una parte Juan XXIII indicaba que la exposición doctrinal (teología) del Concilio debería tener una finalidad pastoral; la mejor y breve explicación abreviada de este propósito del Papa la encontramos en la nota al título de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, Constitución que nos ofrece un hermoso modelo de cómo realizar una reflexión teológico-pastoral. Por otra parte, en el período posterior al Concilio participé en Comisiones teológico-pastorales como la Comisión Episcopal de Pastoral argentina (COEPAL) en 1968, y el Equipo de Reflexión Teológico –Pastoral del CELAM a nivel latinoamericano en 1979, así como en las Conferencias episcopales de Medellín y Puebla, que me situaron en un medio favorable a la práctica de una reflexión que debía unir teología y pastoral. Se trataba entonces de analizar la real situación histórica de nuestro país y de América Latina y desde allí fundamentar teológicamente las orientaciones pastorales correspondientes.

A este período conciliar y postconciliar pertenecen la mayor parte de los textos publicados en los dos volúmenes que hoy acabamos de presentar. Aquí se publican sólo los textos que yo mismo he escrito antes o después de exposiciones orales o preparados para revistas y libros. No se trata de textos por así decir “continuos”, sino cronológica y temáticamente dispersos. En algunos pertenecientes a la última década aparecen reflexiones propias de mi anciana edad.

No dejo una obra teológica de envergadura. No he puesto por escrito ninguno de los cursos que dicté en la Facultad de Teología. Sé muy bien que quedo en deuda. Había yo pensado que, al pasar a ser profesor emérito, dispondría de tiempo suficiente para redactar un texto sobre *Eclesiología* cuyo proyecto ya había comenzado a bosquejar. Pero mi estado de salud y el consecuente aislamiento ya no me dejaron fuerzas para ello.

Ya mi vista no me deja leer todo lo que quisiera; mis oídos no me dejan escuchar con suficiente claridad a los demás, inclusive a penitentes que vienen a confesarse; pero mi pensar

retorna a los viejos temas del comienzo: la muerte, el amor, la vida, la cruz de Cristo que reúne en sí las mayores paradojas del misterio de Dios y del hombre. Cristo en la cruz enlaza el amor con la muerte para dar vida. La Cruz de Cristo es la alegría del mundo.